



Solo

con estar

a mi lado

Sophie Saint Rose

Sólo con estar a mi lado
Sophie Saint Rose

Capítulo 1

Ninette miró el periódico y después el número de la casa. El veinticinco. Era allí. Nerviosa abrió su enorme bolso para meter el periódico y se pasó las manos por su falda vaquera antes de estirarse la parte de delante del ligero jersey blanco. Puso una dulce sonrisa en su cara y se dijo que estaba chupado. —Vamos, puedes hacerlo... —Subió los tres escalones y pulsó el timbre.

Miró la puerta pintada de blanco con el tirador dorado ante ella y no escuchó nada en el interior de la casa. ¿Debía volver a llamar? Igual la anciana estaba un poco sorda y no lo había escuchado. Apartó un mechón de pelo rubio de su hombro subiéndose el bolso que pesaba un quintal y estiró el brazo para pulsar el timbre de nuevo, cuando la puerta se abrió de golpe dejándola sin aliento al ver al tipo que le había abierto. Atontada miró sus ojos azules rodeados de unas pestañas larguísimas, negras como el ébano. —¿Si? —preguntó con voz grave impaciente.

Dios, qué voz. Qué voz y qué todo. Encima vestía como a ella le gustaban, camisa blanca con las mangas remangadas hasta los codos y pantalón negro de vestir. No es que le gustaran los camareros porque ese tío no tenía pinta de camarero en absoluto, aunque era cierto que había salido con un par. No, tenía pinta de que el dinero le salía hasta por las orejas. Sobre todo, por esos zapatos italianos que llevaba, que costaban más que todo lo que ella tenía. Apartamento incluido. —Vengo por el anuncio —dijo con un gallito que la sonrojó. Carraspeó antes de repetir —Vengo por el anuncio.

—¿Siempre dice las cosas dos veces? —Levantó una de sus cejas negras mirándola como si fuera estúpida. Sin esperar respuesta se apartó entrando en la casa. —Pase, no tengo todo el día.

Entró tras aquel hombre siguiendo la estela de su after shave y cerró la puerta porque él se estaba metiendo en una habitación a su derecha. Impresionada con el suelo de mármol en blanco y negro formando una estrella, caminó hacia él. Entró en un salón y el tipo, que bien podía ser un asesino en serie porque no le había dicho quién era, estaba sentado en el sofá

de piel beige mirando unos curriculums que tenía delante. A su derecha tenía uno y a su izquierda unos cuarenta. Era obvio los que había descartado.

—¿No le he dicho que tengo prisa? ¿Se puede sentar, por favor? Acabemos con esto de una vez.

—Perdone, ¿pero usted quién es? —preguntó desde la puerta sin cortarse—. Porque en el anuncio decía claramente que tenía que preguntar por Ronelle Thatcher. ¿Usted se llama Ronelle?

—Obviamente no. ¡Siéntese!

Corrió hasta el sofá que tenía en frente y se dejó caer sobre él poniendo el bolso a su lado. La mesa de centro impedía que pudiera cruzar las piernas, así que estiró como pudo su falda vaquera para que no se le vieran las bragas, que encima eran rojas. Le miró con sus preciosos ojos verdes esperando sus preguntas.

Él se quedó en silencio observándola y Ninette se sonrojó por el escrutinio. Y eso que ella no se sonrojaba con casi nada, porque ya había escuchado de todo en la vida, pero él la miraba de una manera que pondría nerviosa hasta la más pintada.

—Cuando quiera puede darme su curriculum, porque dudo que pueda hacer ninguna pregunta si no lo veo primero.

—Oh, sí.

Como un tomate abrió el bolso y gimió cuando vio que la chaqueta había arrugado las hojas. Lo sacó haciendo que cayera un tampón sobre el sofá y a toda prisa lo metió dentro tendiéndole las hojas.

El guaperas alargó la mano sobre la mesa de centro y lo cogió con dos dedos como si su curriculum fuera un auténtico desastre. Y eso que aún no lo había leído.

—Camarera. Ese es todo tu curriculum —dijo tuteándola. Al parecer había bajado de nivel—. ¿Una camarera sin estudios?

—Tengo estudios. Fui al instituto. No tengo estudios superiores, pero tuve abuela.

—Como todos.

—Quiero decir que la cuidaba.

Él dejó el curriculum sobre la mesa. —¿No me digas? ¿Tienes estudios de asistencia sanitaria a domicilio?

—No.

—¿Enfermería?

—No.

—Entonces cómo sé que si a mi abuela le da un infarto, tú vas a saber lo que tienes que hacer.

Ella sonrió. —¡Eso lo sabe todo el mundo! Hay que llamar a emergencias.

—¿No me digas? —gruñó antes de poner su curriculum en la enorme pila.

—No haga eso. No me descarte todavía. —Abrió los ojos como platos. —Ya sé lo que haremos. Trabajaré gratis una semana. Si no le gusta a la señora como lo hago, puede echarme a patadas.

—Gracias por venir.

—Oiga, juego al póker estupendamente, soy buena compañía. Divertida, quiero decir. Con una enfermera se aburriría como una ostra. La sacaría de compras, iríamos de museos. ¿Su abuela está impedida? Da igual, le guiñaré el ojo a un tío y seguro que nos sube la silla por esos escalones.

—No está impedida. Ha estado muy enferma del corazón y necesita reposo y descanso.

—Ah...

—Así que tus servicios no son necesarios a no ser que sepas lo que hay que hacer en el caso que ya te he mencionado.

Mierda. El sueldo era buenísimo y viviría en aquella mansión. Desanimada se levantó a regañadientes cogiendo su bolso. —Oiga, ¿y alguien que limpie y que controle a la bruja de la enfermera?

—Ya tenemos servicio, gracias.

—¿Chófer?

—No tienes carnet. En el curriculum no lo pone.

—Guapo, hay tantas cosas que no pone en el curriculum... —Suspiró mirando a su alrededor y vio la foto de una mujer sobre la chimenea. Era en blanco y negro, pero era realmente hermosa. Estaba al lado de un hombre de traje con una copa de champán en la mano. —¿Esa es su abuela?

El macizo miró hacia allí. —Sí, es ella.

—Parece una estrella de cine de los cincuenta. Me encantan esas películas. Ya no se hace cine así, con ese glamour. ¿No cree? —Ninette alargó la mano. —Gracias por recibirme, señor lo que sea.

—Thatcher. Kirk Thatcher.

—Nombre de galán de película. —Sonrió dulcemente y él le estrechó la mano provocándole un vuelco en el estómago. —Suerte con la búsqueda.

—Gracias por venir.

—Oh, de nada. —Fue hasta la puerta del salón y se volvió de golpe quedándose ante él que la seguía. —Si necesitan... lo que sea. Yo hago de todo. Mi abuela me ha enseñado muy bien.

—No creo que sea necesario.

Hizo una mueca resistiéndose a alejarse de él. —¿Seguro?

—Totalmente.

—Mira que me voy.

—Estoy empezando a desearlo.

Suspiró exageradamente. —Bueno, pues adiós.

—Adiós, señorita Garding.

Fue hasta la puerta y él mismo se la abrió como si estuviera impaciente porque saliera de allí. —Adiós, galán.

Ninette salió de la casa bajando los escalones y él cerró la puerta rápidamente. Estaba claro que no podía ni verla. Suspiró de nuevo diciendo adiós a su sueño de llevar una vida de lujo y caminó calle abajo para ir hacia la boca del metro. Era hora de regresar a la realidad.

—Dos hamburguesas con queso, dos de patatas fritas y dos colas light —pidió a la cocina colocando la comanda en el ganchito.

—Marchando.

Empujó las puertas abatibles saliendo de la cocina a la cafetería y cogió la jarra de café. Sirvió a Irwin que leía el periódico como todos los días mientras comía su lasaña de los martes. —¿Algo interesante?

El anciano asintió. —Han encontrado a otra chica en el parque. Llevaba dos días secuestrada.

—Vaya... Es la tercera, ¿no?

—Lo increíble es que las deje allí todavía —dijo con su experiencia de policía jubilado—. Ni se te ocurra ir sola por la calle de noche. ¿Me oyes? Ese tío está loco.

—Tranquilo. Solo salgo si tengo una cita y últimamente estoy en

dique seco. —Le sirvió el café antes de volverse para servir la mesa que tenía detrás.

—Será porque tú quieres —dijo Irwin haciéndola sonreír. Se volvió y le guiñó un ojo antes de ir hacia la siguiente mesa.

Anni entró en la cafetería y se acercó a ella con sus rizos castaños encrespados. —Ninette...

—Anni...

—Por favor. Solo esta noche.

—No fastidies, llevó de turno desde las seis de la mañana. No puedo hacer también el turno de noche.

—Solo es esta vez, te lo prometo. John va a venir esta noche. —Juntó las manos suplicándole con la mirada. —Te juro que pasado mañana cumplo tu turno. Tendrás todo el día libre.

—Señorita... ¿puede atendernos? Tenemos prisa.

—Enseguida voy. —Bufó asintiendo. —Está bien. Pero mañana te quiero aquí a las seis.

Chilló de la alegría. —Eres la mejor —dijo antes de salir corriendo.

—Sí, la mejor pringada. —Se acercó a la mesa de los cuatro yupis que tenía en la cuatro. —¿Café?

—Yo quiero cerveza —dijo uno de ellos mirando la carta.

Dejó la jarra sobre la mesa y sacó el block. —Yo quiero una hamburguesa especial con queso y otra cerveza. —Esa voz hizo que levantara la mirada del block para ver los ojos azules del señor Thatcher. —Bien fría.

—¡Señor Thatcher! Menuda sorpresa.

Todos miraron al macizo. —¿La conoces? —preguntó un rubio que estaba sentado a su lado.

—Sí, fue a pedir trabajo de enfermera para mi abuela.

—¿La ha encontrado? —preguntó ella con la esperanza de que le dijera que no.

—Sí, una mujer eficiente y muy callada. Lo que necesitábamos.

Menudo corte. Forzó una sonrisa. —Me alegro mucho. —Miró su block. —¿Qué más traigo?

Los demás pidieron más o menos lo mismo, así que después de apuntarlo cogió la jarra de café. —Enseguida lo traigo.

Fue hasta la cocina a toda prisa e hizo el pedido. Sirvió las bebidas y

las patatas de la otra mesa y miró de reojo a los cuatro yupis que parecía que estaban relajados, así que no hablaban de negocios ni de política. Se tensó cuando el de pelo castaño que estaba sentado frente a su señor Thatcher la miró siguiéndola por la cafetería. Ese le iba a soltar algo. Después de tantos años trabajando en eso, se le veía venir. Fue hasta la mesa con la bandeja y sirvió las cervezas en unas jarras bien frías.

—¿Y tú, guapa? ¿Cuándo sales?

Lo sabía. Sonrió irónicamente y miró sus ojos negros levantando una ceja. —¿Cuándo salgo? Si quieres cubrir mi puesto, me iría ahora mismo. ¿Buscas trabajo?

Sus amigos se echaron a reír. Todos menos Kirk, que apretó los labios antes de beber de su cerveza. Ninette se alejó y en ese momento entraron los Smith. Gimió interiormente viendo donde se sentaban. Ante el escaparate para que se les viera bien. Mierda. Ya llegaban medio borrachos y amenazaba bronca, porque ya entraban discutiendo por lo bajo.

—Que los atienda Jimmy —dijo Irwin mirando lo mismo que ella.

—Tiene mucho trabajo en la cocina. —Resignada cogió la cafetera llena y dejó la otra. —Vamos allá.

—No dejes que se te ponga chulo.

Asintió acercándose a ellos, pasando ante la mesa de Kirk. No es que fueran mala gente. Cuando no estaban bebidos eran de lo más normal. Incluso simpáticos. Pero desde que los dos estaban en el paro no había quien los aguantara, porque se habían tirado a la bebida y al menos una vez a la semana les montaban el espectáculo. Jimmy la última vez había amenazado con llamar a la policía. —¿Un café, Kelly?

—¿Tengo pinta de querer café? Tráeme una cerveza y otra para mi marido. Y dos de chili.

—Yo no quiero chili.

—Si no puedes leer la carta. ¡Te has dejado las gafas en casa!

—¡Pues léemela tú!

—Puto inútil. Pues pide una hamburguesa. No soy tu criada.

—Chicos, haya paz. Os la sabéis de memoria.

Clod la miró como si fuera idiota y Ninette entrecerró los ojos. —¿Y por qué no me la lees tú? Es tu trabajo.

—No, ese no es mi trabajo. Me dices qué quieres o te largas. Ya estás

empezando a tocarme las narices.

—Oye guapa... —Kelly se levantó. —¡A mi marido no le hables así!
¿Quién te crees que eres?

Jimmy salió de la cocina con su delantal blanco y la redecilla en la cabeza, llevando el bate de beisbol en la mano. —¿Ya estamos otra vez? — gritó haciendo que todo el local le mirara. Y es que era para mirarle porque era un oso de dos metros.

Ninette forzó una sonrisa. —Jimmy no pasa nada.

—¡Claro que sí! ¡Fuera de mi local!

—¡Esta zorra ha insultado a mi marido!

—Como si tú no lo hicieras nunca. ¡Largo! —Agarró a Clod de la camiseta levantándole de golpe. El muy imbécil alargó el brazo para pegarle, pero le dio a Ninette en la mejilla arañándola con el anillo de la universidad. Se llevó la mano a la cara mientras su jefe les sacaba a rastras.

—¿Estás bien? —Asombrada miró hacia arriba para ver a Kirk ante ella. —¿Te ha hecho daño?

Sin poder evitarlo agachó la mirada avergonzada porque fuera testigo del trabajo que tenía. Había sido una estúpida al ir a casa de su abuela. — Estoy bien —susurró alejándose para echar a correr hacia la cocina.

—Oiga, ¿puede traerme un café?

—Ahora se lo traigo —dijo mecánicamente antes de entrar en la cocina empujando las puertas.

Se acercó al cuarto donde se cambiaban y entró en el baño para ver el arañazo en la mejilla. —Mierda. —Cogió algo de papel de baño y lo mojó un poco para pasárselo por la herida. No era muy profunda, pero le iban a hacer mil preguntas sobre ella.

Furiosa tiró el papel al wáter antes de salir y cogió las hamburguesas que su jefe ya había preparado con las patatas. Al salir casi se choca con él, que seguía mirando hacia la puerta como si estuviera preparado para lanzarse sobre ellos que estaban discutiendo en la calle. Jimmy la miró e hizo una mueca al ver su mejilla. —Joder, ¿te duele? —La cogió por la barbilla delicadamente y le giró la cara para mirarla. —Debía haberle partido la cara a ese gilipollas.

—No es nada. —Forzó una sonrisa. —Gracias, jefe.

—No quiero verles más por aquí. Si vienen sin que esté yo, llama a la

policía.

—Tú deja el bate a mano.

Jimmy se echó a reír viéndola alejarse. Sirvió las dos hamburguesas con queso y sin querer miró de reojo la mesa de Kirk, que no le quitaba ojo. Agachó la mirada regresando con Irwin que ya había terminado. Su amigo la cogió de la muñeca cuando iba a recoger su plato. —Será cabrón. ¿Estás bien?

—Sí, claro. Ya sabes que soy una chica dura. ¿Qué quieres de postre?

—Irwin, come la tarta de manzana —dijo la señora Lumis desde la mesa de al lado—. Está de muerte.

—Pues tarta de manzana.

—Perfecto. —Sonrió alejándose porque era obvio que los dos se gustaban, pero nunca se sentaban juntos. Incluso hablaban a través de las mesas mientras comían. A ella le parecía muy romántico porque tenía la sensación de vivir un amor como los de antes. Como si se respetaran tanto que ambos temieran dar un paso más, no queriendo ofender al otro y perderle.

Después de servir a Irwin, Jimmy tocó el timbre de la cocina, lo que significaba que tenía pedido preparado. Resignada a servir la mesa de Rick, se acercó con una enorme bandeja a donde estaban sentados y sujetando la bandeja con una sola mano, puso los platos ante ellos sin preguntar de quien era cada cosa pues lo sabía de memoria.

—¿Puedes traernos ketchup? —preguntó el rubio.

—Sí, por supuesto. —Se volvió y cogió el envase de las salsas poniéndoselo delante.

—Gracias.

—Para eso estoy —dijo sin poder evitarlo.

Vio que unos comensales se levantaban y de reojo se aseguró de que habían dejado el dinero sobre la mesa. Aprovechó la bandeja para recoger las cosas y cuando vio la propina que habían dejado, juró por lo bajo antes de llevarlo todo a la cocina. Tiró los veinte centavos al bote de las propinas y Jimmy hizo una mueca. —Últimamente la cosa se está poniendo dura.

—Con las propinas de este mes no voy a poder pagar el apartamento. —Se encogió de hombros. —Esperemos que mejore, porque tendré que tirar de ahorros.

Su jefe asintió preocupado. —He visto a Anni. ¿Te ha pedido que

hagas su turno sin consultarme?

—Pues sí. —Miró por la ventanita para controlar el local mientras rellenaba un par de servilleteros antes de coger la bayeta.

—¿No tenías que estudiar?

—Bueno, por un día no pasa nada. —Le guiñó un ojo saliendo de la cocina de nuevo.

Limpió la mesa alargando el brazo para llegar al final poniendo el servilletero y al girarse vio que los cuatro yupis la miraban. Parpadeó sorprendida. —¿Queréis algo?

Kirk carraspeó. —No, todo bien. Gracias.

Ella sonrió radiante. —Vale.

Minutos después estaba hablando con Irwin y la señora Lumis cuando vio que la llamaban desde su mesa. Sonrió acercándose y miró los platos que estaban casi vacíos. —¿Han terminado? ¿Desean postre?

—No, gracias. La cuenta —dijo Kirk muy serio.

—Enseguida.

Como parecía que tenían mucha prisa solo recogió los platos de los que tenía cerca y rápidamente fue hasta la caja. Con el ticket se acercó a ellos de nuevo y lo dejó en medio de la mesa porque no sabía quién pagaba. Recogió los otros platos antes de retirarse.

Cuando salió de la cocina dos segundos después parpadeó asombrada porque ya no estaban.

—Esos sí que tenían prisa —dijo Irwin impresionado—. El moreno debe ser el que manda, porque ha dejado cien pavos sobre la mesa y ya estaban camino de la puerta antes de que entraras en la cocina.

Decepcionada miró hacia la calle a través del cristal, pero no les veía. Bueno, ese seguro que no volvía por allí. Cogió los cien pavos e hizo una mueca. Eso sí que era una propina. Miró hacia el escaparate de nuevo.

Odiaba el turno de noche. Sobre todo porque en la parte de negocios de la ciudad, muchos que salían algo tarde, se pasaban por allí para cenar algo y el local estaba a tope. La otra camarera de refuerzo de las noches no había parecido y para colmo se llevaba fatal con el cocinero que sustituía a Jimmy en las cenas. Siempre intentaba acompañarla a casa.

Estaba fregando parte de la cafetería para ver si los últimos clientes pillaban que tenía que cerrar, cuando él salió de la cocina ya vestido para irse. Asombrada vio que se largaba sin despedirse siquiera. —Sí, ya cierro yo. — Siguió fregando el suelo. —Será capullo.

Eran las dos cuando hecha polvo bajó la persiana y cerró con llave. Le dolían los pies horrores y las piernas le pesaban como el plomo caminando hacia la boca del metro. Encima ahora tenía que ir hasta Brooklyn y odiaba coger el metro de noche. Vio la boca del metro y suspiró del alivio porque al menos podría sentarse. Ni había cenado porque el gilipollas ni se la había preparado y se negaba a hacérsela ella. Ya hablaría con Jimmy al día siguiente.

—Perdona.

Se volvió sorprendida porque no había escuchado a nadie tras ella, cuando sintió un golpe en el pómulo que la dejó atontada. Dejó caer el bolso trastrabillando hacia atrás y mareada no pudo evitar que la cogieran por la cintura levantándola. Parpadeó antes de sentir que su cabeza chocaba con algo duro antes de que todo se volviera negro.

Abrió los ojos y sintió que algo se movía. Alargó la mano y chocó con el dorso en algo metálico. Asustada levantó la otra y palpó. Estaba en el maletero de un coche. Su corazón se aceleró tocando a su alrededor buscando su bolso, pero no estaba allí. Movié las piernas, pero no había nada. Estaba vacío. Angustiada temió desmayarse de nuevo de miedo. —Piensa, piensa. ¿Qué te diría Irwin?

No podía gritar porque nadie la oiría. Tampoco tenía con qué defenderse. Era evidente que todavía no quería matarla porque si no ya lo habría hecho. Pensó en las chicas de Central Park. Primero habían sido violadas y creían que las retenía veinticuatro horas. El coche se detuvo y gimió cerrando los ojos, haciendo que todavía estaba inconsciente.

El maletero se abrió y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no gritar. La cogió por los brazos incorporándola y la sujetó por la cintura antes de cargarla sobre su hombro. Ninette abrió los ojos ligeramente para ver que estaban en el garaje de una casa. Pasaron por una puerta y las baldosas blancas le pusieron los pelos de punta. Giró la cabeza lentamente para ver una cama cubierta de plástico. Él la tiró sobre ella y Ninette con los ojos cerrados dejó caer la cara al otro lado.

—Así que te gusta mi jefe. Cuando termine contigo eso ya no será así.

—Apartó un mechón de su cabello y se acercó a ella. Ninette reprimió un sollozo cuando la cogió por la barbilla y besó sus labios. Pero no pudo evitar temblar. Gritó agarrándole del cabello y abrió los ojos acercando la mano a su cara. Él intentó cogerla por la muñeca, pero Ninette consiguió llevar su pulgar a su ojo apretando con fuerza. El tipo se alejó de golpe y Ninette saltó sobre él haciendo que se golpeará contra la pared. Le cogió por el cabello de nuevo y le golpeó contra la pared una y otra vez fuera de sí. Solo la sangre en los azulejos blancos hizo que le mirara asombrada para ver que era el tipo rubio de la cafetería. El que acompañaba a Kirk.

Con el corazón a punto de salirse por la boca le soltó y él gimió cayendo al suelo. Ninette entrecerró los ojos recordando unas palabras de Irwin. Esos locos siempre vuelven a hacerlo.

—No, tú no vas a hacerlo de nuevo. —Miró a su alrededor y vio sobre una mesilla un martillo, una cuerda y unas bridas muy bien colocadas. —Puto psicópata. —Cogió el martillo y lo levantó sobre su cabeza, pero algo en su interior le hizo no machacar a ese cabrón hasta matarle. Entonces escuchó pasos y asustada levantó el martillo girándose hacia la puerta para ver como entraba el de pelo castaño y la miraba asombrado. —¿Qué ocurre aquí? ¿Qué le has hecho a Martin?

—¿A Martin? ¡Me ha secuestrado!

—¿Pero qué dices? ¡Si es contable!

—¡Te digo que me ha secuestrado! ¡Llama la policía!

—Baja eso ahora mismo.

Ninette dudó y bajó un poco el martillo. Él se tiró sobre ella y ambos cayeron sobre la cama. Su peso la dejó sin aliento antes de que le diera dos puñetazos con tal brutalidad que la dejó sin sentido de nuevo.

Capítulo 2

Un golpe en la puerta que la reventó la sobresaltó despertándola y gritó una y otra vez mientras tiraba de las ligaduras que la ataban de pies y manos a la cama.

Una mujer con un arma en la mano se acercó a ella. —Tranquila, estamos aquí. Estás a salvo.

Sin entender lo que pasaba, miró a su alrededor mientras entraban unos sanitarios. Le cortaron las ligaduras con una tijera y la policía susurró algo de preservar las pruebas.

La ayudaron a sentarse. —¿Les han cogido?

—Sí, no debe preocuparse. Uno ha muerto y el otro fue atrapado cuando se deshacía del cuerpo. Ha confesado. Una suerte para ti, porque aunque sabíamos de su desaparición ni teníamos pistas de tu paradero.

Ninette se echó a llorar del alivio y el sanitario le pinchó algo en el brazo. —Tranquila, ya ha pasado todo. —Se volvió para mirar a su compañero. —Avisa que vamos para allá.

—¿Cuánto llevo aquí?

—Dos días, Ninette. ¿No lo recuerdas?

—Me golpeó.

—Se encontró tu bolso en la entrada del metro y uno de tus clientes denunció tu desaparición apenas unas horas después. Es policía.

Sonrió como pudo. —Irwin.

—Ese mismo. —Sin poder evitarlo se echó a llorar emocionada y la policía le cogió la mano. —Muchos están deseando que vuelvas. Hemos recibido muchas llamadas interesándose por ti.

—Gracias por ayudarme.

—No sabes cómo me alegro de haberte encontrado.

Fue con la camilla hasta la ambulancia y se subió con ella para acompañarla al hospital. Ninette no podía dejar de llorar y para distraerla le preguntó cosas de su vida.

—Así que estudias psicología. Mi hermana es psicóloga.

—Acabo de empezar. Todavía tengo mucho que estudiar por delante.

—Lo importante es que has decidido superarte. Como superarás este momento. Ya verás.

—He pasado tanto miedo...

—Has sido muy valiente. —Le guiñó un ojo. —Por cierto, soy Valeria.

—Perdona. —Cerró los ojos mareándose.

—Tranquila. —Miró al sanitario. —¿Qué le ocurre?

—Hay que hacerle pruebas. Ha recibido muchos golpes. Es un milagro que esté tan lúcida.

La detective asintió y miró a Ninette que no era consciente de su aspecto todavía, pero ponía los pelos de punta porque no había una parte de su rostro que no estuviera hinchado y amoratado. Para alguien que había visto su fotografía, verla así era un shock. Sus amigos se iban a llevar un susto de muerte.

Valeria Cornell se enderezó cuando salió el doctor de la habitación y se acercó de inmediato con su compañero. —¿Cómo está?

—Tiene una fisura en el tabique nasal, pero aparte de eso está bien. He tenido que sedarla porque no dejaba de llorar. —Miró a un lado y al otro. —¿Su familia?

—No tiene. Vivía con su abuela, pero falleció el año pasado. Ya he avisado a Irwin McDonald que fue quien puso la denuncia. —En ese momento el policía jubilado con veinte personas detrás se acercaba hacia ellos. El doctor levantó las cejas y la policía gimió. —Al parecer ha avisado a algunos amigos.

—No pueden verla en este momento. Debe descansar.

—Muy bien doctor Derr. Yo me encargo de poner orden.

Irwin McDonald se acercó a ella reconociendo a un policía en cuanto lo veía. —Detective Cornell...

—Llámeme Valeria.

Él asintió mientras los que tenían detrás sonreían emocionados porque la hubieran encontrado. Todos menos Irwin que sabía de qué iba aquello. —

¿Qué tenemos?

—¿Podemos hablar un momento? ¿En privado?

Los demás fueron perdiendo la sonrisa poco a poco hasta que uno muy alto asintió. Irwin caminó con ella por el pasillo. —¿Está grave?

—Ha recibido muchos golpes, pero aparte de una fisura en la nariz no tiene lesiones de gravedad. Ha tenido mucha suerte.

Aun así Irwin no se relajó. —¿Agresión sexual?

—No de manera evidente. No hay restos en el examen ginecológico que le hicieron hace dos horas.

—¿Cómo está?

—Hecha polvo. Ha pasado un miedo horrible, pero fue muy valiente. Fue ella quien mató a uno de los implicados. Lo que pasa es que llegó el otro y la molió a palos.

Irwin apretó los labios. —Es dura. Saldrá de esto.

—Ahora necesita descansar.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Los de criminalística están analizando el lugar del secuestro. La escena lleva su tiempo, ya lo sabes. En cuanto tengamos resultados te diré. Pero tenemos su confesión y además fue descubierto con el cadáver de su cómplice. Esperamos encontrar pruebas de las anteriores víctimas en estos días.

—¿Es el tipo que ha salido en las televisiones? ¿Ese es vuestro asesino?

—Sí. Yo misma he filtrado la foto.

—Pues ese tipo estuvo comiendo allí el día de su desaparición. Con tres tipos más.

—Ya tengo a gente investigando todo sobre su vida para descubrir conexiones con las víctimas.

Irwin asintió. —Se nota que sabes lo que haces.

—Viniendo de usted es todo un elogio. Ahora tengo que irme. ¿Usted se quedará con ella?

—No me separo de aquí ni con agua caliente. ¿Me informarás?

—Dentro de lo que pueda le mantendré al día.

—Es increíble, ¿sabes? Esa misma mañana le dije que no fuera sola de noche y le pasa precisamente esto.

—Ha tenido mala suerte. —Se acercó mirándole muy seria. —Lo que le cuente...

—Soy una tumba.

Asintió mirando al grupo que susurraba ante la habitación. —Tengo que irme. Le dejo con ellos.

—Se irán enseguida no te preocupes.

—Pasaré mañana a tomarle declaración. Puede estar si quiere.

—Gracias.

Valeria se alejó sacando su teléfono móvil e Irwin se acercó a sus amigos.

—¿Qué tiene? Está muy mal, ¿verdad? —preguntó Anni con lágrimas en los ojos.

—Está magullada por los golpes, pero no tiene nada grave. —Miró a Jimmy. —Nada grave dentro de lo que le podía haber pasado. No sé si me entendéis. —Todos suspiraron del alivio. —Eso no significa que no pueda tener un trauma por lo que ha ocurrido.

—Sí, por supuesto —dijo su jefe pasándose la mano por la barbilla—. ¿Podemos verla?

—Eso, yo quiero verla —dijo la señora Lumis dando un paso al frente.

—Daisy, ahora no podemos pasar. Órdenes del médico. Debe descansar. —Protestaron por lo bajo y él sonrió. —Estoy seguro de que le encantará veros, pero no será hoy. Iros a casa que tenéis que trabajar. Yo me quedo con ella.

Anni miró a Jimmy. —Le guardarás el trabajo, ¿verdad?

—Por supuesto. Irwin dile que no se preocupe por eso.

—Se lo diré. No os preocupéis. Ahora está segura.

Todos se volvieron para irse. Todos menos Daisy que sonrió tímidamente. —Yo no tengo que trabajar mañana. Me quedo contigo un ratito.

—No quiero que después vayas sola de noche.

Se encogió de hombros. —Cogeré un taxi.

Irwin sonrió, cuando la puerta de la habitación se abrió y vieron a Ninette agarrándose a la manilla mirando a su alrededor desorientada. Daisy jadeó tapándose la boca al ver su cara amoratada e Irwin juró por lo bajo. —

Llama a una enfermera —dijo acercándose a ella lentamente. Medio drogada casi se cae y él iba a sujetarla, pero le miró asustada—. Ninette cielo, soy yo.

—¿Irwin?

Él tomó aire conmovido. —Sí, soy Irwin. —Con cuidado la cogió por la cintura. —¿A dónde vas? ¿Una excursión?

—Tengo que estudiar —balbuceó.

—No. Hoy no tienes que estudiar. Tienes que descansar.

—¿De veras? ¿No tengo exámenes? No sé qué me pasa.

—Es la medicación.

—Medicación. ¿Estoy enferma? —La llevó hasta la cama y entonces Ninette lo recordó todo y se echó a llorar.

—Shusss. —Él se sentó a su lado y le acarició la espalda. —Todo ha salido bien.

La enfermera entró corriendo y la miró asombrada. —¿Pero cómo estás despierta? Uy, uy... —Sonrió acercándose. —¿Y por qué lloras? Con lo valiente que has sido no tienes que llorar.

—¿He sido valiente?

—Mucho —dijo Irwin levantándose para que se acostara.

La enfermera la arropó con una sonrisa. —Ahora a dormir.

Ella le miró a los ojos y alargó la mano que Irwin cogió de inmediato. —Tenías razón. No tenía que haber caminado sola por la calle.

—Eso da igual, cielo. Te eligió en el restaurante. Hubiera dado igual la hora. —Le acarició el cabello con la otra mano. —Ahora descansa. Yo me quedaré contigo.

Daisy entró tímidamente en la habitación y los ojos verdes de Ninette se volvieron a llenar de lágrimas. —Estás aquí.

—Claro que estoy aquí. Y aquí me voy a quedar hasta que estés bien del todo, mi niña.

Una lágrima corrió por su mejilla. —Sois estupendos.

—Qué va. Hemos tenido que pelearnos con todos para quedarnos. — Irwin le limpió la lágrima con cuidado y la enfermera le pinchó algo en el brazo. —Todos querían verte.

—¿Han cerrado el restaurante? —Los ojos que estaban hinchados se le fueron cerrando. —Solo cierra en Navidad.

—Pero tú eres especial.

Se quedó dormida e Irwin se volvió hacia Daisy, quedándose helado al ver a uno de los hombres que habían estado en el restaurante con los implicados, mirándola pálido.

—¿Qué hace usted aquí? —siseó Irwin dando dos zancadas y empujándole por el pecho para apartarle de la puerta.

—¿Qué coño hace?

—Usted estaba con esos cabrones.

—Yo no sabía...

—¿Son amigos suyos? ¿Cuál es su relación?

Le miró asombrado. —¿Me está interrogando?

—No, solo es curiosidad. ¿Qué hace aquí?

—Solo quería saber cómo estaba. Me he enterado por las noticias de que estaba ingresada aquí.

—¿A qué ha venido? ¿A rematarla?

—¿Pero qué locuras dice? Ninette me pidió trabajo y al enterarme de esto, quería saber cómo estaba.

—¿No me diga? —preguntó sacando el móvil—. Eso se lo va a explicar a mis compañeros.

—¿Sus qué? —Miró a Daisy que no salía de su asombro. —¿Está bien?

—Eso no es problema suyo —respondió Daisy fríamente.

—Oiga, yo jamás pensé que Martin se dedicaba a... —Parecía que no sabía cómo continuar. —¡Yo he sido el primer sorprendido!

—No. ¡La primera sorprendida ha sido Ninette por la mierda de amigos que tiene! —Irwin sin perderle de vista dijo algo al móvil con voz baja antes de levantar la voz —¡Quiero una escolta aquí de inmediato!

Daisy entrecerró los ojos asintiendo. —Eso, Irwin. Que no se acerquen a nuestra niña.

Kirk dio un paso hacia Daisy, pero Irwin le empujó en el pecho pegándole a la pared. —Ni se le ocurra moverse de ahí si no quiere que le pegue un puto tiro. Le juro que no me va a temblar el pulso de hacerlo en medio de un hospital. En este momento es tan sospechoso como el muerto y el detenido. Le aconsejo que no me dé problemas porque voy armado. ¿Me ha entendido?

—¿Sospechoso? —preguntó asombrado—. ¡Yo no he hecho nada!

—¡Estaba con ellos antes de su secuestro!

—¡Pero Steven ha confesado!

—¿Y usted cómo sabe eso?

—Me lo ha dicho su abogado. Somos amigos. —Miró hacia la habitación. —Yo nunca haría algo así.

—Eso se lo explica a la detective. Va a tener que dar muchas explicaciones, eso seguro. Yo que usted me iría acordando de qué estaba haciendo los días de los asesinatos.

Kirk palideció. —Será una broma.

—¿Tengo pinta de bromear?

En ese momento llegaron dos policías de uniforme que corrieron hacia ellos. Irwin le señaló y los policías se pusieron ante él amenazantes. —De cara a la pared.

—¡Pero yo no he hecho nada!

—No se lo digo más. De cara a la pared.

Kirk se volvió y uno de los policías le empujó por la espalda pegándole a la pared empezando a cachearle. Después de incorporarse dijo —Dese la vuelta. —Kirk lo hizo mirándoles furioso. —Documentación.

—¡Esto es ridículo! ¡Solo quería interesarme por su estado!

—Identifíquese —dijo el otro policía poniendo la mano en la culata de la pistola.

Tomó aire y furioso metió la mano en el interior de la chaqueta sacando su cartera de piel. Irwin entrecerró los ojos al ver una hoja doblada dentro, así que le arrebató la cartera. —Oiga, ¿qué hace?

Dejó caer la cartera al suelo para que no se la quitara y mientras Kirk se agachaba, Irwin desdobló la hoja para ver la foto de Ninette. Daisy jadeó al ver su curriculum.

Kirk perdió todo el color de la cara. —Puedo explicarlo.

—Detenedle —dijo Irwin fríamente.

En ese momento llegó Valeria corriendo. —¿Qué ha ocurrido?

—Éste, que ha venido a hacer una visita. Hemos encontrado esto en su cartera. —Lo giró y Valeria se tensó al ver el curriculum de Ninette.

La detective le miró. —Queda detenido por sospechoso de secuestro, tortura e intento de asesinato.

—¡Esto es ridículo! ¡Yo no he hecho nada!

Uno de los policías le volvió pegando su cara a la pared y antes de darse cuenta estaba esposado. —¡Quiero un abogado!

—Claro que sí —dijo Valeria—. Leedle sus derechos por si se le escapa alguno, como que puede hacer una llamada cuando lleguemos a comisaría. Va a ser una noche muy larga. —Miró a Irwin. —Enseguida vendrá un policía a ponerse en la puerta.

—Queda uno.

—Lo sé. No se preocupe. No se acercarán a ella. —Mientras se llevaban a Kirk, que seguía gritando que él no había hecho nada, Valeria susurró —¿Cree que está implicado?

—Yo no lo descartaría. No es la primera vez que estos psicópatas se unen para realizar estos crímenes.

—Steven Harrison no ha implicado a nadie más.

—¿Cuántos secuestros ha confesado?

Ella sonrió. —No es idiota. Solo éste.

—Pues entonces te queda mucho que rascar.

—Como decía, será una noche muy larga. —Sonrió a Daisy antes de seguir a los agentes.

Daisy se acercó a Irwin y cogió su brazo pegándose a él. —Has estado estupendo.

Irwin sonrió. —Si me hubieras visto en mis buenos tiempos...

Capítulo 3

Ninette se despertó y sintió la cara muy dolorida. Levantó la mano para tocarse y se asustó al notar los golpes. Casi no podía abrir los ojos y alguien le cogió la muñeca delicadamente apartándola. Asustada se encogió girando la cabeza para ver a Anni a su lado.

—Eso curará —susurró su amiga—. Volverás a ser la de siempre antes de que te des cuenta.

Se emocionó. —Anni...

—Shusss. —Se agachó para abrazarla. —Sé que todo el mundo te dice lo mismo, pero no te conocen como yo. Les han detenido y tú te has cargado a uno. Se pasarán en la cárcel toda su vida. No debes pensar más en ello.

—¿Les han detenido? ¿No era uno? ¿El que me pegó?

—Ayer detuvieron a los otros dos.

Asombrada la miró. —Pero si no estaban allí.

—Pero al parecer han encontrado pruebas contra ellos.

Sin poder creérselo susurró —¿Kirk también está detenido?

—¿Kirk?

—Era uno de ellos. Le conocí en casa de su abuela, aunque no...

—¿No qué, Ninette?

—Nunca la vi. Se suponía que buscaban a alguien que la atendiera.

—¿No viste a la vieja? ¿Solo estaba él en la entrevista?

—Al principio me sorprendió un poco, pero después no vi nada raro. Decía que había tenido un problema cardíaco y que necesitaba descansar.

Anni apretó los labios. —Bueno, si les han detenido será por algo.

Ninette miró el techo. —Supongo que sí.

La puerta se abrió y Jimmy entró en la habitación con un oso blanco tan grande como su apartamento. Sin darse cuenta sonrió. —Devuélvelo ahora mismo.

Él sonrió aliviado. —Ni hablar.

Se lo puso sentado sobre la cama a sus pies y Ninette soltó una risita sin poder evitarlo. —Es enorme.

—Yo tengo uno y no veas lo buenos que son para dar abrazos. —Anni se acercó al oso y le abrazó con fuerza antes de darle dos besos. —¿Ves? Cuando no está mi chico me lo como a besos.

—Estáis locos. —Miró a su jefe a los ojos. —Gracias.

—Va, es una tontería. Irwin me ha dicho que vendrá en un par de horas.

—No es necesario. Estoy bien.

La puerta se abrió de nuevo y la detective metió la cabeza bizqueando al ver el oso. —Es más grande que yo.

Los tres se echaron a reír y Valeria se acercó sonriendo. —Me alegro de verte tan bien.

—Pues necesitas gafas.

—Va, eso se irá en unos días.

Ninette perdió la sonrisa poco a poco. —Anni me ha dicho que han detenido a los otros dos.

Valeria miró a los demás. —Chicos, ¿podéis dejarnos solas unos minutos? La máquina de café está al final del pasillo.

—Vamos Anni, te invito a uno.

En cuanto se fueron, la policía se quitó la chaqueta del traje y se sentó a su lado. —¿Cómo te encuentras?

—Bien, supongo. —Miró sus ojos castaños. —¿Es cierto?

—Sí, les hemos detenido porque hay indicios de delito.

Ninette sintió una decepción enorme. —Vaya, me gustaba.

—¿Quien?

—Kirk Thatcher.

Valeria sacó el block del bolsillo trasero del vaquero. —Cuéntame cómo le conociste.

Ella le contó lo que había ocurrido en la entrevista y por sus preguntas terminó relatando todo lo que había ocurrido. Fue muy precisa en los detalles y Valeria sonrió al terminar. —Perfecto. Eres una testigo de primera.

—¿Le maté yo?

—La autopsia ha revelado que los golpes contra la pared fueron la

causa de la muerte. Pero precisamente eso, fue lo que nos llevó a ti, así que no tienes que sentir ningún remordimiento.

—No lo siento.

—Perfecto. —Se levantó cogiendo la chaqueta y se la puso mirando al oso. Sonrió maliciosa antes de acercarse y darle un fuerte abrazo. —Me encantan estos peluches.

Ninette rio sin poder evitarlo antes de gemir llevándose la mano a la nariz donde tenía un apósito.

Valeria le guiñó el ojo. —Abrázale mucho. Te hará sentir mejor.

—Lo haré.

Sus amigos entraron en ese momento, pero la detective les bloqueó. —¿Podemos hablar fuera un minuto?

—Sí, por supuesto —dijo Jimmy mirándola de reojo.

—Es por rutina.

Ambos asintieron antes de salir de nuevo. Ninette miró el gran oso de peluche y se sentó dolorida. En sus brillantes ojos negros vio su irreconocible rostro. Cerró los ojos hasta hacerse daño antes de abrazar su oso con fuerza, llorando sin poder evitarlo.

Miraba las cartas distraída y dejó la primera que pilló sobre la mesa que usaba para comer. Irwin levantó una ceja y dejó sus cartas cogiendo las suyas lentamente. —A dormir.

—No. No quiero dormir, de verdad. Estoy bien.

—Estás agotada. —Sonrió con tristeza al ver que se resistía. Como si temiera quedarse sola. —Yo me sentaré ahí y leeré un libro mientras tú descansas que es lo que tienes que hacer. Descansar y recuperarte porque la lasaña no sabe igual sin ti.

Sonrió tumbándose. —No tienes que quedarte. Estoy bien.

—Me gusta tu compañía.

Emocionada apretó los labios. —No sé qué me pasa. No hago más que llorar.

—El cuerpo es muy sabio —dijo suavemente apartando la mesa—. Tienes que desahogarte...

Llamaron a la puerta e Irwin fue hacia allí abriendo una rendija.

Ninette vio como miraba extrañado a quien estaba al otro lado y negaba con la cabeza. —No son horas para una visita.

—¿Quién es? —preguntó Ninette sin imaginarse quién podía ser porque ya habían pasado por allí todos sus conocidos.

—Es una mujer que dice que tiene que hablar contigo.

—Irwin déjala pasar. —Se sentó en la cama y su amigo abrió la puerta. Una mujer de unos ochenta años entró en la habitación con un bastón. Su traje de Chanel y su impecable peinado de su cabello teñido de negro no le dijeron mucho y se preguntó si se había equivocado de habitación, pero al ver sus ojos azules supo quién era. Y era real. —Señora Thatcher...

Irwin se tensó. —No puedo creérmelo. ¿Cómo se atreve...?

—Disculpe caballero, pero vengo a hablar con esta jovencita. —Miró su rostro y apretó los labios antes de dar otro paso hacia ella. —Si ella me lo permite, por supuesto.

Sin saber qué hacer miró a Irwin que negó con la cabeza. Pero si había ido hasta allí, debía haber una razón poderosa porque debía estar muy delicada. —Por favor, siéntese. Tengo entendido que está enferma.

La mujer sonrió del alivio. —Gracias. No sabes cómo te lo agradezco dadas las circunstancias.

—Señora, esto es inconcebible. No debe hablar con la víctima.

—¿Por qué? Yo no le he hecho nada.

—¡Es familiar de uno de sus agresores!

—Irwin...

Su amigo apretó los puños y ella sonrió aliviando su tensión. —Si ha venido hasta aquí, lo menos que debemos hacer es escucharla. —Miró a la abuela de Kirk. —Continúe.

—Sé que no me conoces y que tampoco conoces realmente a mi nieto, pero te juro que él no está implicado en este asunto.

—Eso lo descubrirá la policía, señora —dijo Irwin exasperado—. Ahora si nos permite, Ninette tiene que descansar.

La mujer le rogó con la mirada. —Es lo único que tengo, es buena persona. Puede que a veces sea duro en su trabajo, pero cientos de personas dependen de él. Lo que hayan hecho alguno de sus empleados...

—Llevaba el curriculum de Ninette en la cartera cuando fue detenido.

—Se lo dio ella.

—¿Y fue a comer a su restaurante cuando trabaja al otro lado de la ciudad?

—Tenía que ir a ver una de las obras de las que está encargado. — Miró a Ninette. —Es arquitecto. Tiene un proyecto muy cerca.

—Menudo cúmulo de casualidades. —Miró a Ninette a los ojos. — No te creas nada.

—¿Llevaba mi curriculum en la cartera? ¿Por qué?

—Allí tenía la dirección de la cafetería y tus datos. Tu dirección y tu número de teléfono. —Ninette palideció.

—Te iba a llamar para el trabajo —explicó la mujer.

La miró sorprendida. —Miente.

—No miento.

—Él me dijo en la cafetería que ya tenía a otra persona. Una muy eficiente. Siempre me dejó claro que yo no era apta para el trabajo.

La señora Thatcher palideció e Irwin entrecerró los ojos mirando a la anciana. —¿Tiene a alguien que la ayude? ¿Le dijo la verdad a Ninette?

—Sigo teniendo la enfermera que me ha atendido desde la operación de corazón a la que me han sometido. Ya no la necesito, pero mi nieto insistía en tener a alguien en casa para que me atendiera en exclusiva sin ser del servicio, que tienen otras obligaciones.

—¿Así que no contrató a nadie? —preguntó Ninette sorprendida—. ¿Y por qué me mintió?

—Porque no pensaba contratarte, pero tenía que dar una excusa — dijo Irwin muy tenso—. Señora, nos acaba de dar el motivo por el que llevaba el curriculum en la cartera.

Con el rostro descompuesto se levantó. —No le conocen como yo. Mi Kirk nunca haría algo así.

Se miraron a los ojos y vio su desesperación. —Si no es responsable, se librará de esto.

—La prensa ya se ha echado sobre él cómo buitres —dijo angustiada—. Le van a destrozar la vida.

—Yo no puedo hacer nada —susurró poniéndose nerviosa.

—Por favor, ¿no cree que Ninette ya ha pasado por bastante?

Ronelle asintió. —Sí. Siento haber venido. Me doy cuenta de que ha estado fuera de lugar.

Irwin le abrió la puerta y Ronelle apoyándose en el bastón se acercó a la cama. —Siento muchísimo lo que te ha ocurrido.

—Gracias. Espero que se mejore.

Asintió antes de ir hacia la puerta en silencio y a Ninette le dio una pena horrible ver que parecía derrotada. Irwin cerró la puerta y apretó los puños al ver la preocupación en sus ojos.

—Esto no es responsabilidad tuya.

—Está hecha polvo. ¿Y si no es cierto? ¿Y si fue una casualidad y le estamos destrozando la vida?

Su amigo se acercó. —¿Por qué crees algo así? Mintió a su abuela. Lo acabas de oír.

—Es que... —Miró a su oso sentado en el alféizar de la ventana. — No me pareció un mal tipo cuando le conocí. De hecho me gustaba.

—Ninette...

—Lo sé. Igual soy una estúpida y él lo planeó todo. —Entonces abrió los ojos como platos. —Ha dicho que era el jefe de esos tipos, ¿verdad?

—Sí, de hecho el despacho de arquitectura es suyo.

—El tipo al que maté dijo: “¿Así que te gusta mi jefe? Cuando termine contigo eso ya no será así.” Y lo dijo como si le odiara.

Irwin la miró sorprendido. —¿Dijo eso?

—¡Sí! —Gimió cerrando los ojos y se llevó las manos a la cabeza. — No lo recordé antes.

—Tú no sabías que esos bestias trabajaran para él. No eres responsable de esto.

Le miró a los ojos. —¿Entonces por qué me siento responsable? ¡Tenía que haberlo recordado antes y Valeria hubiera atado cabos!

Irwin sonrió negando con la cabeza. —Eres increíble, ¿sabes?

—Sí, increíblemente estúpida.

—Ni se te ocurra echarte esto a la espalda como si fuera responsabilidad tuya, porque otra persona ni se hubiera molestado en hablar con esa mujer. Tienes un corazón de oro y estoy muy orgulloso de ti.

—¿De veras?

—Eso no lo dudes. Ahora a dormir que tengo que llamar a Valeria.

—¿Crees que le soltarán?

—Depende de las pruebas. Si no hay nada más, antes de que se dé

cuenta estará en la calle.

Suspiró del alivio cerrando los ojos. —Ronelle se alegrará mucho.
Irwin sonrió saliendo de la habitación.

Al día siguiente le dieron el alta y Jimmy la llevó a casa con su oso. Cuando entraron en el minúsculo apartamento, allí estaba su casera. —Rita, ¿qué haces que no estás trabajando?

La había conocido un año antes cuando había tenido que irse del apartamento que compartía con su abuela y desde que se habían visto por primera vez, habían conectado. Vivía en el piso de debajo de su casa porque se acababa de divorciar y necesitaba el dinero. Su amiga se acercó con los brazos abiertos y ella enterró su cara en sus rizos negros. —Bienvenida a casa.

Sonrió viendo las flores que había puesto por todo el apartamento. Las flores de su jardín. —No tenías que haberlo hecho.

—¿Te gustan?

—¡Mamá! ¿Ha llegado? ¡Quiero jugar a la play!

Asustada miró a Rita. —No quiero que Luca me vea así.

Escucharon los pasos bajando las escaleras y cuando vieron al niño de seis años en la puerta, Ninette que no quería impresionarlo se volvió. Luca corrió hacia ella y la abrazó por la cintura. Ella sonrió acariciando su cabello, revolviendo sus rizos.

—¿Estás mejor?

—Ya te he dicho que tenía unos morados en la cara por el accidente, pero que se pondría bien —dijo su madre con cariño.

Suspiró del alivio mirando al niño. —Estoy muy fea, ¿verdad?

—Te pondrás guapa enseguida. Mira. —Le mostró el codo donde tenía un morado que ya amarilleaba. —Me dolía un montón, pero ahora ya no me duele tanto.

—Se te curará enseguida.

—Como a ti, ¿verdad mamá?

—Verdad. —Rita le rogó con la mirada. —¿Puedes quedarte con él media hora? Tengo que ir a la tienda.

—Claro. Jugaremos a la play.

Jimmy sonrió. —Os dejo solos entonces.

Ella se acercó. —No sé cómo agradecerte...

—No tienes nada que agradecer. Cuida del oso.

—¡Hala! ¡Este oso es más grande que yo!

Rieron viendo al niño intentando cogerlo por debajo de los brazos y gracias a Luca estuvo distraída el resto de la tarde. Después de cenar con Rita se sentó en su sillón con el libro de psicología en las piernas y encendió la televisión para tener ruido de fondo. Puso una serie y miró el libro pasando las hojas distraída, cuando levantó la mirada para ver una foto de Kirk en el momento en que era detenido. Cogió el mando a toda prisa elevando el volumen para ver su imagen saliendo de comisaría con su abogado. Todos los periodistas se tiraron hacia él. —¿Es cierto que la víctima le ha exculpado? ¿Piensa demandar al departamento por daños a su imagen?

—No pienso hacer nada de eso. Entiendo la confusión dadas las circunstancias y estoy muy agradecido a la policía y sobre todo a Ninette Garding, por dar detalles que dado el trauma que ha debido de pasar, son difíciles de recordar. Se lo agradezco de veras.

—¿Cómo se ha tomado que dos de sus empleados hayan estado implicados en algo tan sórdido?

—Ha sido un shock. Son personas que aparentemente crees conocer y de repente resulta que no las conocías en absoluto. Se comportaban como personas normales y resultaron ser locos. Me he preguntado mil veces en estos dos días si ha habido algo que pudiera darme una pista sobre lo que estaban haciendo, pero jamás se me hubiera pasado por la cabeza. Desde aquí quiero dar mi pésame a las familias de las víctimas.

—¿Piensa ponerse en contacto con Ninette Garding para hablar de lo que ha ocurrido?

A Ninette se le cortó el aliento mirando su serio rostro. —Creo que la señorita Garding, lo que menos necesita en este momento, es que yo vaya a hablar con ella para remover lo que ha ocurrido. Todo es muy reciente. Debe descansar y estar tranquila.

Apretó los labios sintiéndose algo decepcionada, pero entendía lo que quería decir. Además, él quería volver a su vida cuanto antes y alejarse de todo aquel lío que le había perjudicado tanto.

Apagó la televisión cuando empezó otra noticia y decidió poner algo de música. La puso bajita porque Luca al día siguiente tenía colegio. Regresó

a su sillón y se quedó mirando el libro con la mirada perdida pensando que no pasaba nada. Era otra cosa mala que le había pasado en la vida y que tenía que superar. Si había superado la desaparición de su madre y la muerte de su abuela, podía superar eso.

Se quedó dormida en el sillón medio tumbada sobre su oso cuando escuchó que llamaban a la puerta suavemente. —Ya voy, Rita.

Se levantó llevándose la mano a la mejilla, que le dolía porque se había apoyado en ella sin darse cuenta. Abrió la puerta y al ver quien era, se quedó de piedra. Kirk metió las manos en los bolsillos del pantalón y muy tenso preguntó mirando su rostro. —¿Puedo pasar?

Ella miró escaleras arriba, sintiéndose incómoda sin poder evitarlo.

—Disculpa, no tenía que haber venido —dijo dando un paso atrás.

—No, no pasa nada.

Se apartó de la puerta y se mordió el labio inferior haciéndose daño en la herida. Entonces fue consciente de que llevaba un pijama corto y que se le veían los morados de las piernas y los brazos. Sin poder evitarlo se puso tras el sillón mientras él cerraba la puerta. Debía estar preparado para ir a trabajar porque llevaba un traje gris que le quedaba de miedo.

Él se volvió para mirarla y se tensó al verla semiescondida. Disimulando ella cogió el libro que estaba en el sofá. —Puede sentarse si quiere.

—Así estoy bien, gracias. No quiero molestarte más de lo necesario.

—No me molesta —susurró apretando el libro entre sus brazos.

—Quería agradecerte...

—No tiene nada que agradecerme. No he mentido por usted.

—Sé que no lo has hecho. —La miró fijamente. —Pero seguramente has recordado un momento muy desagradable para dar esa frase y quería que supieras que te lo agradezco mucho.

—Yo siento que esto le haya perjudicado.

Él apretó las mandíbulas. —Joder, lo que faltaba era que tú te disculparas cuando todo fue culpa mía.

Le miró sorprendida. —¿A qué se refiere?

—Fui yo quien llevé a esos cabrones hasta allí para comer.

—Pero usted no sabía lo que hacían. ¿O sí? —preguntó inquieta sin poder evitar que el miedo la recorriera.

—Entiendo que todavía tengas dudas, pero no. No lo sabía.

—Entonces no tiene nada que sentir.

Kirk asintió. —Solo quería darte las gracias.

—De nada —susurró agachando la mirada con unas ganas horribles de que se fuera sin saber la razón.

Él viendo su expresión abrió la puerta. —Me alegro de verte tan recuperada y espero que pronto lo estés del todo.

—Gracias.

—Adiós, Ninette.

—Adiós.

Cerró la puerta lentamente y ella dejó salir el aire que estaba conteniendo. Esperaba que pronto terminara todo para olvidarse de ese maldito tema.

Capítulo 4

Dos meses después

—Yo quiero tacos, ¿y tú, Billy?

—Yo una hamburguesa, mamá. Con mucho ketchup —dijo el niño sacando otra servilleta y ya llevaba diez.

Ella le miró fijamente e iba a sacar otra cuando Billy se detuvo en seco. La madre la miró asombrada. —¿Cómo lo ha hecho?

—Es un don que tengo —dijo guiñándole el ojo antes de volverse para hacer el pedido.

Cuando salió de la cocina se detuvo en seco al lado de Irwin al ver como Kirk ayudaba a su abuela a sentarse en la mesa del otro lado del local.

—Uy, uy... —dijo Daisy ante Irwin antes de beber su café—. Menuda sorpresa.

—Niña, se te enfrían las hamburguesas —Irwin reprimió la risa.

—No tiene gracia. —Gimió mirándole.

Él hizo una mueca. —¿Quieres que les diga que se vayan?

—No. —Tomó aire antes de llevar los platos a la mesa cuatro y miró hacia ellos. Se acercó a regañadientes y Ronelle perdió la sonrisa poco a poco.

—Te dije que no era buena idea —escuchó que decía Kirk por lo bajo. Ella le miró a los ojos y gimió interiormente de nuevo al darse cuenta de que estaba guapísimo.

Forzó una sonrisa. —Hola, menuda sorpresa.

—Me lo imagino —dijo la abuela de Kirk recuperando la sonrisa—. Hemos decidido pasar a ver cómo te encontrabas.

—Bien, gracias. —Incómoda miró a su alrededor por si alguien estaba escuchando.

—Abuela, vámonos. —Kirk se levantó. —Siento haberte incomodado

de nuevo.

—¿Quiere dejar de disculparte? —dijo lo bastante alto para que todo el local les escuchara. Se sonrojó con fuerza—. Perdona.

—Kirk siéntate —dijo su abuela mirándola con los ojos entrecerrados.

Él la observaba sorprendido. —No pasa nada. —Se sentó de nuevo. —Yo quiero una hamburguesa con queso.

—¿Tienes ensaladas?

Ninette asintió sacando su libreta y escribió rápidamente. —Sí, hoy hay ensalada del chef y de patata.

—Una ensalada del chef con el aliño aparte. Y una cola light...

—Abuela... eso tiene cafeína.

—Un agua.

Sonrió sin poder evitarlo apuntando la bebida. Miró a Kirk y se le cortó el aliento al ver que estaba sonriendo. Dios, podía parar un tren con esa sonrisa. —Para mí una cerveza.

—Enseguida. —Se volvió aún atontada y abrió los ojos exageradamente haciendo reír a Daisy y a Irwin.

Cuando salió de la cocina vio a Irwin al lado de la mesa de los Thatcher y le siseó a Daisy —¿Qué hace?

—Saludar. Sabes que es muy sociable.

La miró fijamente. —¿Le está interrogando?

—Es deformación profesional.

Preparó las bebidas y se acercó con la bandeja a la mesa para escuchar a Irwin decir —Sí, es una suerte que hubiera tantas pruebas en su contra. No saldrá jamás de la cárcel a pesar del acuerdo con la fiscalía. Para nuestra chica ha sido un alivio.

—No me extraña —dijo Ronelle—. Lo ha sido para mí, así que me imagino que para ella ha sido como quitarse una losa de encima.

Irwin se volvió hacia ella sonriendo y Ninette se sonrojó dejando las bebidas en la mesa. —Enseguida estará la comida.

—No hay prisa —dijo Kirk cogiendo su cerveza y dándole un buen trago.

Forzó una sonrisa y se volvió para seguir atendiendo, pero Ronelle la cogió de la muñeca sonriendo. —Me gustaría que habláramos un momento, si es que puedes.

Ninette miró a su alrededor. —Es que estoy ocupada.

—Cuando tengas un momento. No hay prisa.

Sus ojos azules le dijeron que no se largarían de allí hasta que no hablara con ella, así que asintió. —Voy a ver si está ya su pedido.

—Yo también regreso a mi mesa. Me ha gustado verles de nuevo.

—Gracias por su ayuda —dijo Ronelle de la que Ninette se alejaba.

—Yo no hice nada.

Ninette recogió los platos de una de las mesas, ofreciéndoles un postre y miró de reojo a Kirk que hablaba con su abuela en voz baja. Sus ojos se encontraron y ella apartó la vista a toda prisa para sonreír a los comensales. —Dos helados de chocolate. Entendido.

En ese momento sonó el timbre de la cocina y tuvo que ir a buscar varios pedidos. Entre ellos los de los Thatcher. Se acercó con los platos en la mano y le puso la ensalada a Ronelle delante.

—Uhhh, tiene un aspecto excelente. —Sonrió mirándola de nuevo. —¿Sigues buscando trabajo?

—Abuela, a ver si la vas a meter en un lío si alguien te oye —dijo Kirk en voz baja molesto.

—Oh, lo siento.

Miró a su alrededor y Ninette no pudo evitar sonreír. —Ellos saben que busco otra cosa.

—¿Por tus estudios?

—¿Cómo sabe que estoy estudiando? —preguntó con desconfianza a la mujer.

—Lo dijeron en la televisión.

—Señorita, ¿puede traernos la cuenta?

Se volvió. —Sí, por supuesto. Tengo que...

—Sí, lo entiendo. Perdona.

No volvió a acercarse a la mesa. No sabía qué le pasaba, pero aunque Kirk le gustaba muchísimo y Ronelle era buena persona, hablar con ellos la incomodaba.

Irwin apretó los labios al ver que se ponía a rellenar servilleteros cuando solía hacerlo al final del turno. —Vete a hablar con ellos —dijo en voz baja.

—No. —Les miró de reojo y era obvio que habían terminado. Bufó

porque ahora tenía que ir sí o sí.

Irwin reprimió una risa al ver que no le quedaba más remedio que acercarse.

—¿Les apetece algo de postre...?

—¿Quieres trabajar para mí? —preguntó Ronelle yendo al grano.

La miró confundida. —¿Para usted?

—Sí, acompañándome.

—Tenía entendido que necesitaba una enfermera. —Miró de reojo a Kirk que sentado en silencio estaba muy serio. Como si aquello no le gustara nada.

—Yo estoy bien. Solo necesito a alguien que me haga compañía. Además, me voy de viaje y Kirk no se quedaría tranquilo si voy sola.

Perfecto. —Lo siento, pero no puedo irme. Tengo exámenes dentro de poco. Pero gracias por la propuesta.

—No quieres trabajar para nosotros, ¿no es cierto? —preguntó Kirk muy tenso.

Ella se enderezó. Al parecer había que poner las cartas sobre la mesa. —No, no quiero.

Ronelle perdió la sonrisa poco a poco. —Vaya, no...

—¿Quieren postre o no?

—Tráenos la cuenta, por favor —dijo Kirk sacando la cartera.

—Querido, espera.

—¡Abuela, no quiere trabajar para nosotros! ¡No insistas!

Ninette se volvió para ir a por la cuenta. —¿Es un viaje a Europa! Londres, París, Viena... —Se detuvo en seco y Ronelle sonrió. —Hamburgo, Madrid... Venecia... Roma. Querido, ¿cuántas ciudades visitaremos?

—Son tres meses de viaje, abuela —dijo molesto—. Muchos.

Tres meses de viaje por Europa, pensó impresionada. Jamás tendría la oportunidad de recorrer Europa.

—Visitaremos museos, cenaremos en los mejores restaurantes, iremos a la ópera...

Se volvió para mirarla a los ojos. —¿De verdad?

—Será el último viaje a Europa de mi vida y quiero que sea fantástico. —Sonrió de oreja a oreja. —¿Seguro que no quieres venir? ¿No puedes hacer esos exámenes más adelante?

—No lo sé —susurró sin saber qué decir ahora. Siempre había querido viajar y esa era su oportunidad de ver otra parte del mundo.

Kirk entrecerró los ojos y sacó una tarjeta de la billetera, poniéndola sobre la mesa. —Llámame si te lo piensas. Tienes cuarenta y ocho horas porque hay que hacer unos trámites y salís en diez días. Si no llamas, tendré que buscar a otra candidata. —Dejó un billete de cien dólares sobre la mesa y se levantó alargando la mano. —¿Abuela? Nos vamos.

Ronelle se levantó cogiendo su bastón y dio un paso hacia ella. — Espero que vengas conmigo. Disfrutaremos mucho del viaje, te lo aseguro. Y por supuesto tendrás un sueldo. Piénsalo. Oportunidades así no hay que dejarlas escapar.

Sin aliento vio cómo iban hacia la puerta y Kirk la abrió para que su abuela pasara. La miró a los ojos haciendo que su corazón se detuviera. — Cuarenta y ocho horas.

Se mordió el labio inferior viendo cómo iba hacia la carretera y Kirk levantaba el brazo para detener un taxi. Él miró hacia la cafetería y disimulando recogió los platos de su mesa, avergonzada porque la hubiera pillado. Cuando levantó la vista el taxi ya no estaba. Suspirando se volvió. Se encontró con Jimmy, con Irwin y con Daisy de brazos cruzados. —¿Queréis dejar de poner la oreja, cotillas?

—¿No irás a rechazarlo? —Daisy la miraba como si estuviera loca. — ¡Es tu sueño! ¿Cuántas veces te he oído decir que te morías por conocer París?

Pasó ante ellos con los platos metiéndose en la cocina y por supuesto la siguieron.

—Pequeña...

—Irwin, es que no me siento cómoda. —Los tres la miraron con pena. —Estoy bien, pero... No quiero pensar más en ello.

—Te gusta —dijo Jimmy sonrojándola porque sabía desde hace tiempo que su jefe se sentía atraído por ella—. No tienes que avergonzarte.

—Estaría bueno que se avergonzara. Es joven, guapa y una chica estupenda. ¿Por qué habría de avergonzarse de que le gustara ese hombre, que por otro lado está para comérselo y es rico? —replicó Daisy

Irwin la miró levantando una ceja. —¿Está para comérselo?

—No soy ciega, cariño. Yo también soy muy observadora. —Levantó la barbilla orgullosa mirando a Ninette, que puso los ojos en blanco antes de

salir a la cafetería. Con ellos detrás.

—Le llamarás ¿verdad? —preguntó Jimmy—. Estabas buscando un trabajo así que te permitiera estudiar más tiempo.

—Solo son tres meses.

—Eso no lo sabes. Antes de ese viaje buscaban una chica para acompañar a esa mujer y dudo que te ofrezcan el trabajo para echarte después del viaje. Sobre todo sabiendo que vas a dejar éste. —Irwin entrecerró los ojos. —¿No le tendrás miedo? Él no hizo nada. Eso quedó más que demostrado.

—Claro que no le tengo miedo. —Se puso como un tomate. —No es eso.

Daisy la miró con pena. —Cielo, crees que quieren recompensarte, ¿no es cierto?

—Antes no me hubiera dado ese trabajo ni muerto, ¿y ahora se presentan aquí? Está claro que quieren hacer caridad o sienten remordimientos de algún tipo.

—¿Claro que sienten remordimientos! Él los atrajo hacia ti sin querer —dijo Irwin indignado—. Y si esa es su manera de pedirte perdón...

—¿No tienen que pedirme perdón por nada! ¡Estoy harta de sus disculpas! ¡No voy a llamar a nadie! ¿Ahora me dejáis seguir trabajando?

Jimmy suspiró. —No quería hacer esto, pero como no me dejas otra opción... —Ninette le miró sin comprender. —Estás despedida.

Ninette sonrió sin creerse una palabra, pero Jimmy parecía que no bromeaba. —¿Me estás vacilando? ¡No puedes echarme!

—Anni necesita el turno de mañana porque se va a casar. —Le miró atónita. —No quiso decirte nada porque se sentía algo avergonzada al querer tu turno. Pero como tú llevas diciendo desde que empezaste en la universidad que lo ibas a dejar...

Impresionada tuvo que sentarse. —No me ha dicho nada. No me ha dicho que se va a casar.

—Esperaba poner la fecha cuando tú encontraras otra cosa. No te dijo lo de la boda porque tú sabías que en cuanto se casara, dejaría el turno de noche como habíais hablado mil veces.

—Sí, quería llevar una vida normal con su marido y el trabajo del último turno no era compatible con lo que ambos querían —susurró aún

impresionada.

Llevaba tres meses sin buscar nada por lo que había pasado y Anni esperando. Se sintió culpable. Los tres se miraron e Irwin suspiró sentándose ante ella. —No es culpa tuya.

—Sí que lo es. Lo que pasa es que es una amiga y no quería decirme nada para que me sintiera culpable. ¡Ahora sí que me siento culpable!

Todos sonrieron al escucharla. —¿Entonces llamarás a Thatcher?

Mierda, ahora no tenía opción. Tampoco es que tuviera muchos ahorros como para no trabajar. —Qué remedio. Estoy en el paro.

—Oh, París... —dijo Daisy soñadora uniendo sus manos—. Me moriría por conocerlo.

—Llama —dijo Irwin con los ojos entrecerrados—. No me fio de que lo hagas, así que llama ahora.

—¿Estás loco? ¡Pensará que estoy desesperada!

—Llama —dijeron los tres a la vez acercándose aún más a ella—. Llama.

—¡Está bien! Seréis pesados. —Sacó su móvil del bolsillo del mandil y la tarjeta. Gruñó marcando los números y antes de pulsar el botón les rogó con la mirada. —¿Y si le envió un mensaje? —La miraron como si fuera idiota y volvió a gruñir. —¡Seréis metomentodo! —Pulsó el botón verde poniéndose el teléfono al oído.

—Thatcher.

Gimió por dentro antes de decir —Soy yo. —Hubo un silencio al otro lado de la línea. —Ninette.

—¿Qué has decidido?

—Que sí.

—Bien, mañana vente a casa de la abuela, que ella te explicará en qué consiste tu trabajo.

—¿A qué hora?

—¿A las diez?

—Perfecto.

—Recuerdas que serás interna, ¿verdad?

—Sí. —Miró a sus amigos, que asintieron intentando animarla.

—Bien. ¿Quieres saber cuánto ganarás?

Se puso como un tomate porque ni se le había ocurrido preguntar. —

Ya me lo dirá su abuela.

—Creo que después de todo lo que ha ocurrido puedes tutearme, Ninette.

Apretó los labios porque estaba segura de que antes si por un milagro la hubiera contratado, habría tenido que llamarle señor. —Muy bien, Kirk —dijo irónica.

—Ninette, ¿todo va bien?

—Por supuesto, no puede ir mejor. Me voy a Europa.

—Exacto. Espero que con el viaje no se te olvide para qué vas. Que es para cuidar a mi abuela.

—Tranquilo, sé por lo que se me paga.

Todos la miraron extrañados. —Perfecto. Entonces mañana a las diez —dijo antes de colgar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Irwin sorprendido—. ¿Todo va bien?

—Quiere que le llame por el nombre de pila. ¡Ahora! —Enfadada se levantó yendo hacia la cocina de nuevo mientras los tres se miraron sin comprender. Salió de nuevo con la bayeta en la mano. —¡Cuando antes no me hubiera dado ni la hora!

Daisy le susurró a Irwin —¿Está buscando una excusa para estar furiosa con él?

—Eso parece.

—¡Os he oído! ¡Y no es cierto! —Les miró incrédula porque era obvio que no se creían una palabra. —Hablo en serio. Somos jefe y empleada. Y así va a ser.

—Está loca por él.

Ninette no sabía lo que le pasaba. Se sentía muy atraída por él, pero Kirk la hacía sentirse inferior de alguna manera. Cuando él había ido a la cafetería la primera vez, se había avergonzado de que viera en qué trabajaba y cuando le había dicho que había encontrado a alguien mucho más eficiente que ella, eso le sentó como una patada en el estómago. Frotando la mesa una y otra vez escuchó decir a Irwin —Al parecer no entiende lo que es estar despedida.

Jimmy rio por lo bajo. —Deja esa bayeta y vete a casa. Seguro que tienes mil cosas que hacer antes de irte del país.

Le miró sorprendida. —¿Cómo se saca una el pasaporte?

Irwin se echó a reír. —Tranquila tengo amigos que te ayudarán.

Suspiró de alivio. —Tú sí que eres un amigo. —Sonrió con ternura.
—Sois los mejores amigos del mundo. Y Anni. Pero cuando la pille...

Todos se echaron a reír y entonces fue consciente del salto que iba a dar en su vida y emocionada chilló —¡Me voy a Europa!

Capítulo 5

Al día siguiente allí estaba ante la puerta blanca de nuevo. Subió los escalones y llamó al timbre algo nerviosa. Abrió una mujer de cabello corto teñido de negro con una bata rosa. —¿Tú eres Ninette? Pasa, pasa. La señora te está esperando. Se acaba de levantar.

—Oh, ¿llego tarde?

—No, le gusta desayunar en la cama viendo el culebrón. —En cuanto entró la mujer alargó la mano. —Soy Lisbeth.

—Encantada. Es un nombre precioso.

—Como el tuyo. Estarás emocionada con el viaje.

Forzó una sonrisa mirando a su alrededor y viendo el lujo que la rodeaba. —Sí, es estupendo.

Lisbeth la miró de reojo subiendo las escaleras. —Aquí estarás muy bien.

—¿Cómo no vas tú con ella?

—Tengo cinco hijos a los que es difícil decir que me voy tres meses.

—¿Tienes cinco hijos? —La miró de arriba abajo y Lisbeth se echó a reír. —¿Pero cuántos años tienes?

—Treinta y cinco. Te aseguro que da tiempo. —Riendo llegaron a una puerta al fondo del pasillo y Lisbeth golpeó suavemente con los nudillos. —Señora, ya ha llegado.

—Pasad, pasad —dijo Ronelle impaciente.

Cuando entraron en el cuarto ambas se la quedaron mirando con la boca abierta al ver toda la ropa del mundo por la habitación y su nueva señora, en camisón color melocotón, estaba probándose ante el espejo un sombrerito con redecilla por la cara que debía tener sesenta años. —¿Qué os parece éste para Londres?

Ambas se miraron y Ninette carraspeó. —¿Las de Londres se ponen eso?

—Claro, para ir a tomar el té o para ir a misa.

—Ah, que vamos a ir hasta Londres para ir a misa.

Ronelle la miró. —Pues... —Hizo una mueca pensando en ello y se quitó el sombrero tirándolo al otro extremo de la habitación. —Tienes razón. Ya he ido mucho a lo largo de mi vida. ¿Qué habrá que ponerse para ir de guateque?

—¿Guateque? —susurró a Lisbeth—. ¿Qué es un guateque?

—Creo que era una fiesta que se hacían los jóvenes de su época.

—Ronelle, no vamos a salir de marcha.

—Claro que sí.

—¿Quieres que llame a tu nieto?

—¿Quieres quedarte en el paro? —Cogió una chaqueta y la descartó. —Estoy algo anticuada. Quiero un romance de vacaciones y esta ropa no les va a decir nada.

¿Romance de vacaciones? Miró con horror a la asistente, que se encogió de hombros.

—Una cana al aire nunca viene mal.

—Si tiene ochenta años —siseó.

—Pues mejor, ¿no?

Ninette iba a decirle cuatro cosas cuando vio la bandeja sin tocar con el desayuno. —¡Ya está bien! ¡Ronelle, no has desayunado! —Dejó caer su maleta y se acercó a toda prisa para ver que ni había tomado las pastillas. — ¡No te has medicado!

—Para lo que me queda.

—Mira guapa, quiero pasarlo en el viaje tan bien como tú. Pero no quiero que estires la pata, dejándome un recuerdo imborrable.

Se echó a reír en su cara. —Haré lo que pueda.

Se cruzó de brazos viéndola coger una blusa de seda azul antes de desecharla. Ninette entrecerró los ojos al darse cuenta de que pasaba de ella y Lisbeth carraspeó animándola con la mirada a que dijera algo. ¿Pero qué iba a decir? Ella era la jefa. La asistente la miró como si fuera tonta.

—Ronelle, comes o me largo.

La anciana la miró y frunció el ceño. —Oye, que trabajas para mí.

—O cumples lo que tienes que hacer para asegurar tu salud o yo me voy. No quiero que tu nieto se me tire a la yugular porque no haces lo que debes. ¡Me echará a mí la culpa!

—Que no.

—¡Qué sí!

Se volvió hacia ella poniendo una mano en la cadera. —¿Vas a estar así todo el viaje?

Ella imitó su postura poniéndose chula. —Pues sí, si no comes y no tomas las pastillas.

—Bien dicho —dijo Lisbeth por lo bajo.

Ronelle jadeó indignada. —¿Las dos contra mí?

—¡Sí! —respondieron a la vez.

La retó con la mirada y la abuela de Kirk gruñó yendo hacia el tocador. —Está bien. —Se sentó en la banqueta y cogió la tostada dándole un mordisco. Ninette sonrió —¿Contenta?

—Mucho. No sabes cuánto. —Mientras desayunaba miró a su alrededor. —¿Para qué quieres tanta ropa?

—Es un viaje muy largo. Después saldremos a comprar un par de baúles.

—Baúles —dijo con los ojos como platos—. ¿Pero cuánto te vas a llevar? ¿No hay límite de equipaje?

—Claro que no. Vamos en business.

¿En business? Madre mía, como los ricos. Miró su maleta al lado de Lisbeth y la mujer hizo lo mismo haciendo una mueca. Ninette carraspeó. —¿Y yo tengo que acompañarte a todos los sitios?

—Claro que sí. ¿Qué te parece ese vestido para ir a la Ópera en Viena?

Le señaló un vestido con el cuerpo de lentejuelas en negro, que era una obra de arte. Y ella que había metido un vestido amarillo que había llevado en una boda para todo lo que fuera elegante durante el viaje. Carraspeó mirando el vestido y alargó la mano para acariciar la falda de gasa plisada. —Es hermoso.

—Entonces es el que llevaré. —Ronelle miró sus vaqueros y su jersey rosa sin dejar de masticar, bajando hasta sus zapatillas de deporte que habían conocido tiempos mejores. Levantó una ceja al ver sus calcetines rosas antes de subir de nuevo su mirada hasta sus ojos verdes. —¿Ese es el vestuario que piensas llevar?

Se sonrojó con fuerza. —Es que hasta ahora no he tenido que ir a la

ópera.

—Muy aguda. Iremos de compras.

Levantó la barbilla orgullosa. —Tengo ahorros. Puedo comprarme mi ropa.

—No seas tonta, niña. No te la comprarías si no fuera por el trabajo, así que me corresponde a mí pagarla. —Sonrió encantada sorprendiéndola. —Ay, como si tuviera una nieta.

A ver si la llenaba de lacitos y esas cosas... —No sé si esto es buena idea.

—¡Ahora no puedes echarte atrás! ¡Kirk ya ha gastado una fortuna en tus billetes!

—No me voy a echar atrás. ¿Pero para qué quiero ropa si dentro de tres meses ya no la voy a usar?

—Eso nunca se sabe. —Entonces dejó caer la tostada. —¡Lisbeth! ¡Tienes que subir al desván!

—¿Al desván, señora?

—Mis vestidos de noche están allí. Los que usaba cuando era joven. Me daba pena tirarlos porque son maravillosos. Pero claro, ahora no podría ponérmelos porque algunos eran de lo más atrevidos.

—¿De veras? —No se imaginaba a esa mujer con un vestido atrevido. Ronelle rio por lo bajo. —Te sorprenderías. Era una mujer muy sexy.

—Sí, ya he visto la foto del salón. La de encima de la chimenea.

—Estaba mona en esa época. Fue poco después de tener a Kurt. —Apretó los labios cogiendo la tostada de nuevo.

—¿El padre de Kirk?

Asintió masticando y Lisbeth dijo con pena —Falleció el año pasado.

—Vaya, lo siento mucho. Debió ser muy duro.

—Mucho. Sobre todo porque fue inesperado y... Se ahogó en la piscina de su casa. —La miró impresionada. Ronelle tomó aire reprimiendo las lágrimas. —Kirk lo pasó muy mal. Además, tuvieron que adelantar mi operación y todo fue muy seguido.

—¿Se ahogó?

—Creen que se mareó o algo así y... —Lisbeth le hizo un gesto con la mano para que dejara el tema.

—Mi abuela murió el año pasado —susurró entendiendo su dolor—.

Y me quedé sola.

Ronelle la miró emocionada. —No me quiero ni imaginar lo que sentiste en ese momento, pero tienes muy buenos amigos que te arroparon, ¿verdad?

Sonrió asintiendo. —Los mejores. Y usted tiene a su nieto que la adora. Y seguro que le dará unos biznietos preciosos.

—Oh, eso no creo que lo vea. —Se echó a reír a carcajadas. —Mi Kirk es un poco selectivo.

—Ya me he dado cuenta —dijo por lo bajo.

—¿Qué has dicho?

—Oh, nada. ¡Qué antes de que te des cuenta, zas! Tendrás un montón de mocosos a tu alrededor pidiendo la paga.

Ronelle sonrió soñadora. —¿Y tú? ¿Quieres tener hijos?

—Claro que sí. —Distraída cogió un bolso de piel negro y lo acarició soñadora. —Unos cuantos. Me gustaría tener seis o siete. Así nunca se sentirán solos.

Lisbeth se echó a reír. —¿Y te sorprendes cuando yo tengo cinco?

—Es que me parecías muy joven para tener cinco.

—Pues empecé a tu edad, guapa. Si quieres ser una madre joven...

Hizo una mueca. —Yo no puedo permitirme tener hijos. Además, no tengo ni novio y casi ni he empezado la carrera.

—Nunca se sabe —dijo Ronelle levantándose—. Pero si es lo que quieres, estoy segura de que lo conseguirás.

Unos ojos azules se le pasaron por la mente y avergonzada por pensar en tonterías dejó el bolso sobre la cama. —¿Te ayudo a bajar los vestidos, Lisbeth?

Ronelle asintió. —Sí, están en un viejo baúl. Y bajad también una maleta azul que tiene unas correas.

Les costó un montón bajar el baúl. Y la maleta pesaba casi tanto como un muerto. ¿Quién podía llevar una maleta tan grande? Su marido debía estar hecho un toro. Benditas trolleys.

Cuando dejó la maleta al lado del baúl, que ellas ya habían abierto, se pasó la manga por la frente. Joder, qué calor. Puso las manos en jarras viendo

como apartaban el papel de seda que cubría un vestido de seda beige. Se le cortó el aliento. —Es el vestido de la foto.

Ronelle sonrió. —Te quedará maravillosamente.

—Oh, no puedo ponerme algo tan... Son importantes para ti —dijo abrumada.

—No digas bobadas. Venga, desnúdate.

Se miró las manos. —Voy a lavarme. No quiero mancharlos.

Cuando salió del baño lo hizo en ropa interior y las dos la miraron con la boca abierta. —¿Qué? ¿Qué tengo?

—Al parecer sí que te gastas el dinero en la ropa interior.

Se miró las braguitas rosas de encaje que hacían juego con el sujetador. —Son del chino. Cinco pavos el conjunto.

—Tienes que darme la dirección —dijo Lisbeth.

—Hecho.

Se acercó a Ronelle que tenía en las manos un vestido negro que parecía de princesa Disney. Tenía pequeños cristallitos en el corpiño de terciopelo y la falda de tul.

—Dios mío. Parece uno de los vestidos de Audrey Hepburn.

—¿Verdad que sí? Venga, pruébatelo. Quiero ver cómo te queda.

Lisbeth la vistió cerrando los botones de la espalda mientras ella se miraba al espejo. El escote en forma de corazón le quedaba perfecto con la falda estilo años cincuenta. —Es tan hermoso que quita el aliento —susurró acariciando la tela de la falda, abriéndola y provocando que los cristallitos brillaran.

—Perfecto. —Ronelle sonrió tras ella y suspiró. —Ese me lo puse el día que conocí a mi marido. Me trajo suerte.

Se volvió hacia ella. —¿Estás segura?

—Es hora de que los disfrute otra persona. —Hizo un gesto con la mano sin darle importancia. —Lisbeth, ¿puedes abrir la maleta? A ver si hay algún zapato que le valga. Yo me lo ponía con unas sandalias negras. Puede que aún estén ahí.

Al abrir la maleta Lisbeth jadeó impresionada y Ninette miró hacia allí. —¿Están nuevos!

—Es que al ser de noche casi no los usaba.

Impaciente cogió unas sandalias rojas y se la puso a toda prisa. Le

quedaban perfectas y chilló de la alegría haciéndolas reír. —Una loca de los zapatos como yo —dijo Ronelle divertida disfrutando de su alegría.

—Son clásicos. Se llevarán siempre —dijo cogiendo unos zapatos azules con un lazo a un lado—. Dios, éste es maravilloso.

—Aquí están las negras —Lisbeth se las tendió y se las puso impaciente.

—Estupendo. Ya tienes vestido para ir a la ópera.

La miró y sus preciosos ojos verdes brillaban de ilusión. —¡Este viaje va a ser la leche!

—Eso espero.

Se probó todos los vestidos del baúl. Todos excepto uno rosa de seda entallado que ella dijo que no le pegaba. —Venga, pruébatelo para darme el gusto.

—Creo que no me vale.

—Claro que te vale —dijo Lisbeth—. Venga, que me muero por vértelo puesto.

—Me voy a parecer a Madonna en ese videoclip.

Las dos se aguantaron la risa, pero por darles el gusto se lo empezó a poner. Como por abajo sabía que no le entraría, decidió ponérselo por arriba, pero se le atascó en el pecho. —Tira —dijo Lisbeth.

—¡Qué no me entra!

—¡Claro que sí! —Lisbeth cogió el bajo del vestido y empezó a tirar.

—¡Lo vas a romper! ¡Y te mato como lo rompas!

Lisbeth y Ronelle entrecerraron los ojos. —Es imposible que no te valga.

Alguien carraspeó y Ninette abrió los ojos como platos debajo del vestido con los brazos en alto. —¿Qué estáis haciendo?

Ninette chilló al escuchar la voz de Kirk, volviéndose hacia el baño y chocándose contra la pared antes de caer espatarrada en el suelo.

—Oh, cielo. ¿Estás bien? —preguntó Ronelle preocupada—. Quizás deberías haber abierto la cremallera que tiene en el lateral.

—¿Y me lo dices ahora? —siseó sin poder levantarse.

Unas manos que no eran las de ninguna de ellas, la cogieron por la

cintura levantándola y le quitaron el vestido. Muerta de vergüenza vio a Kirk ante ella y se puso como un tomate. Él chasqueó la lengua mirándole la nariz sonrojada. —¿Estás bien?

—Sí, claro. —Aparentó que le daba igual estar ante él en ropa interior y carraspeó añadiendo. —Como nunca.

Él levantó una de sus cejas negras antes de mirarla de arriba abajo. —Ya.

—¡Bañadores! —dijo su abuela como si nada—. ¡Necesitas un bañador!

—¿Para qué?

—Para la piscina del hotel. O de los hoteles. Todos tienen.

—Ah... —Como si nada cogió una de las blusas que estaban sobre la cama y se la puso delante, pero al mirar sobre su hombro vio que él le miraba el culo descaradamente y jadeó indignada. —¡No me mires!

—Como parece que te da lo mismo... ¿No te lo pruebas? —Le miró sin comprender. —El vestido.

—¡No!

—Abuela, ¿ese no es aquel vestido de Marilyn que te encantaba?

Su abuela rio por lo bajo. —Le encantaba a tu abuelo.

—Tienes razón, no te pega nada.

Ella entrecerró los ojos tirando la blusa sobre la cama antes de agacharse para coger el puñetero vestido. Bajó la cremallera y se lo puso de nuevo por la cabeza. Lisbeth reteniendo la risa se acercó para ayudarla. Cuando se lo bajó del todo, le costó un poco cerrar la cremallera de nuevo, pero en cuanto lo hizo le quedaba como un guante.

—¡Ja! —Se volvió para mirarse el trasero que se lo marcaba bastante, ¿pero acaso no se llevaban los culos? —Perfecto. —Se volvió hacia él. —¿O no?

Kirk carraspeó. —Creo que os voy a dejar solas. Tenéis mucho que hacer.

Decepcionada porque no le había dicho nada, miró a Ronelle. —¿No me queda bien?

—Te queda perfecto. —Divertida se acercó. —Mejor que a mí en su época porque no lo rellenaba como tú.

Satisfecha asintió. —Pero no lo llevo —susurró—. No puedo respirar.

Ronelle se echó a reír a carcajadas. —Muy bien. Éste se queda.

—Voy a preparar la comida —dijo Lisbeth—, con tanto ajetreo se me ha olvidado.

—No te preocupes, Lisbeth. Pediremos algo a ese restaurante que me gusta. Ayuda a llevar los vestidos a la habitación de Ninette.

—Oh, sí. No te la había enseñado. Ven por aquí. Es la de al lado.

Caminó dando pequeños pasitos saliendo de la habitación y se dio cuenta de que Lisbeth tenía razón. Estaba al lado de la suya y era enorme.

—Vaya... Qué edredón más bonito —susurró al ver que era de seda beige.

—Ahí tienes el baño. Te han dado esta habitación porque es la más cercana a la señora.

—Lo entiendo.

—Tienes que compartir el baño.

Parpadeó sorprendida. —¿Con Ronelle? —preguntó temiéndose lo peor.

—Pues no.

Abrió la boca asombrada. —¿Con Kirk?

—Él tiene la habitación de al lado.

—¿Vive con su abuela?

—Se mudó aquí cuando murió su padre. No sé si me entiendes.

—Para cuidarla.

—La señora insistió en que se mudara a la habitación que tenía de pequeño cuando venía de visita. Por si algún día se traía a alguien, pues ella no quería oír nada.

—Ay, madre.

—Pero como ahora has llegado tú, tienes que utilizar esta habitación porque la siguiente a la del jefe ya estaría demasiado lejos.

—¡Pues que se traslade él!

—¿Quieres decírselo tú?

Gruñó negando con la cabeza cuando escucharon el sonido de la ducha y se puso como un tomate. Solo imaginárselo en pelotas bajo el agua ya la ponía mala. No iba a pegar ojo en toda la noche. Puso los ojos como platos escuchándole tararear.

—Vaya, está contento —dijo Lisbeth sonriendo de oreja a oreja—.

Venga, te ayudo a quitarte el vestido.

Resignada dejó que la ayudara y después de vestirse con su propia ropa, trasladaron los vestidos a su habitación, colgándolos con cuidado en el enorme armario de madera de roble. Era patético verlos al lado de su ropa, pero era lo que había.

Cuando se abrió la puerta del baño, se sobresaltó dejando caer uno de sus libros al suelo al ver a Kirk arremangándose una camisa azul y entrando en su habitación como si nada. —¿Estarás cómoda aquí?

—¿No sabes llamar? —La miró exasperado. —Sí, estoy muy cómoda. Gracias.

—Sé que lo del baño es un trastorno, pero me acostumbraré a tenerte por aquí.

¡Se acostumbraría él! A ella que le dieran.

—Después de comer, mi abuela quería ir de compras. Intenta que no se alargue demasiado. Me exaspera ir de tiendas.

—¿Y por qué no se lo dices tú?

—Para no disgustarla. Tú te encargarás de que no se eternice demasiado. Invéntate algo.

—¿Como qué? —preguntó indignada.

—¿Y yo qué sé? Que ya tiene bastante o lo que sea.

—Repito. ¿Y por qué no se lo dices tú?

—Repito. Para no disgustarla.

—Así que tengo que disgustarla yo.

—A ti te pago para que cuides de ella, ¿no es cierto?

—Sí.

—Pues eso.

¡Ese hombre era imposible!

—Entendido, jefe.

—Y como tú también te comprarás ropa, te aconsejo que seas rápida. Nada de estar una hora mirando una falda para decidir no comprarla, ¿entendido?

—Ya lo había entendido la primera vez.

Él entrecerró los ojos. —A las seis tenemos que estar aquí.

Aquello tenía pinta de que tenía una cita y puso los brazos en jarras.

—¿A las seis?

—En punto.

—¿No te vale a las seis y cinco?

—Muy graciosa. —Fue hasta la puerta, pero se detuvo mirándola a los ojos. —¿Qué te han dicho tus profesores?

—Les he pedido que me examinen por oral antes de irme. —Dio un paso hacia él. —¿Puedo faltar un día la semana que viene?

Se volvió hacia ella. —¿Estás segura? ¿Exámenes orales? Hay que llevarlos muy bien preparados y con todo lo que ha ocurrido...

—¡Ya están listos! ¡Y lo que no voy a hacer es perder un semestre por irme de viaje!

—Bien. Lo que tú digas. Es tu problema como te suspendan.

Le miró asombrada mientras salía de la habitación. Sería gilipollas. Iba a pasarle los sobresalientes por los morros cuando volviera a casa el miércoles. Eso le recordaba que tenía que estudiar esa noche.

Capítulo 6

Salió de la habitación tras él, pero volvió a entrar en la de Ronelle en lugar de seguirle para soltarle cuatro cosas. Ronelle se mordió el labio inferior abrochándose la camisa. —No te lo tomes a mal. Él cree que lo dice por tu bien. Su abuelo y su padre eran iguales. Un poco secos al decir las cosas.

¿Seco? Era un borde de cuidado.

—No tiene que meterse en mi vida.

Ronelle asintió alargando la mano y ella se la cogió para que se pusiera los zapatos. —Ya le demostrarás tú que eres fuerte e independiente. Es algo protector.

¿Protector? La miró asombrada y su jefa se echó a reír. —No te lo ha dicho por fastidiar si no por cuidarte de una decepción.

—Lo ha dicho porque no cree que sea capaz de hacerlo.

Hizo una mueca. —Sí, eso también.

—Y soy capaz.

—Estoy segura. —Le soltó la mano y le acarició la mejilla. —Estará bien que estés en casa para que sepa cómo es una mujer de verdad.

—Tú eres una mujer de verdad.

—No, niña. Yo era la típica ama de casa con dinero que decía que sí a todo lo que decía mi marido.

La miró sorprendida. —¿De verdad?

—Nunca he trabajado fuera de casa y aunque se tomaba en cuenta mi opinión, luego hacía lo que le daba la gana. Esta casa, por ejemplo, yo quería un piso con vistas, pero él insistió en que una casa era mejor para la familia que pensábamos tener y al final solo tuvimos un hijo. ¿Quién tenía razón? Yo, pero él compro esta casa pensando en una familia que nunca tuvimos.

—Lo siento.

—No me malinterpretes. Me adoraba. Me amaba más que a nada, pero daba por supuesto que su opinión era más importante que la mía. Así

que para otras decisiones importantes, tuve mis pataletas y conseguí ganar a base de berrinches. —Se echó a reír. —No soportaba verme llorar. Pero no me gustaba ganar así.

—Te entiendo.

—Eran otros tiempos. Intenté que mi hijo fuera distinto a su padre, pero al final se casó con un florero pelirrojo que solo quería dar cenas elegantes. No tenía ninguna personalidad esa mujer y eso le aburrió como una ostra. Su matrimonio duró tres años.

—¿Solo?

—Kirk vivió con su madre hasta que ésta se mudó a los Ángeles con su segundo marido. La ve dos veces al año —dijo con pena—. Su único referente femenino he sido yo y no soy ejemplo de nada.

—No digas eso. Eres una abuela estupenda. Viniste a pedir ayuda cuando lo necesitaba.

Ronelle sonrió mirándola pensativa. —Tú eres una luchadora. Te admiro muchísimo.

—Si lo dices por lo que...

—No lo digo solo por lo que ocurrió, que también. Lo digo por la vida que has llevado. Te admiro mucho.

Se emocionó escuchándola y desvió la mirada avergonzada. —¿Bajamos a comer?

Ronelle sonrió. —Por supuesto. ¿Dónde está...? —Ninette le acercó su bastón. —Gracias.

—¿No duermes siesta?

—¡Eso es de viejas, niña! —Se echó a reír caminando por el pasillo a su lado, pero al ver que seguía de largo en lugar de bajar la escalera la miró sorprendida. —Hay ascensor.

—Menudo lujo. —Se acercó a ella.

—Un regalo de mi nieto cuando me rompí la cadera.

Eso demostraba hasta qué punto cuidaba de ella. —¿Y este nieto tan protector sabe que quieres buscar novio? —preguntó maliciosa.

—¿Debería comentárselo?

—¡Era una broma! No hace falta que se lo cuentes.

—Sí, debería comentárselo. Para que no se asuste si ocurre.

Asombrada la vio salir del ascensor. Iba a ser una comida muy

interesante. Entraron en el comedor, donde él ya estaba sentado tomando una copa de vino, leyendo la prensa. En cuanto las vio, cerró el periódico levantándose para apartar la silla de su abuela. Ninette se quedó asombrada. Era como un galán del siglo dieciocho. Cuando se sentó sin ayudarla a ella, su burbuja explotó. Rencorosa apartó la silla que estaba frente a él dejándose caer en ella. Kirk levantó una ceja. Seguro que pensaba que era poco delicada. Bufó cogiendo la servilleta antes de mirar a un lado. —¿Y el plato de Lisbeth?

—Nunca come con nosotros, querida.

—¿Y eso?

—El servicio no suele comer con los jefes —dijo Kirk como si fuera tonta.

—Pero si tiene que comer también. Si hubiera invitados...

—Siempre ha sido así.

—¿Y yo?

—¡Tú eres una acompañante de mi abuela, es distinto!

—Ah. —Le miró como si hubiera dicho una auténtica estupidez y él gruñó por lo bajo.

—Querido, quería comentarte una cosita.

Ninette reprimió la risa cogiendo la jarra de agua y sirviéndose. Él la observó sin hacer mucho caso a su abuela. —¿Ah, sí?

—Pues sí. Ya que tengo el corazón como el de un toro...

Él levantó una ceja. —No exageremos.

—Y que nos vamos de viaje.... Pienso soltarme la melena.

Su cabeza giró como un resorte hacia su abuela. —¿Perdón?

—Puede que sean mis últimas vacaciones. Tengo que aprovecharlas. Ya me entiendes.

Casi se parte de la risa al ver sus expresiones. Ella roja como un tomate y él tenso como si fuera a saltar de la silla en algún momento. Pero sorprendiéndola él sonrió. —Claro, abuela... Tú pásatelo muy bien, que ese es el objetivo del viaje.

—Así que no te importa, ¿verdad? Si conozco a un caballero agradable...

—Eres muy libre de disfrutar de su compañía. Faltaría más. —Cogió su copa de vino y la bebió de golpe. Ninette vio en sus ojos azules que ya

estaba maquinando como frustrar los planes de su abuela.

—Habla de sexo, Kirk. ¿Estás seguro de que lo has entendido?

Una vena de la sien se le hinchó de manera alarmante y siseó —Sí, lo he entendido.

—¡Perfecto! —Cogió su copa de agua. —Vía libre. Esto es lo más raro que he visto nunca. Una abuela pidiéndole permiso a su nieto para echar una cana al aire.

Ronelle se echó a reír. —Tienes toda la razón.

Él gruñó entrecerrando los ojos. —Pues a mí no me parece tan raro.

—Por cierto, Ninette. No hemos hablado de eso. ¿Tienes novio? —preguntó la abuela interesada—. ¿Le ha parecido bien lo del viaje y tu nuevo trabajo?

Ella dejó la copa de agua ante su plato.

—¿Cómo va a tener novio?

—¿Y por qué no iba a tenerlo? —preguntó indignada.

—Bueno, no le hemos visto el pelo en el peor momento de tu vida y...

—¡Kirk!

—Abuela, sabes que tengo razón.

—Tú no estuviste allí. ¡No sabes si me ha visitado!

—¿Entonces lo tienes? —preguntó con burla.

—Pues...

—¿Ves, abuela? No tiene novio.

—Pues estás equivocado.

Los dos la miraron como si le hubieran salido cuernos y se puso como un tomate. —Bueno, casi lo tengo.

—¿Eso qué coño significa? —gritó Kirk sorprendiéndola.

—Es que no le he dicho que lo dejaba. Así que él sí que piensa que tiene novia.

—Pero niña...

—Es una situación complicada.

—¡Complicada! ¿Tienes novio o no? —le espetó Kirk asombrado.

—Está fuera del país por trabajo y no he podido decirle que lo dejamos. Es simple.

—Explícate, niña. ¿Me vas a dejar plantada si vuelve a Nueva York?

—Claro que no. Empezamos a salir dos semanas antes de que le destinaran fuera del país.

—¿Es soldado? —preguntó Kirk empuñando el cuchillo como si fuera a lanzarse sobre ella en cualquier momento.

—No. Es voluntario de la Cruz Roja. Ahora está en el Sáhara.

—¿Y hace cuánto que se fue? —Ronelle entrecerró los ojos. —¿Hace cuánto que no os veis?

—Seis meses más o menos.

—Pero os llamáis a menudo...

—No. La última vez que hablé con él fue antes de que pasara... Bueno ya sabéis.

—¡No sois novios, Ninette! Ese está retozando con otra voluntaria y ya se ha olvidado de ti.

—¡No se ha olvidado de mí!

—¿Y eso cómo lo sabes? ¡Si ni siquiera habláis!

—¡Porque me envía cartas todas las semanas!

—Ay, madre —dijo su abuela—. Niña, tenías que habérselo dicho.

Gimió dejando caer los hombros. —Lo sé, pero como se iba, me dio pena y me dije que cuando regresara le decía que lo dejábamos. Pero se iba para tres meses y...

—Se ha ido alargando.

—¡Esto es ridículo! ¿Qué clase de novio es ese, que no sabe ni lo que te ocurre?

—No se lo he contado por no preocuparle.

—A ese solo le preocupa acostarse contigo cuando regrese. ¡Estoy seguro de que tiene una en cada puerto!

—Qué tontería. —Levantó la barbilla. —Me ha pedido matrimonio.

Eso sí que le dejó de piedra. —¡Si solo estuvo dos semanas aquí!

—Pues debieron ser suficientes, porque me lo pidió hace un mes.

—Pobre chico —dijo la abuela antes de beber de su copa—. Cuando regrese, se va a llevar una decepción enorme.

—¿Ves? ¡Hay que pensar un poco las cosas!

Se puso como un tomate. —No quería hacerle daño.

—¿Pues ahora sí que le vas a hacer daño!

En ese momento entró Lisbeth con una fuente de ensalada. — Enseguida traigo la lasaña.

—No hay prisa, Lisbeth —dijo Ronelle muy seria—. Deberías hablar con él de inmediato para solucionar este asunto.

—No quería dejarle por carta. Me parece frío.

—¿Se puede saber qué le has respondido a su propuesta de matrimonio? —dijo Kirk entre dientes.

—Que hablaríamos cuando regresara.

—¿Y eso será? —Se encogió de hombros de nuevo. Asombrado miró a su abuela. —¡Le da igual!

—Porque no le quiere. Si ni siquiera se conocen.

—Sí que le conozco. Es tierno, amable y un amante decente.

—La madre que me pa...

—¡Kirk!

—¡Abuela, esto es absurdo! —Miró hacia la cocina. —¡La lasaña!

Lisbeth salió con ella rápidamente, colocándosela delante con la pala de servir.

—Hija, creo que mi nieto tiene razón. Debes sincerarte con ese chico que se está haciendo ilusiones al otro lado del mundo. ¿Tú le quieres?

—Sí.

—¿Qué? —preguntaron los dos a la vez sonrojándola aún más.

—Bueno, como quiero a Jimmy o a Irwin.

—Como amigos.

—Como amigos —dijo Kirk como si quisiera matar a alguien.

—No estás siendo justa con él, pues espera mucho más de ti.

Entendía lo que quería decir, pero a ver cómo se lo explicaba a Bobby. Y más por carta.

—En el viaje no nos pasaremos por allí, ¿verdad?

Nieto y abuela se miraron. —Lo más cerca que estarás será en Madrid, creo yo —dijo Ronelle sorprendida—. ¿No le dirás que se acerque hasta allí?

—Sí, creo que es lo mejor.

—¿Vas a hacer que ese tío vaya desde el Sáhara hasta Madrid para

dejarle? ¿Estás loca?

Fulminó con la mirada a Kirk. —¡Me gusta dejar a la cara!

Él cogió la pala hincándola en la lasaña como si estuviera destripando un cerdo. —Mujeres —siseó tirando sobre el plato de Ninette media bandeja antes de servir a su abuela de la misma manera—. Esto es increíble.

—¿Y a ti qué más te da?

—No, si a mí me da igual lo que hagas con ese idiota que no sabe lo que se le viene encima.

—¡No es idiota!

—¡Solo un idiota deja a su novia sola en la ciudad para irse por ahí sin importarle lo que le ocurra y encima espera que te cases con él! ¡Debe creerse la leche en la cama!

Ninette se puso como un tomate y Ronelle levantó una ceja susurrando —¿Lo es?

—¡Ya te ha dicho que es decente, abuela!

—¿Solo decente?

—Bueno...

Kirk entrecerró los ojos. —¡Dijiste que era decente! ¿Ahora es otra cosa? ¡A ver si te aclaras!

—Es que mi vida sexual no ha sido muy variada.

La abuela la miró asombrada. —¿Ah, no? Pensaba que las chicas de ahora eran de lo más liberales. He visto sexo en Nueva York, ¿sabes?

—¿De verdad? ¿Y cuál era tu favorita?

—Samantha.

—¡Abuela!

—Hijo, solo conocí a tu abuelo, pero las chicas de ahora son distintas.

Los dos la miraron sonrojándola con fuerza. —¿Ninette?

—¿Tengo que hablar de esto?

—¡Me acabo de dar cuenta de que tu vida personal es muy importante para que vivas aquí! ¡No puedes traerte hombres a casa!

—¡No pensaba traer hombres a casa! ¡Solo me he acostado con dos en toda mi vida! ¡Parezco una monja!

—Ahora lo entiendo. Por eso decías que éste es decente, porque el primero fue desastroso.

Ninette sonrió a Ronelle. —Exacto. Yo quiero que mi marido me haga fundir los plomos.

Kirk se relajó, pero aun así la señaló con la pala. —No verás a ese tipo en el viaje. No quiero que ese tema empañe las vacaciones, ¿me has entendido? ¡Rompe con él cómo te dé la gana!

—Mi nieto tiene razón. Sería algo desagradable hacerlo en el viaje. Mejor le llamas por teléfono o por el ordenador. Eso que se llama...

—Skype abuela. —Él levantó una ceja. —Si quieres te presto el ordenador del despacho.

—Vale... —Miró la comida. —He perdido el apetito y todo. Se lo va a tomar fatal.

—Otra razón para hacerlo cuanto antes y no en el viaje. —Cortó un trozo de su lasaña con el tenedor y se la comió satisfecho. —Uhhh, buenísima. Come, Ninette.

Sería mandón. Gruñó metiéndose el tenedor en la boca mirándole con rencor, pero para su asombro sonrió como si estuviera encantado.

—Cambiando de tema, cuando no haya viaje puedes disponer del domingo libre. —Kirk asintió como si estuviera de acuerdo. —Y por supuesto, si tienes algo que hacer como temas de la universidad, dilo con tranquilidad. Nos amoldaremos entre todos. —Kirk volvió a asentir. —Sobre el sueldo, había pensado en dos mil al mes.

Ninette se atragantó y se tapó la boca con la servilleta tosiendo con fuerza. Kirk se levantó rodeando la mesa y le dio palmaditas en la espalda, cogiendo la copa de agua para acercársela a la boca. —Bebe, Ninette.

Le miró con lágrimas en los ojos antes de beber de la copa y cuando la apartó susurró —¿Ha dicho dos mil?

—¿Es poco?

—No.

—¿Estás mejor?

—Sí, gracias.

La abuela sonrió y le dio palmaditas en la mano. —Por cierto, no has traído muchas cosas.

—Es que no quería dejar mi apartamento. No podría traerlo todo aquí y...

—¿Por qué no? —preguntó Kirk sentándose de nuevo.

—Además, no quiero perder el apartamento. Me costó mucho encontrarlo.

—Quieres estar segura antes de dejarlo, ¿no es cierto? —Asintió antes de seguir comiendo sintiendo la mirada de Kirk sobre ella. —Me parece bien —dijo la abuela—. Ya veremos lo que ocurre después del viaje. Igual estás harta de mí.

—O tú de mí.

—Lo dudo.

Kirk gruñó al ver que le ignoraban y ambas sonrieron antes de seguir hablando del viaje.

Capítulo 7

Estaban en Macy's y Kirk estaba punto de saltar por los aires al verlas discutir por el color de una blusa. Se acercó a ella y se dio un toquecito en la muñeca del reloj aparentando estar muy interesado en la ropa, cuando en realidad solo quería pegarles cuatro gritos.

—¿Qué te parece ésta, cielo?

—Abuela, es perfecta. ¿Por qué no te la llevas?

—Tengo otra parecida y...

Kirk miró a Ninette. —¿Tú qué opinas?

—Esa irá perfecta para el traje gris. La otra tiene un tono verdoso que no le pega.

—Muy bien, voy a probarla.

Ambos se quedaron solos porque Ronelle se negaba a que la ayudara a probarse nada y él siseó —Son las cinco y media. Ya habéis comprado media tienda. ¿Quieres sugerirle que ya está bien?

—¿Para qué has venido?

—Porque ella me lo ha pedido. —Levantó las bolsas. —¡Y para cargar con todo esto!

—Te he dicho que si te ayudaba y...

—¡Déjate de rollos, Ninette! Y otra cosa... —Miró hacia el probador. —¡Ya le puedes ir diciendo que lo de echar una cana al aire no es buena idea! ¡A ver si va a tener un infarto con un orgasmo! —Ninette reprimió la risa. — ¡No tiene gracia!

—Sí que la tiene. ¿Cómo le va a dar un infarto con...? —Kirk entrecerró los ojos. —¿No era coña?

—Está claro que esos dos con los que estuviste no tenían ni idea de lo que había que hacer. —Miró sus labios y le dio un vuelco al corazón solo de pensar en tener un orgasmo con él. ¿Pero qué pensaba? ¡Estaba al borde del infarto porque le diera un simple beso!

Él carraspeó enderezando la espalda y sonrió arrebatadoramente a su

abuela. —He pensado que mejor me la pruebo en casa con el traje.

—Perfecto. ¿Nos vamos? ¿Ya lo hemos comprado todo? Debéis pensarlo bien porque aún quedan unos días para irnos y podéis salir de nuevo.

—Kirk tiene razón. Mejor lo dejamos por hoy, tengo que estudiar un poco antes de dormir.

—Oh sí, niña. Que tienes que sacar muy buenas notas. —Miró su reloj de oro. —Sí, vámonos. Además, Kirk tiene una cita.

Giró la cabeza hacia él que siguió a su abuela como si nada. ¡Así que tenía una cita! ¡Seguro que a esa no la dejaba por Skype! No, a esa seguro que le daba un orgasmo de esos que te dejan sin sentido. Mierda. Mierda. Él la miró y le sonrió como una loca haciendo que frunciera el ceño. —¿Qué te pasa?

—Nada.

Menos mal que abuela y nieto no pararon de hablar durante todo el trayecto de vuelta en el taxi a casa, sobre una cena que se daría la semana siguiente para despedir a Ronelle. Sentada al lado de la ventanilla con la abuela pegada a ella, escuchaba distraída.

—Uff, tengo mil cosas que hacer —dijo la abuela.

—Contrataré a alguien que la organice. —Miró a su nieto como si hubiera dicho un sacrilegio. —Tienes razón, que te ayude Ninette.

Se adelantó en el asiento y le miró asombrada. —¿Yo?

—¿No estás para ayudarla?

—Sí, pero...

—Pues eso.

Hala, y ahí se acababa todo. La abuela reprimió la risa mientras ella le miraba como si quisiera cargárselo. Antes de darse cuenta él ya había salido del taxi y pagaba al taxista. El hombre salió para abrir el maletero y Ninette cogió parte de las bolsas siseándole —Tengo exámenes el miércoles.

—¿Estás trabajando o no estás trabajando? Además, ¿no dijiste que los exámenes ya estaban listos?

—¡Y lo están!

—Pues eso. —Cerró el capó mirándola a los ojos. —Aunque no creo que debas presentarte ahora. Has pasado por mucho y...

—¡Me voy a presentar! —Caminó furiosa hacia la acera.

—No quiero que te lleses otro disgusto.

Se volvió asombrada. —¡No voy a disgustarme por suspender un examen!

—¿Seguro?

Gruñó subiendo los escalones mientras que Kirk ayudaba a su abuela que retenía la risa. Lisbeth salía en ese momento de casa vestida de calle y sonrió al ver las bolsas. —¿Te has comprado algo?

—Unos vaqueros y dos jerséis —dijo la abuela con ironía—. Es más cabezota de lo que pensaba.

—Señora, tiene que meterla en cintura.

Ninette jadeó indignada.

—Ésta no sabe con quién está tratando —dijo su jefa divertida—. ¿Ya te vas?

—Tienen la cena en el horno.

—Tranquila, yo me encargo —dijo Ninette acercándose a Kirk y cogiendo sus bolsas. Le rozó la mano y sintió un hormigueo, pero disimuló yendo hacia la escalera—. Voy a colgar esto.

Los tres la miraron desde el hall subir los escalones corriendo y Ronelle sonrió. —Una adquisición maravillosa. Da vida a la casa.

—Sí —dijo Lisbeth satisfecha.

Ambas miraron a Kirk que no había dicho nada y éste las miró sorprendido. —¿Qué? —Levantaron las cejas y él miró el reloj. —Joder, llego tarde.

Subió los escalones corriendo y la abuela se encogió de hombros. — Hay que darles tiempo.

—¿Usted cree...?

—Ella está insegura y él no quiere reconocer que le gusta, pero el episodio del curriculum me lo dejó claro. Se siente culpable por haberles llevado hasta ella y que le ocurriera aquello. Pero con la convivencia, las cosas volverán a su sitio. —La miró a los ojos. —¿Has roto el pestillo del baño de la puerta de mi nieto?

—Por supuesto, señora. Parece que se ha soltado.

—Bien —dijo satisfecha—. Ahora a esperar.

—Solo tienen unos días antes del viaje...

—Entre estos saltan chispas. Solo necesitan algo de gasolina.

—A ver si se chamuscan.

—Aguafiestas.

Ninette tumbada boca abajo sobre la cama con una camiseta vieja, repasaba el último tema que entraría en su primer examen cuando escuchó que se cerraba una puerta. Entrecerró los ojos mirando hacia el baño y vio por debajo de la puerta que se encendía una luz. Al parecer había regresado a casa. Miró su despertador. Las dos de la mañana. No se había dado prisa para nada. Su cita debía estar encantada.

Rechinando los dientes dio la vuelta a la hoja de mala manera. Bufó porque ya no podría concentrarse, cuando se abrió su puerta. Estaba claro que debía tener algún problema en los nudillos porque no podía llamar. Exasperada levantó la vista para verle desnudo de cintura para arriba, vestido únicamente con un pantalón del pijama de seda negro. Casi le da un infarto mirando ese pecho y el vello que llegaba hasta su ombligo. Se le alteró la respiración recorriendo esos abdominales tan marcados en los laterales que bajaban por la seda de su pantalón.

—¿Todavía despierta?

Saliendo de su ensoñación le miró a los ojos. —Estaba repasando.

Él sonrió haciendo que su corazón latiera alocado en su pecho y más aún cuando se acercó y cogió su libro cerrándolo. —Creo que es hora de que descanses. ¿No te parece?

—Sí —susurró atontada viendo como dejaba el libro sobre la mesilla de noche. Madre, cómo le marcaba el trasero ese pantalón. Acalorada levantó la vista hacia él—. Ahora me acuesto.

—Estoy esperando.

¿Estaba esperando? Tragando saliva apartó el edredón y se metió entre las sábanas, tirando de ellas hacia arriba tapándose hasta el cuello. Kirk frunció el ceño. —¿Tienes frío?

—No —Negó con vehemencia.

—Te vas a asfixiar. —Se agachó tirando del edredón hacia los pies de la cama, dejándola solo con la sábana. Casi se muere cuando se sentó en la cama a su lado como si nada. —¿Has llamado por Skype a tu novio?

—No.

—Bueno, ya lo harás mañana.

—No sé si tiene señal...

—Pues le llamas por teléfono.

—Su cobertura...

—¡Pues le escribes una carta, pero acabarás con esto mañana!

—Vale. —Sin poder evitarlo miró sus labios y él entrecerró los ojos.

—Hasta mañana.

—Otra cosa. Debes comprarte más ropa para el viaje. No quiero que dejes mal a mi abuela porque iréis a sitios muy exclusivos. Debes ir vestida adecuadamente en cada momento. En la Riviera no puedes ir en vaqueros.

—¿Por qué me has escogido a mí si es obvio que piensas que no estoy a la altura del trabajo? —le espetó molesta.

—Porque le caes bien a la abuela. —Él alargó la mano y apagó la luz.

—Buenas noches.

—Buenas noches. —Fastidiada porque había vuelto a decir que no estaba a la altura se volvió dándole la espalda cerrando los ojos, pero él no se fue y abrió los ojos de nuevo extrañada. Le miró sobre su hombro. —¿Pasa algo?

—¿Te has sacado el pasaporte?

—Oh. Irwin me lo va a arreglar. Tengo que llamarle mañana.

—Lo necesito para el seguro de viaje. Lleváis una cobertura médica especial.

—Mañana le llamo a primera hora, te lo prometo.

Él asintió levantándose. —Buenas noches.

Cuando salió de la habitación, Ninette se sentó en la cama mirando la puerta del baño insegura. Le había parecido ver algo en sus ojos... No, no podía desecharla cuando ella se le había puesto en bandeja el día en que se conocieron. Más clara no podía haber sido. Si quisiera algo con ella solo tenía que decirlo. Entrecerró los ojos. Seguro que estaba equivocada. Ya se imaginaba cosas. Si acababa de llegar de una cita. Bufó tumbándose en la cama de nuevo decidida a dormir. Tenía mil cosas en las que pensar que no incluían a Kirk. Como en los exámenes, por ejemplo.

Se arrastró fuera de la cama medio dormida para ir a buscar una pastilla para el dolor de cabeza. Siempre que dormía mal le dolía y había

pasado una noche horrible sin pegar ojo. Entró en el baño y abrió el armarito donde sus cosas estaban al lado de las de Kirk, recordándole que estaba en la habitación de al lado. Gruñó cogiendo el bote del ibuprofeno antes de abrir el grifo del agua. Al meterse la pastilla en la boca vio que la puerta de Kirk estaba abierta y él estaba apoyado en el marco observándola. —¿Una mala noche?

—Estoy bien. —Se agachó para beber algo de agua y cerró el grifo.

—Nena, ¿has ido a terapia?

Se incorporó mirándole sorprendida. —¿Perdón?

—Has pasado por un episodio difícil. Un profesional podría ayudarte.

Incrédula contestó —No necesito a ningún profesional. Gracias.

Molesta salió del baño cerrando la puerta y regresó a la cama. Miró el despertador y vio que eran las siete de la mañana. Gimió al ver el libro a su lado sobre la mesilla. De golpe se sentó en la cama con los ojos como platos. —¿Me ha llamado nena?

¿Eso qué querría decir? Igual lo había dicho inconscientemente. Era un apelativo cariñoso. Íntimo. Bueno, su relación había cambiado mucho. Compartían el baño. El sonido de la ducha la hizo suspirar mirando la puerta. ¿Y si miraba un poco por la cerradura? Eso era de pervertidas. No, era curiosidad. Asintió apartando las sábanas antes de taparse de nuevo. Como la pillara se moría de la vergüenza. Y la despediría, que era aún peor. ¿Y si entraba como si nada y mojaba una toalla con la excusa de ponérsela sobre la frente? Pondría el grito en el cielo seguramente. Mejor se estaba quietecita que al final la liaba.

Sumida en sus pensamientos no se dio ni cuenta de que ya no se oía el agua correr. —Venga, te haces la tonta. Tampoco es para tanto.

Fue hasta la puerta de puntillas y la abrió de golpe, chocándose con el cuerpo húmedo de Kirk que estaba secándose. Chilló del susto dando un paso atrás antes de mirarle de arriba abajo. Roja como un tomate vio su sexo y chilló saliendo del baño pegando un portazo. Gimió tras la puerta muerta de la vergüenza, dándole vueltas a lo que pensaría él. Joder qué bueno está, dijo para sí. Escuchó un golpe ligero a la puerta y Ninette se apartó asustada.

—¿Puedo pasar? —Su tono de voz era tan suave que miró asombrada la puerta. ¿No estaba enfadado? —Ninette, creo que debemos hablar de esto.

Corrió hacia la cama y se tapó hasta con el edredón. —Vale — respondió insegura. La iba a echar fijo.

Con los ojos como platos vio como abría la puerta lentamente y metía la cabeza. Apretó los labios antes de pasar y Ninette casi le dio algo al verle con la toalla rodeando sus caderas. Le brillaba la piel porque aún estaba algo húmeda y sin poder evitarlo se lo comió con los ojos. Él forzó una sonrisa. — Lo siento. Ha sido culpa mía. No cerré el pestillo de tu puerta y te he asustado.

¿Asustado? Asintió sin darse cuenta. Él se pasó la mano por la nuca antes de sentarse en la cama. —Sabes que yo no tuve nada que ver en lo que te ocurrió, ¿verdad? No me gustaría que vivieras con miedo en mi casa.

—No, qué va.

—Te has impresionado. Has puesto una cara...

—Es que era para impresionarse.

—Lo entiendo, te has asustado. Pero yo nunca te haría daño.

Hipnotizada por sus labios solo pudo decir —Ajá.

Él frunció el ceño. —¿Estás bien?

Ninette le miró a los ojos. —¿Qué? Claro.

—¿Seguro? Te comportas como si nunca hubieras visto a un hombre desnudo y por nuestra conversación de ayer, es obvio que lo has visto antes.

Como él no, eso seguro. —Claro que he visto antes a un hombre desnudo.

—¿Entonces todo bien?

Todo bien no. Que ahora ella tenía un calentón... Ninette forzó una sonrisa. —Perfecto.

—Me gustaría que estuvieras a gusto en esta casa y si algún día esto vuelve a pasar, no creo que lo más conveniente sea que grites como una virgen del siglo dieciséis.

—Me sorprendiste.

—Y lo entiendo.

—¿No estarás molesto porque te he visto en pelotas?

Él carraspeó. —No, claro que no. El cuerpo es algo natural.

—¿Sabes qué? —Sin pensarlo mucho se puso de pie sobre el colchón y se quitó la camiseta dejándola caer sobre la cama. Kirk no movió un músculo escuchándola decir —Ahora estamos empatados. Hala, ¿ya estás contento?

Él gruñó mirando sus pechos que se endurecieron aún más antes de

bajar sus ojos por su vientre llegando a su sexo. Ninette separó los labios de necesidad al ver como se tensaba. —Kirk —susurró sin darse cuenta.

Él la miró a los ojos. —Acuérdate de llamar a Irwin para lo del pasaporte —dijo con voz ronca antes de entrar en el baño de nuevo cerrando la puerta suavemente.

Dejó caer los hombros decepcionada. Así que el cuerpo era algo natural. ¡Y hacer el amor también lo era y no la había tocado! ¿Qué necesitaba? ¿Un cartel luminoso? Se dejó caer en la cama. —Igual es por lo de Bobby —susurró asombrada—. Claro, no debe tener líos con mujeres con pareja. Esto lo arreglo hoy mismo. Vaya que sí.

Sorprendida se dio cuenta de que ya no le dolía la cabeza, así que era mejor levantarse y estudiar un poco antes de que se levantara Ronelle. Entró en el baño y disimuló al ver que Kirk se estaba echando la espuma de afeitar por la barbilla. Él se detuvo en seco cuando abrió el grifo de la ducha y comprobó el agua.

—¿No te dolía la cabeza?

—Se me ha quitado. Así estudio un poco.

La miró a través del espejo entrar en la ducha y Ninette levantó la cara hacia el agua, disfrutando y apartando su cabello hacia atrás. Cuando abrió los ojos, vio a Kirk mirándola a través del espejo con media cara sin espuma, igual que cuando había entrado. Él reaccionó de golpe y disimulando se pasó la mano por la cara embadurnándose. Ella sonrió emocionada. ¡No le era indiferente! Cogió el champú que había colocado allí el día anterior y tomándose su tiempo se enjabonó el cabello. Después de aclararse, se echó la crema suavizante y mientras hacía efecto, se pasó la esponja por el cuerpo. Se estaba aclarando cuando él ni había empezado a afeitarse. Salió de la ducha radiante retorciéndose el cabello. —Esto siempre me relaja mucho. ¿Verdad que una buena ducha es mejor que el sexo?

La miró como si quisiera matarla mientras cogía una toalla y se secó los pies mostrándole todo el trasero. Se le cayó la maquinilla de la mano mirando sus nalgas. Ninette se incorporó y se acercó a él secándose. Frunció el ceño mirando el espejo empañado. —Así no puedes afeitarte. Espera. —Cogió la toalla y la pasó sobre el espejo mostrando la imagen de los dos mientras sus pechos se movían de un lado a otro. —¡Ya está! —Se volvió hacia su habitación. —Que tengas un buen día.

Él carraspeó con fuerza deteniéndola y se volvió. —Lo mismo digo

—dijo con voz ronca como si le estuvieran sacando una muela.

Sonrió de oreja a oreja antes de cerrar la puerta. Perdió la sonrisa por la decepción en cuanto llegó hasta el armario y cogió un conjuntito azul. La puerta se abrió de nuevo y se dio la vuelta sobresaltada para verle allí ya afeitado mirándola fijamente con cara de mala leche.

—¿Ocurre algo?

La señaló con el dedo. —¿Te estabas insinuando?

—¿Yo? —preguntó asombrada—. No, ¿cómo se te ocurre?

—¿Seguro?

—¿Por qué? ¿Querías que me insinuara?

—No. Pero si lo estabas haciendo...

—¿Si lo estaba haciendo qué? —preguntó como si no le entendiera.

—¡Pues que muy bien!

El corazón de Ninette saltó en su pecho. —¿De verdad?

Dio un paso hacia ella. —¿Estás segura?

—¿De qué?

—¿De que te estabas insinuando!

—Si me insinuara es porque estaría segura.

—¿Pero?

—¿Pero qué? ¡Me estás poniendo de los nervios!

Él se tensó. —Nena, me gustaría hacer el amor contigo, pero...

Ninette se lanzó sobre él, abrazando su cuello y besándole mientras Kirk gruñía cogiéndola por la cintura. La elevó para ponerla a su altura antes de entrar en su boca saboreándola de tal manera que la mareó de deseo. Él apartó sus labios de repente. —Pero no podemos.

Ella no comprendió intentando besarle de nuevo, pero él se apartó aún más. —¿Kirk?

La llevó hasta la cama y la sentó acuclillándose ante ella. —Nena, has pasado por muchas cosas y tienes un novio sabe Dios donde. Trabajas para mi abuela y te vas en unos días durante tres meses.

—¿Y? —preguntó sin entender—. ¿No me deseas?

—Joder, sí. Pero no creo que sea el mejor momento para acostarnos. Tienes que solucionar algunas cosillas primero.

—¿Como qué?

—¿Cómo dejar a ese novio que tienes! —exclamó frustrado.

Mirando sus ojos azules lo entendió. —Crees que te estoy utilizando para olvidar lo que me ha pasado, ¿verdad?

—¿Pues se me ha pasado por la cabeza!

—¿Me gustabas antes de todo lo que ha ocurrido!

—¿Pues bien que conservaste el novio!

—¿Quieres dejar a Bobby en paz? Si hace meses que no le veo. Lo estás utilizando de excusa para no acostarte conmigo. ¡Si no te gusto, dímelo de una vez en lugar de dejar que haga el ridículo!

—Sí que me gustas —siseó poniéndose de pie.

Le retó con la mirada. —Pues demuéstremelo.

La señaló con el dedo. —Como después te arrepientas...

—¿Me estás amenazando? —preguntó indignada—. ¿Te digo que me hagas el amor y me amenazas?

Él gruñó. —¿No te amenazo!

—¿Fuera de mi habitación!

—¿Ves como no tienes las ideas claras?

—¿Largo!

La cogió por la nuca y la besó provocando que todo su cuerpo respondiera de tal manera que sintió que se moriría sin él. Kirk se apartó con la respiración agitada. —Tienes todo el día para pensar si quieres esto y si lo quieres, lo vas a tener con todas las consecuencias.

Salió de su habitación antes de que pudiera decir algo, pero es que todavía no había recuperado el aliento. ¿Qué si quería aquello? Si ya no podría vivir sin lo que sentía a su lado.

—Estás muy callada —dijo Ronelle mirándola de reojo en la comida.

—Uy, perdona.

—No, si no tienes que darme conversación, pero si algo te preocupa, me gustaría que lo compartieras conmigo. Si puedo ayudarte...

Se puso roja como un tomate y Ronelle levantó una de sus cejas interrogante. Lo que le faltaba. Hablarlo con la jefa. Iba a ponerse muy contenta de que le preguntara si era adecuado acostarse con su nieto.

—No pasa nada. Es que es una cama extraña y no he dormido muy

bien.

—Pobrecita, ¿tienes pesadillas?

—No. No es eso.

En ese momento entró Lisbeth en el salón y preguntó —¿Has limpiado el baño?

Se sonrojó porque después de que Kirk se fuera, sí que le había dado un repaso. —Un poco.

—No tienes que hacerlo. No es tu función en esta casa.

—Lisbeth tiene razón.

—Va, no me ha costado nada. —Miró su plato desganada y revolvió la comida de un lado a otro.

Las mujeres se miraron sonriendo con malicia y cuando levantó la cabeza la miraron inocentes. —Así que has dormido mal. Lo siento mucho.

—¿Has dormido mal? ¿Algo te inquieta? —preguntó Lisbeth acercándose hasta ponerse a su lado.

—Estoy bien.

—¿No será por dormir tan cerca del señorito? —preguntó la asistenta preocupada—. Te aseguro que el señorito es una persona de fiar.

—Claro que sí. No debes temer nada en esta casa. Sé que él te respetará como a una hermana.

Gimió interiormente sin poder creerse que estuvieran teniendo esa conversación. —Ha sido el colchón. Seguro. El mío está lleno de bultos y lo echo de menos.

La miraron aliviadas. —Igual te despertó Kirk al llegar anoche.

—No. Aún estaba despierta. —Sonrió a su jefa intentando cambiar de tema. —¿Qué quieres hacer esta tarde?

—Oh, no te preocupes por mí. Esta tarde vienen mis amigas para la partida de los jueves. Además, tienes que estudiar. Y no te vendría mal dormir una siestecita si no has pegado ojo.

Pues no era mala idea, porque cada vez estaba más cansada, ya que cada minuto que pasaba estaba más confundida. ¿Si quería sexo con él, lo iba a tener con todas las consecuencias? ¿Y eso que significaba? A ver si era un psicópata como sus amigos...

La abuela entrecerró los ojos observándola y Lisbeth hizo lo mismo. Ninette giró la cabeza moviendo el tenedor sobre el plato de nuevo. Pero no

tenía pinta de psicópata. Y cómo besaba. Además, todavía no había escrito la carta a Bobby. Y tenía que estudiar... Se mordió el labio inferior pensando que además se iba de viaje tres meses. ¿Estaba dispuesta a echar una cana al aire con él y después de regresar seguir trabajando en su casa como si tal cosa? ¿Y si durante esos tres meses él conocía a otra y ella ya estaba tan enamorada que se llevaba un chasco horrible? Porque en la cama debía ser un hacha y ella ya estaba medio enamorada. Es sexo unía mucho. Muchísimo. Bueno, con Bobby no, pero Kirk tenía pinta de fundir sus neuronas con un orgasmo. Frunció el ceño mirando su plato. Encima era su jefe. O casi. ¿Y si cuando se acostara con él, Kirk perdía el interés y la echaba? Ella estaría cabreadísima y tampoco querría trabajar para él, pero estaría en el paro. Otro punto negativo. No era buena idea tener un lío con el jefe. Pero si no lo tenía, jamás podría tener nada con él. Si le rechazaba ahora, nunca llegarían a nada. Quien no arriesgaba no ganaba. Eso seguro. Además, se moría por acostarse con él.

—Lisbeth retírale el plato antes de que raye su dibujo.

Distraída la miró. —¿Qué?

La doncella reprimió la risa apartándole el plato. —Cualquiera diría que está enamorada. Mi abuela decía que el amor quitaba el hambre.

Roja como un tomate negó con la cabeza. —No, si yo a Bobby no...

Ronelle sonrió. —Ya, si lo de ese novio ya nos quedó claro. Pero mi nieto es muy atractivo.

—Ah, no. Si yo no...

—¿No? —preguntaron las dos a la vez—. Pues debes estar ciega, guapa —dijo Lisbeth sin cortarse—. Si yo estuviera soltera...

—Uff, creo que me voy a acostar un ratito. Sí, creo que lo necesito con urgencia.

Casi salió corriendo del comedor sin darse ni cuenta de que llevaba la servilleta en la mano y ambas se miraron levantando las cejas. —Prometedor —dijo la señora divertida.

—¿Por qué ha revelado tan pronto sus intenciones?

—No he revelado nada. Solo quiero saber si se siente atraída por él como suponía.

—Tendría que estar ciega para no sentirse atraída por él, señora. Ahora le dará vergüenza decir nada. Habíamos quedado en hablarlo después del viaje, cuando regresara a casa y se sintiera cómoda.

—Es que mi nieto es más rápido de lo que pensaba. —Lisbeth la miró sorprendida. —Oh, sí. Ayer entró en su habitación de noche. No pasó nada, pero eso ya es un avance increíble sabiendo que quiere mantener las distancias. Eso es que no puede evitarlo.

—¿De verdad?

—Y esta mañana también tuvieron una discusión. Y en el baño. No me enteré de nada y eso que lo intenté, pero después fueron a la habitación de ella y creo que hablaron de sexo.

Se sentó a su lado. —¿Qué dijeron exactamente?

—Él le recriminó que aún tuviera novio. —Entrecerró los ojos. —Eso indica que está celoso.

—Sí, ayer no le gustó un pelo.

—Y le dijo que lo pensara. Algo de esta noche.

—¿Usted cree...? —Ambas asintieron. —Pues hay que impedirlo —dijo Lisbeth haciendo asentir de nuevo a su señora—. Si van tan rápido, esto no cuajará.

—Tienes razón. Para que haya unos buenos cimientos en una relación deben conocerse. Yo tardé cinco años en acostarme con mi marido.

—Mejor no esperamos tanto que queremos niños en la casa. Pero al menos unos días...

La miró sorprendida. —¿Tan poco?

—¿Usted ordenó lo del pestillo!

—Para que hablan o echara mi nieto un vistacito, no para que se la beneficiara. No. Hay demasiados problemas en el pasado para saltar a una relación de golpe. Necesitan tiempo. Enamorarse primero.

Lisbeth carraspeó. —El señor no debe ser de esperar mucho.

—Sí, es demasiado apasionado para eso. Pero su abuelo era igual y se contuvo. Cuando me cogió en la noche de bodas no me soltó en una semana. —Sonrió como una tonta. —Ni siquiera conocí Roma en la luna de miel.

—Yo me acosté con mi marido la noche en que nos besamos la primera vez. —La miró sorprendida. —Me pilló algo achispada. ¡Era mi cumpleaños!

—¿Pues sí que lo celebraste!

—Pero le conocía desde hacía tres años —dijo levantando la barbilla.

—Ah, entonces es distinto.

—Eso digo yo.

—Entonces estamos de acuerdo en que es algo pronto.

—Exacto. Pero se va a ir tres meses.

Ronelle vio las dudas en sus ojos. —¿No crees que la espere?

—Si no tienen nada antes de irse, no tiene por qué hacerlo. No se sentirá atado a nada. Tendría que haber una relación entre ellos para eso, ¿no cree? Y si el señor sale con otras mientras tanto...

—Ella se sentirá defraudada.

—Eso empeorará las cosas. Deberían acostarse antes de irse de viaje. Aunque sea una vez.

Bufó. —Eso es un problema. No esperaba esta tensión sexual a estas alturas. Sabía que se atraían, pero esperaba que lo que había pasado entre ellos les frenara un poco.

—Pues si ya entra en su habitación tan alegremente, esto se remata esta noche.

—¿Y si ella le dice que no?

—Entonces aquí se va a declarar una guerra conociendo al señorito y su carácter. No creo que le guste ser rechazado si le atrae la chica.

Ronelle entrecerró los ojos. —¿Sabes qué? Voy a hablar con él.

Lisbeth le miró sorprendida. —¿Y qué le va a decir?

—Que he visto la atracción que hay entre los dos y que no creo que sea conveniente una relación entre ellos después de lo que ha ocurrido. Que debe darle tiempo a ella para que esté cómoda en la casa y tenga las ideas claras. —Miró hacia la puerta y bajó la voz —Algo de ideas claras hablaron esta mañana, así que voy a aprovecharlo.

—Entiendo —dijo conspiradora—. Va a hacer que se sienta culpable.

—¿Crees que funcionará?

—Aunque solo sea por respetar su opinión...

—Sí, creo que voy a hacer eso. Al menos le frenará un poco.

—¿Y a ella quién la frena?

Ronelle sonrió. —¿No la has visto? Tiene dudas. En cuanto vea que él pone distancia, ella creerá que se lo ha pensado mejor.

—A ver si le molesta tanto que después no quiere nada con él. Hay mujeres muy rencorosas.

—Pero Ninette no es así. Si lo fuera, ni me habría recibido en el

hospital. Tiene un corazón enorme. Además, en cuanto sepa seguro que se aman, les daré vía libre.

—¿Y cuándo hablará con él?

—Después de la cena. Creo que es el mejor momento.

Capítulo 8

Ninette sentada a la mesa miraba de reojo a Kirk, que estaba de lo más tenso, mientras su abuela hablaba de la timba que había organizado con las amigas.

—Oh, no queda agua —dijo la abuela.

Se levantaron de inmediato. —Enseguida la traigo —dijeron a la vez cogiendo la jarra por el asa.

Ronelle reprimió la risa. —Ninette eres muy amable, gracias.

—Abuela, no es su trabajo.

—A ella no le importa.

—No, claro que no.

Él apartó la mano a regañadientes sentándose de nuevo y sintiendo el hormigueo en su mano fue hacia la cocina. Respiró hondo en cuanto se cerró la puerta porque desde que él había llegado a casa su mirada decía que era suya y era abrumador. Y muy excitante. Tanto, que se moría porque la tocara. Echó el agua mineral en la jarra y regresó al comedor tomando aire antes de empujar la puerta abatible. Se detuvo en seco al ver el perfil de Kirk que estaba de lo más tenso. —¿Ocurre algo?

Ronelle sonrió. —No, querida. Gracias por el agua.

Ella rodeó la mesa y se sentó de nuevo mirando a Kirk, que desvió el rostro de inmediato. Sí, allí pasaba algo. Ya no la miraba igual. Echó un vistazo a su jefa que sonrió antes de meterse el tenedor en la boca como si no pasara nada. Le sirvió el agua en silencio que ahora parecía que se podía cortar con un cuchillo.

—Así que las has desplumado —dijo intentando relajar el ambiente mirando a Kirk de reojo antes de servirle agua a él.

—Ha sido tan sencillo como quitarle el caramelo a un niño. —No tenían el día. —Se giró hacia su nieto. —Por cierto, mañana por la tarde me gustaría que nos llevaras a la casa de los Hamptons.

La miró sorprendido. —Abuela, te vas en unos días. ¿No tienes mil

cosas que hacer?

—Va, es solo el fin de semana y a la niña le vendrá bien repasar eso que tiene que estudiar cerca del mar. —Sonrió a Ninette. —¿Te apetece?

—Sí —dijo ilusionada.

—Abuela, mañana tengo la gala benéfica.

—Oh. ¿Pues entonces nos enviarás al chófer?

Kirk apretó los labios y asintió. —Muy bien. Enviaré al chófer para que os lleve.

Se sintió decepcionada de que él no fuera, pero si tenía una gala la noche siguiente era lógico. Ahora casi se arrepentía de haber dicho que sí. Le miró de reojo viendo como apartaba el plato y se levantó algo tenso. —¿Me disculpáis? Tengo que hacer llamadas importantes.

—Por supuesto, querido. ¿Quieres que te lleve el postre al despacho?

—No me apetece. Gracias, abuela. —La besó en la frente y Ninette le observó ir hacia la puerta.

—El pobre trabaja muchísimo. Y más aún después de que... —Se sonrojó mirando su plato.

—¿Después de conocerme?

—No ha sido culpa tuya. Esos cerdos... —dijo molesta—. Bueno, desterrémoslos de nuestra memoria.

—Sí, es lo que intento desde hace meses. Pero ni puedo salir de noche de casa ni para ir al supermercado —dijo distraída.

Ronelle la miró sorprendida. —Cielo, tuviste muy mala suerte.

—Lo sé. Me lo dice todo el mundo. —Forzó una sonrisa. —Pero yo creo que tuve una suerte enorme porque me libré. Si no estaría muerta y me habrían encontrado en el parque como a todas las demás.

Escuchándola se dio cuenta de que tenía que hablar con su nieto y de inmediato, porque Ninette no había cerrado ese episodio de su vida y eso no era bueno para la relación.

—Quizás deberías hablarlo con alguien. Cuando murió mi hijo fui a un terapeuta que es como si hablaras con un amigo.

Ninette se tensó. —No estoy loca.

—No, claro que no. ¿Yo tengo pinta de loca? —La miró con pena cuando se sonrojó. La interrumpió cuando iba a decir algo. —No hace falta que te disculpes. Seguro que te alivia mucho. ¿Qué te parece si te pido hora

para el lunes? Si no estás cómoda no tienes que volver.

—No sé... Jimmy me dice que necesito tiempo e Irwin también. Ellos me han ayudado mucho.

—Los amigos son importantes. Pero a veces alguien de fuera puede ayudar mucho más. A mí me alivió mucho, te lo prometo.

No había nada peor que perder un hijo, así que si a ella la había ayudado no le haría mal. Se miraron a los ojos y Ninette asintió haciéndola sonreír. —Perfecto. Alexander te encantará. Es un joven muy agradable. Ya verás.

—Pero me lo pago yo.

—No digas tonterías, niña. —Chasqueó la lengua y preguntó —
¿Lisbeth ha dejado algo de postre?

—Tarta de nuez.

—Adoro a esa mujer —dijo haciéndola reír.

Ronelle sonrió viéndola entrar en la cocina con los platos y se dijo que solo necesitaba tiempo. Estaba segura de que se convertiría en una mujer maravillosa y sería la esposa perfecta para su nieto.

Media hora después Ronelle se acercó al despacho y empujó la puerta entornada para ver a su nieto sentado tras el escritorio mirando al vacío. En cuanto la vio sonrió levantándose. —Abuela, ¿ya has terminado de cenar?

—La niña está recogiendo en la cocina. Se ha empeñado. —Cerró la puerta mientras él se tensaba. —¿Podemos hablar un momento?

—Te estaba esperando como me dijiste en la cena. Querías hablar de Ninette y de mí.

—Y te ha sentado mal.

—No, ¿por qué piensas eso?

Ronelle se sentó ante el escritorio en la butaca de piel y le miró fijamente a los ojos. Él se pasó la mano por el cabello dándose la vuelta frustrado. —Abuela...

—Sé que te atrae, pero la niña lo ha pasado mal.

Se volvió mirándola sorprendido. —¿Te ha contado algo?

—Ahora mismo en la mesa me acaba de decir que no se atreve a salir de casa de noche. —Kirk palideció. —Le voy a pedir hora con Alexander

para que la vea el lunes.

—¿Y te ha dicho que sí?

Su abuela asintió haciéndole suspirar del alivio. Se sentó en la butaca a su lado y Ronelle sonrió cogiendo su mano. —Cariño, sé que te sientes muy atraído por ella, pero...

—Ella me ha animado, abuela.

—Lo sé. Os he visto. Estáis deseando estar juntos, ¿pero crees que es el momento?

—No sé lo que se le pasa por la cabeza. A veces parece que me rehúye y me retengo para no asustarla. Pero esta mañana...

—No parecía asustada en absoluto.

—¿Nos oíste?

—No cielo, lo he deducido por lo que has dicho y por cómo os mirabais en la cena.

—Joder...

—Te gusta mucho, ¿verdad?

—Cuando la conocí me faltó poco para echarla de casa porque no me podía creer que me atrajera tanto. Estuve a punto de darle el trabajo, aunque no era adecuada en absoluto. Y era tan divertida y parecía tan llena de vida... Y tuve que joderlo todo.

—No fue culpa tuya.

La miró torturado con sus ojos azules. —La viste en el hospital. Fue culpa mía.

—¿Puedes explicarme algo? Si te interesaba tanto, ¿por qué no le diste una oportunidad desde el principio? ¿O por qué no le ofreciste el trabajo la primera vez que fuiste a visitarla al restaurante?

Se levantó molesto y fue hasta la ventana dándole la espalda, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón como si se estuviera conteniendo, y ella le miró preocupada. —¿Kirk?

—Por su curriculum.

Ella no pudo disimular su asombro y Kirk se volvió sobre su hombro al ver que no decía nada. Apretó los labios al ver su cara. —Sí, soy un cabrón.

—Hijo...

—Por su ropa y su curriculum, lo primero que se me pasó por la

cabeza era qué iba a hacer yo llevándola al club de tenis. Si seguro que no sabía ni coger una raqueta. —Miró hacia la ventana de nuevo. —Y después en el restaurante estaba furioso conmigo mismo por necesitar verla. Así que le dije que había contratado a alguien eficiente. Mucho más que ella.

—Le mentiste.

—Y la avergoncé. Lo vi en sus ojos. —Juró por lo bajo volviéndose. —Por eso cuando me propusiste ofrecerle el trabajo no estuve de acuerdo. ¿No crees que ya le he hecho bastante daño?

—Puedes arreglar lo que fue culpa tuya. Como que le mintieras. En lo otro no tienes responsabilidad.

—¿No la tengo, abuela? La escogieron porque querían joderme. Solo por eso. Porque vieron su interés o el mío y eso la marcó. Y la escogieron, aunque yo no tenía ninguna intención de salir con ella y mucho menos presentártela a ti. Me avergonzaba de ella, abuela. ¿En serio crees que no fue culpa mía?

Escucharon que algo caía en el exterior del despacho y Kirk pálido fue hasta la puerta para abrirla, encontrándose con Ninette recogiendo un pedazo de tarta del suelo.

—Lo siento —dijo ella atropelladamente con la voz congestionada ocultando la cara con su melena mientras la recogía con las manos—Ten cuidado no pises la nata...

Ronelle se tapó la boca al ver que al incorporarse tenía lágrimas en los ojos. —Nena...

—Enseguida lo limpio. —Salió casi corriendo y Kirk apretó los puños mirando a su abuela.

—Hijo, vete a hablar con ella.

Ninette dejó el plato en el fregadero mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Avergonzada cogió un pedazo de papel de cocina y se limpió las manos a toda prisa. No sabía de qué se extrañaba. Él era rico y guapo. Un hombre de éxito. ¿A dónde iba a ir con ella que era una camarera sin estudios? Bueno, ya había quedado todo claro.

La puerta se abrió y ella nerviosa miró sobre su hombro para ver que Kirk entraba mirándola muy serio. —Nena...

Miró al frente y no supo qué se le pasó por la cabeza. Cogió el plato y se lo tiró con furia. Los restos de la tarta le cayeron sobre la cara sin que le rozara el plato, estrellándose en la puerta de la cocina y fuera de sí pasó a su lado. —¿Sabes? ¡Me alegro muchísimo de haberte escuchado! ¡Porque esta noche me hubiera acostado contigo para descubrir dentro de un par de días que solo querías un polvo!

—¡No lo has entendido!

—¡Claro que sí! Pero no tienes los huevos de contarle eso a tu abuelita, ¿no es cierto? ¡Me hubieras echado un polvo sobre el sofá el día de la entrevista, pero no soy digna para presentarme a tu abuela! ¡Si no hubiera pasado lo de esos cabrones, jamás hubiera trabajado para ti! ¡Tu abuela sentía que me debía algo y por eso me ofreció trabajo!

Salió de la cocina y corrió hacia la escalera pasando ante Ronelle. — Ninette, espera.

Subió las escaleras tan aprisa como pudo y se metió en su habitación cerrando con llave. Fue hasta la puerta del baño y también cerró antes de ir hasta el armario para coger su maleta.

—Ninette, abre la puerta.

—¡Qué te den! —gritó intentando retener las lágrimas. Cogió su ropa metiéndola de cualquier manera en la maleta. Se apartó el cabello de la cara mirando a su alrededor con ganas de gritar antes de coger los libros de la mesilla.

Escuchó como intentaba entrar por el baño. —¡Ninette, abre la puerta!

Cogió su bolso y se lo colgó al hombro dando las cosas del baño por perdidas. Abrió la puerta del pasillo y casi se choca con la abuela que iba a llamar. —Me tengo que ir.

—¡Pero niña, nos vamos de viaje!

Sin hacerle caso caminó por el pasillo y Kirk salió de su habitación poniéndose ante ella. —Nena, no puedes irte así. Tenemos que hablar de lo que has oído. —Dio un paso hacia ella y Ninette le dio un tortazo volviéndole la cara.

La abuela jadeó y ella siseó acercándose a él. —Es lo que te pasa por jugar con chicas de barrio. Que no tenemos ninguna educación y nos defendemos a golpes porque casi no sabemos ni hablar. Vuelve a acercarte a mí y vas a terminar como tu amigo Martin, eso te lo juro.

Pasó a su lado y bajó las escaleras corriendo para salir de esa casa sin

molestarse en cerrar la puerta siquiera.

Salió de la universidad poniéndose la mochila a la espalda y agotada apoyó las manos en las rodillas tomando aire.

—¿Estás bien? —preguntó un chico que pasó a su lado con una carpeta en la mano.

Sonrió asintiendo. —Un examen.

—Ah, ¿con el dientes?

Lo miró sorprendida incorporándose. —¿Cómo lo sabes?

—Antes salió uno vomitando.

—Pero si solo me examinaba a mí hoy.

—Oh, entonces tendría gastroenteritis.

Se echó a reír sin poder evitarlo y el chico sonrió alargando la mano.
—Jeffrey.

—Ninette.

—¿Quieres ir a tomar un café?

—Ninette... —Se volvió y perdió la sonrisa al ver a Ronelle ante ella.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sin poder ocultar su sorpresa.

—Llevo esperándote un rato.

Apretó los labios antes de volverse hacia Jeffrey y forzó una sonrisa.
—Quizás otro día.

—Lo estaré deseando. —Le guiñó un ojo y se alejó.

Resignada se volvió y miró a Ronelle a los ojos. —No voy a volver.

—¿Te gustaría tomarte ese café conmigo?

—Ronelle...

—Por favor.

Asintió y miró a su alrededor. —¿Vamos a la cafetería que hay allí en frente?

—Perfecto.

Caminaron en silencio hasta el semáforo y Ronelle la miró de reojo.
—¿Sigues enfadada?

—¿Tú qué crees?

—¿Has recuperado tu trabajo?

—Todavía no he hablado con Jimmy. Tenía los exámenes y...

—¿Y te han ido bien?

—Sí, al parecer ahora soy menos ignorante que ayer.

—Yo no creo que seas ignorante. Y mi nieto tampoco.

Decidió dejar que hablara ella porque no quería discutir. Se sentaron en la cafetería y Ronelle pidió un descafeinado mientras que ella pedía un refresco de naranja. Necesitaba algo fresco. Dejó la mochila a un lado y la miró sentada frente a ella esperando.

—Veo que no me lo vas a poner fácil.

—No tengo que ponérselo fácil a nadie. Ni fácil ni difícil. —Se encogió de hombros como si le diera igual.

—Ninette, si no vienes conmigo me tendré que quedar. Kirk no puede acompañarme y no tengo sustituta. Los billetes ya están a tu nombre como todo lo demás. —Se mordió el labio inferior sintiéndose culpable por la ilusión que le hacía el viaje. —Si no quieres volver a casa, al menos...

—No tengo ninguna obligación. No he firmado nada.

La miró sorprendida. —No te estaba exigiendo nada.

Desvió los ojos avergonzada viendo como varios de sus compañeros se reían comiendo mientras hablaban.

—Ninette, sé que te has llevado un disgusto, pero si vuelves con Jimmy tendrás que trabajar de noche y no estarías cómoda. Además, no tienes que volver a mi casa si no quieres. Nos veremos en el aeropuerto y cuando regresemos...

—No me he sacado el pasaporte.

Ronelle apretó los labios. —Entiendo.

Se sintió fatal al ver su decepción. —Pero Irwin puede ayudarme.

—¿De verdad? ¿Lo harías?

—Pero no quiero volver a verle, así que arréglate como quieras.

—Muy bien. No te preocupes por mi nieto. —Más tranquila sonrió a la camarera poniendo un billete de veinte sobre la mesa. —¿Sabes? Ya lo he comprado todo y a ti te he comprado una ropa monísima.

La miró sorprendida. —¿Perdón?

—Como no estabas y tenías los exámenes...

—¿Pero si no iba a ir!

—Bueno, pero ahora sí, ¿verdad? Así que he ahorrado tiempo. Tienes

que hablar con Irwin cuanto antes. ¿Por qué no le llamas?

La vio tomarse su café como si nada mientras que ella estaba a cuadros. Aquella vieja era muy lista. Mucho.

—Así que estabas segura de que iba a volver.

—Es que tendrías que ser tonta para rechazar un viaje así, bonita. —
En eso tenía razón. Ronelle sonrió encantada de la vida. —Cuéntame, ¿has sacado buenas notas?

Capítulo 9

Miró a su alrededor y se preguntó dónde estaba Ronelle. Iban a perder el avión. Ante su casa en Brooklyn saludó a una vecina con la mano que llevaba al niño a la guardería. Perdió la sonrisa mirando su móvil por tercera vez. —Mierda.

Decidió llamarla ella y se puso el teléfono al oído estirando el cuello como si así pudiera ver torciendo la curva. ¿No le habría pasado nada?

—Sí, ya voy...

—¡Vamos a llegar tarde! ¿Sabes la hora que es?

—Si quedan dos horas.

—Ya tendríamos que estar facturando.

—Los de primera pueden facturar más tarde.

—Ah. —Se sonrojó porque eso no lo sabía. —Me da igual. ¡Mueve tu culito hacia aquí que estoy de los nervios!

—Ya vamos de camino.

Entrecerró los ojos. ¿Cómo que vamos? —¿Quién viene?

—Bueno es que el chófer tuvo que poner una de tus maletas en el asiento de atrás y no cabíamos.

Rechinó los dientes deseando estrangularla. —Dime que te trae otro chófer.

—¿Para qué si mi nieto estaba en casa? —Colgó el teléfono dejándola con la palabra en la boca y ella gruñó de la impotencia mirando su maleta en el suelo antes de darle patadas una y otra vez.

Cuando se calmó, apartó el cabello de la cara para ver a Rita y Luca observándola desde la puerta con los ojos como platos. Forzó una sonrisa apartándose un mechón de pelo del labio. —¿Te vas al cole?

Ambos asintieron y Rita miró su maleta. —¿Un mal día? Y eso que todavía no te has ido. —Reprimió la risa cogiendo la mano de su hijo para bajar los escalones.

—Muy graciosa —siseó.

—Es por su novio, mami. La pone de los nervios.

Miró a Rita como si quisiera cargársela. —Estos niños... Es que lo repiten todo.

—Estoy segura de que Anni y tú tenéis conversaciones de lo más interesantes a mis espaldas.

—Va, no es nada. Lo que hacen las amigas. Venga Luca, dale un abrazo que no estará en tres meses.

Se agachó para abrazar al niño y le besó en las mejillas un montón de veces, haciendo que protestara intentando apartarse mientras su madre se reía. Un coche se detuvo a su lado y los tres miraron hacia el Jaguar gris. Rita silbó cogiendo la mano de su hijo mientras ella se incorporaba. —Menudo carro.

Ronelle bajó la ventanilla. —Ya estoy aquí.

La puerta del conductor se abrió y Rita se quedó con la boca abierta al ver a Kirk, que vestido con un traje azul rodeaba el coche en ese momento para acercarse a ellas. —Santa madre de Dios.

Ninette muy tensa vio cómo se acercaba mirándola a los ojos muy serio. —Hola preciosa. ¿Estás lista?

Sin molestarse en contestar, se volvió y abrazó a Rita. —Cuídate mucho —susurró su amiga—. Te echaré de menos.

Emocionada asintió y fue hasta la puerta de atrás. Kirk le abrió la puerta antes de que pudiera hacerlo ella y sin darle las gracias se sentó en el asiento de cuero. Rita sonrió diciéndole que aquella era su maleta y él la cogió llevándola al portaequipajes. Cuando se sentó tras el volante preguntó —¿Llevas el pasaporte?

—Sí.

—Nos llegó la copia para el seguro. Kirk ha podido arreglarlo todo.

—Tienes que darle a Irwin las gracias de nuestra parte —dijo él mirando por el espejo retrovisor mientras salía a la vía. Ninette ignorando a Kirk a propósito se despidió con la mano de Rita y Luca que hacían lo mismo.

Ronelle carraspeó viendo como su nieto apretaba el volante con fuerza antes de mirar por el retrovisor de nuevo. —¿Estás más tranquila? Llegaremos a tiempo.

—Estoy bien. ¿Llevas las pastillas?

—Por supuesto. —Se echó a reír. —No te vas a creer el botiquín que llevo.

—Si tienes algún problema, me llamas al móvil de inmediato —dijo Kirk.

—Querido, no va a pasar nada. Quédate tranquilo.

—Ninette...

—Te he oído —respondió a regañadientes mirando la carretera.

—En cuanto lleguemos al aeropuerto, te daré los papeles con todos los datos y las reservas. Aunque es un viaje con guía desde aquí, en esos papeles tienes todos los datos por si hay algún problema como que se equivoquen de hotel.

—¿No vamos todos al mismo hotel? —preguntó sorprendida.

—No, algunos van a otros algo más baratos —le explicó Ronelle—. Pero mi nieto quiere lo mejor.

Ninette se apretó las manos sintiendo un estremecimiento en el corazón y Kirk juró por lo bajo mirando a su abuela como si hubiera metido la pata. Ronelle abrió los ojos como platos. —Quería decir que siempre quiere lo mejor para mí, no que...

—Abuela, déjalo. Cualquier cosa que digamos se lo tomará a mal.

¡Aquello era el colmo! —No te equivoques. Cualquier cosa que digas tú me lo tomaría a mal. Debe ser que soy una estúpida sin estudios.

Él tomó aire apretando el volante con fuerza. —¡Perdona por ser sincero conmigo mismo! Otro te hubiera echado un polvo en el sofá y después te hubiera dicho: ¡Hasta nunca, guapa! ¡No me interesas para cuidar a mi abuela que acaba de ser operada del corazón y necesita ciertos cuidados que tú no puedes darle!

—¡Kirk! —protestó su abuela asombrada.

—¡Al menos no hubieras sido un hipócrita y hubieras demostrado desde el principio cómo eres de verdad! ¡Porque es evidente que el polvo, como tú lo llamas, te lo querías llevar igual!

—¡Ninette, por favor!

—Déjala. abuela. Que se desahogue. ¡Lo que le fastidia de verdad es que lo que yo dije, ella ya lo había pensado! —Ninette palideció al escucharle. —Porque si no lo hubiera hecho, es que cree en los cuentos de hadas. ¡Bienvenida al mundo real, Ninette! ¡Siento explotar tu burbuja, pero

las apariencias sí importan! ¡Y no eras apta para el trabajo!

—¿Entonces qué hago aquí?

Él gruñó haciendo que su abuela riera por lo bajo antes de escucharle responder —He dicho eras. ¡Mi abuela ahora está mucho mejor, como demuestra que se vaya de vacaciones!

La abuela carraspeó. —Niña, ¿cuánto escuchaste de lo que se dijo en el despacho?

—¡Lo suficiente! —Se cruzó de brazos cuando vio cómo se miraban en silencio. Entrecerró los ojos. —¿Por qué?

—No, por nada —dijo la abuela forzando una sonrisa. La escuchó susurrar —Estaba lavando los platos. Llegó en lo peor.

—Shusss.

—¿Qué decís? —preguntó desde atrás.

—¡Qué la llamaré todas las noches! Y espero que contestéis de inmediato, ¿me has oído?

—Sí, jefe —respondió con rencor.

—Oh, por cierto... —Ronelle abrió su bolso a toda prisa. —Te llegó esto ayer.

Le mostró una carta y frunció el ceño alargando la mano y cogiéndola. Jadeó asombrada. —¿La has abierto?

—Por si era importante. Pero no lo era.

¿Cómo que no lo era? A toda prisa sacó la respuesta de Bobby y empezó a leer ansiosa por saber cómo se lo había tomado. Sonrió porque lo había entendido. La verdad es que tenía un corazón enorme. Esperaba que le llamara diciéndole cuando llegaba a España porque igual podía ir a verla. Si no era así, esperaba volver a verla en Nueva York cuando regresara porque él ya estaría allí. Puede que pudieran fortalecer su relación porque él estaba dispuesto a intentarlo todo porque la amaba. Aunque no quería presionarla porque entendía su postura.

—Un chico muy agradable —dijo la abuela como si nada haciendo que Kirk gruñera por lo bajo.

—Sí que lo es. —Miró la carta de nuevo con cariño antes de doblarla con cuidado.

—¿Y bien? —siseó Kirk intentando controlarse.

—¿Y bien qué? —respondió agresiva.

—¿Vas a llamarle?

—¡No tengo que darte explicaciones! —Guardó la carta en su bolso y levantó la barbilla sabiéndose observada por el espejo retrovisor.

—¡Espero que no te dediques a ligar con tu ex cuando tu trabajo es cuidar de mi abuela!

—Tranquilo, me limitaré a ligar cuando esté dormida. —La abuela reprimió la risa al ver como su nieto la miraba mosqueado. —Me han dicho que en Madrid hay mucha marcha de noche.

—¡No puedes dejarla sola!

—Hijo, tampoco somos siamesas. Claro que puede tener un respiro de vez en cuando. Es joven. Tiene que salir y divertirse.

—No. ¡Mientras esté de viaje contigo no! ¡No quiero que te quedes sola!

—Vale, entonces me llevo a Ronelle conmigo —dijo maliciosa—. Seguro que se apunta.

—¡Estáis a punto de quedaros aquí! ¡Las dos!

Ronelle asintió. —Nada de salir. —Miró sobre su hombro haciendo un gesto con la ceja diciendo con los ojos que saldrían a menudo.

Llegaron al aeropuerto y la abuela dijo —Allí está nuestro chófer con las maletas preparadas.

Ninette dejó caer la mandíbula al ver los dos carritos. ¿Cómo iba ella sola a llevar todo eso de un lado a otro?

Se bajó del coche en cuanto aparcó detrás del chófer y Kirk rodeó el vehículo para abrir la puerta de su abuela. Le cogió la mano para ayudarla a salir y Ninette sonrió porque estaba radiante. Se notaba que le apetecía mucho ese viaje.

Kirk se acercó a ella metiendo la mano en el interior de la chaqueta y sacando un sobre. Se lo tendió. —Ahí llevas una tarjeta de crédito a tu nombre por si necesitáis algo durante el viaje. Quiero que se lo pase bien. No la prives de nada.

—Entendido.

—Y también va toda la documentación. Seguro incluido. —La advirtió con la mirada. —Si ves algo extraño...

—Llamo a emergencias de inmediato. Tranquilo. —Asintió mirando sus ojos verdes y durante unos segundos a Ninette se le cortó el aliento

porque parecía que deseaba decirle algo. —Y la llamarás todas las noches.

—Exacto. —Tomó aire antes de volverse hacia su abuela con una sonrisa. —Contrólate, abuela. Es un viaje muy largo y no quiero que te agotes al principio.

—Ven a darme un abrazo. —Ronelle le rodeó con sus brazos y Kirk la abrazó besándola en la mejilla. —Te quiero.

—Y yo a ti, abuela.

Se emocionó al verlos y cuando se separaron forzó una sonrisa. Kirk hizo un gesto a dos mozos que se acercaron a los carritos de inmediato, haciéndola suspirar del alivio. Cómo vivían los ricos. Caminó hacia Ronelle colocándose a su lado revisando las maletas cuando recordó la que tenía en el coche. —Oh, mis cosas.

Se volvió hacia Kirk, que debió darse cuenta porque fue hasta el maletero a toda prisa y ella se acercó a él para coger la maleta. Sus manos se rozaron y sin poder evitarlo le miró a los ojos. Él juró por lo bajo cogiéndola por la nuca antes de atrapar sus labios. Gimió cuando entró en su boca y cuando su lengua la acarició de manera exigente, reclamando una respuesta que ella no pudo evitar. Kirk suavizó el beso y acariciando sus mejillas se apartó para mirarla a los ojos. —¿Qué estás haciendo? —susurró ella casi sin aliento.

Él besó suavemente sus labios. —Hablaremos cuando regreses. Llámame cuando lleguéis. Da igual la hora. —Aún atontada se apartó de ella y cogió su maleta poniéndosela en la mano. Al ver que no se movía, sonrió cerrando el portaequipajes. —Nena, tienes que irte.

—Ninette, cielo... ¿No tenías prisa?

Se volvió para ver a Ronelle tras ella y se puso como un tomate. —Sí, claro. Vamos.

Caminó con ella siguiendo a los carritos y en cuanto se abrieron las puertas mecánicas, miró sobre su hombro para ver a Kirk al lado del coche. Sus miradas se entrelazaron y su corazón dio un vuelco porque parecía que le entristecía que se fueran. Se detuvo, pero Ronelle la cogió de la mano, tirando de ella al interior y haciendo reír a Kirk.

Miró a la abuela confundida. —¿Qué acaba de pasar?

—Lo que era inevitable. Que te has enamorado.

Capítulo 10

Salió de su estupor enseguida, pero como tenía tanto que hacer con la facturación del equipaje no se lo pudo discutir. Y después se puso de los nervios con el vuelo a Londres. Era la primera vez que iba en avión y la experiencia, a pesar de ir en primera, no fue muy agradable. Es más. Le dio pavor. Las turbulencias durante todo el vuelo la hicieron estar agarrada al asiento hasta dejar las marcas de los dedos, mientras Ronelle roncaba a su lado a pierna suelta como si nada. Cuando vio la comida vomitó sin poder evitarlo y pálida como la cera, bajó del avión con las piernas temblorosas creyendo que se desmayaría en cualquier momento. Pero bueno, eso solo era el principio y seguro que se lo pasaría bien, pues su compañera estaba de lo más animada. Demasiado. De hecho, en cuanto llegaron a la terminal y se encontraron con su guía cinco estrellas, se unió al animado grupo que a pesar de no cumplir ya los sesenta, tenían más energía que ella. Apenas habían dejado las maletas en la impresionante suite, cuando ya estaban quedando todos para dar una vuelta por la ciudad. Y cómo caminaban los jubilados. Se dijo que sería que no había pegado ojo en el avión, pero ninguno de ellos aparentaba tener jet lag. Y para colmo, Ronelle se pegó a un hombre muy apuesto que tenía tanta energía como ella. ¡Y se hacían ojitos! Kirk la iba a matar.

Estaban ante la Torre de Londres sacándose fotos, cuando le sonó el móvil y al ver quien era, gimió mirando de reojo a Ronelle, que ya iba del brazo de Spencer riendo como si tuviera quince años.

Descolgó agotada. —Lo sé. Se me ha olvidado.

—¡Nena, estaba de los nervios!

—Lo siento.

—¿Estás bien? ¿Pareces cansada?

—Odio el avión.

—Pues no te queda nada —dijo divertido.

—No tiene gracia. Casi me da un infarto con las turbulencias.

—Te acostumbrarás. ¿Cómo está la abuela?

—Oh, ella está en la gloria, te lo aseguro. Ha encajado perfectamente en el grupo —dijo mirándola de reojo. Abrió los ojos como platos cuando Spencer le susurró algo al oído. Vaya con los de ochenta años. No perdían el tiempo. Claro que no tenían mucho tiempo que perder.

—¿Se está divirtiendo?

—Como una quinceañera.

—¿Te estás pitorreando? Dile que se ponga.

—Sí, claro. —Se volvió hacia Ronelle y le mostró el teléfono.

—¿Es Kirk? —preguntó encantada.

—El mismo.

Cogió el teléfono a toda prisa. —Cariño, Londres está precioso y hace un día estupendo. —Miró a Spencer y susurró —Es mi nieto.

El hombre sonrió cogiéndola por la cintura y Ronelle soltó una risita. Madre mía, Kirk la mataba. Ninette forzó una sonrisa mientras Ronelle decía lo bien que se lo estaba pasando y lo bueno que había sido el viaje. —Sí, cariño. Mañana hablamos. Un besito. Cuídate.

Le pasó el teléfono y ella lo cogió como si fuera a morderle en cualquier momento antes de ponérselo al oído. —¿Qué coño está pasando ahí? —gritó Kirk al otro lado de la línea.

Gimió alejándose un poco. —No tengo la culpa de que... —¿Cómo se lo decía?

—¿De qué? Mi abuela está muy rara. ¿La has drogado para el vuelo?

—¿Qué dices? Se ha enamorado. —El silencio al otro lado de la línea la hizo pensar que se había cortado. —¿Kirk? ¿Estás ahí?

—Nena, dime que es una broma.

—No. En cuanto llegamos al aeropuerto se han pegado como lapas. ¿Qué quieres que haga? ¿Que me meta en medio?

—¡Sí!

—No puedo hacer eso.

—¡Ese es un listo que ha visto el dinero y quiere sacar tajada!

—Si está tan forrado como ella para pagar un viaje así. Deja de decir tonterías. Además, le quedan dos telediarios. ¡No creo que haya muchos

gigolós de ochenta años, Kirk!

Él gruñó al otro lado de la línea. —No les pierdas ojo.

—¿Temes un embarazo?

—Muy graciosa. ¡Temo un matrimonio!

—¡Esto no son las Vegas! —Vio que todos iban hacia el autobús. —
Tengo que dejarte. Nos vamos a otro sitio.

—Mándame una foto del tipo y su nombre completo.

Se detuvo ante el autobús del asombro. —¿Es coña?

—¡No!

—¡Kirk! —protestó—. No quiero hacerlo.

—Venga, nena. Una foto y el nombre. No es tan difícil.

—¿Y no me pedirás nada más?

—Sigue soñando. Te llamo luego.

Para su asombro cuando llegó al autobús Ronelle se había sentado con él. Estupendo. Había perdido a su compañera de viaje. Pues ahora para que se fastidiara sacaba la foto.

—Sonreír a la cámara...

Ellos sonrieron de oreja a oreja y Ninette la sacó rápidamente antes de preguntar —Por cierto, Spencer. ¿Cómo era tu apellido?

La miró asombrado. —Rigberg.

—No eres de Nueva York, ¿verdad?

—No. Soy de Austin.

—Un texano. —Le guiñó un ojo a Ronelle. —Esos tienen muchas energías.

—¡Niña!

Spencer se echó a reír a carcajadas. —No creas, que ya no estamos para muchos trotes.

Ninette le miró fijamente con una sonrisa en los labios. La verdad es que no estaba nada mal. Se parecía a Rod Hudson, pero con el pelo canoso. Al menos todavía tenía pelo, que a esas edades era algo casi imposible por lo que veía en el autobús. —Y cuéntame... ¿Tienes hijos?

—Doce.

Las dos dejaron caer la mandíbula del asombro y se miraron a los ojos antes de mirarle a él de arriba abajo. Spencer se echó a reír a carcajadas. —

Doce toros.

—¿Y nietos? —preguntó Ronelle todavía atónita.

—Cuarenta y seis.

—Las navidades deben ser la leche en tu casa.

Spencer rio asintiendo. —Y que lo digas. A veces me confundo con los nombres. Por cierto, tengo un nieto para ti que...

—Ésta ya está pillada por el mío.

—Es una pena.

—No estoy pillada.

Ronelle suspiró como si no pudiera con ella. —Todavía se resiste, pero ésta cae como me apellido Thatcher.

Decidió ignorarla y le envió el WhatsApp a Kirk con toda la información. Cuando él le respondió, se sonrió como una tonta al ver una carita que le enviaba un beso con un corazoncito saliendo de los labios. Ronelle levantó las cejas mirando a Spencer. —¿Ves?

—Totalmente.

A las tres de la mañana le sonó el móvil y alargó la mano palpando la mesilla. Gimieando miró la pantalla por si era alguno de sus amigos que no sabían que estaba en Londres y gruñó al ver quien era. —¿Sabes qué hora es?

—¿Dónde están?

—En la cama retozando como conejos.

—Estoy a punto de coger un avión. ¡No te digo más!

—Son las tres de la mañana. Están cada uno en su cama. Y yo en la mía. Y quiero dormir.

—¿Cómo estás segura de que están cada uno en su cama?

Se apoyó en los codos. —¿Estás mal de la cabeza? Porque después de que Ronelle se acostara, me vine a mi habitación y están pegadas, ¿recuerdas?

—Vete a echar un vistazo.

—¡Ni hablar!

—Creo que me voy a tomar unas vacaciones.

—¿Con todo el trabajo que tienes?

—¿Y tú cómo sabes cuánto trabajo tengo?

—Me lo ha dicho tu abuela.

—¿Habláis mucho de mí? —preguntó con desconfianza.

—Ahora mucho menos, te lo aseguro. Kirk, quiero dormir.

—Nena, lo que oíste fue lo que pensaba cuando te conocí.

A Ninette le dio un vuelco el corazón. —¿Y ahora no piensas lo mismo?

Él suspiró. —Me hubiera gustado que habláramos de esto en persona, pero no. No pienso lo mismo.

Sonrió sin poder evitarlo. —¿Y qué piensas ahora?

—Eso sí que te lo diré en persona.

—Venga ya.

Kirk se echó a reír. —Joder, nena. Como me gustaría estar ahí contigo. —Se quedó tan sorprendida que no sabía qué decir y Kirk carraspeó. —Es obvio que tú no quieres que esté ahí, pero me da igual.

—No es eso. Es que...

—No crees en mí.

—Han pasado tantas cosas... Hace dos días no quería volver a verte.

—¿Y ahora?

—Ahora quiero verte un poco más.

Kirk suspiró del alivio. —Algo es algo. ¿Recuerdas lo que te dije aquella mañana, preciosa? Cuando te dije que esa noche...

—Que si decía que sí, sería tuya con todas las consecuencias.

—Pues ahora voy a conseguir que me digas que sí. —Ninette se sentó en la cama con el corazón a mil. —Serás mía, nena. Buenas noches. Que sueñes conmigo —dijo antes de colgar.

¿Y ahora le colgaba? ¿Era una broma? Miró el teléfono ansiosa y volvió a llamar. Le escuchó reír al descolgar. —¿No querías dormir?

—¿No tiene gracia! —Apretó los labios poniéndose nerviosa. —¿Qué quieres decir con eso?

—¿Tú qué crees?

—¿No te estarás riendo de mí?

Él suspiró. —¿De verdad piensas que soy tan cabrón?

—Es que ya no sé qué pensar.

—Te quiero en mi cama, Ninette. A mi lado y me da igual todo. —Se le cortó el aliento al escuchar como su voz se agravaba de deseo. —Quiero besar todo tu cuerpo y hacerte el amor una y otra vez. Te deseo tanto que no hago más que pensar en ti. ¿Te vale con eso?

—Sí —susurró sin aliento sintiendo como sus pechos se endurecían de deseo.

—Joder nena... Si ahora estuvieras aquí sí que no pegabas ojo.

Totalmente excitada susurró —¿Qué llevas puesto?

Él se echó a reír a carcajadas y Ninette no pudo evitar sonreír. —Aún estoy en la oficina.

—Mierda.

—Ninette, eso no me va. Me gusta más en directo.

—¿Me esperarás? —preguntó sin poder evitarlo. El silencio al otro lado le hizo decir rápidamente —No contestes. No quiero saberlo.

—¿De verdad crees que me acostaría con otra después de lo que te acabo de decir? —preguntó mosqueado—. ¿Esperabas que te dijera que sí? ¿No estarás pensando en quedar con ese idiota en Madrid?

Soltó una risita sintiéndose de lo más aliviada. —¿Hablas de Bobby? Pues sí que voy a quedar con él.

—¿No me digas? —siseó furioso antes de colgar.

Miró la pantalla y se dio cuenta de que sí que le había colgado. —Menudo carácter. Pues ahora no te llamo. —Se acostó después de dejar el móvil en la mesilla y abrazó la almohada. —Colgarme después de lo que hizo... Tendrá mala leche.

Se volvió intentando ponerse cómoda. Cuando le sonó un mensaje, se sentó como un resorte, apartando el cabello para coger el móvil a toda prisa: “*¡Ni se te ocurra!*”

Sonrió sin poder evitarlo. Cuando llegó el siguiente, lo abrió de inmediato para leer: “*Que duermas bien, preciosa.*”

Sonrió de oreja a oreja tumbándose de nuevo. ¿Debía contestar? Mejor no, que no quería que pensara que era una pesada.

Diez minutos después suspiró poniéndose boca arriba porque ahora no se podía dormir. Entonces escuchó un ruido en la habitación de Ronelle y se sentó de golpe asustada. Parecía un quejido. Saltó de la cama y abrió la puerta a toda prisa para ver a Spencer en pelotas sobre Ronelle en una imagen

que no se le olvidaría jamás. Chilló sobresaltándoles antes de cerrar la puerta de golpe llevándose las manos a los ojos.

—Borrar. Borrar. Es una pesadilla. Es una pesadilla. ¡Esto no está pasando! ¡Hasta los viejos tienen más sexo que tú!

La puerta se abrió de repente haciéndola chillar de nuevo para ver a Ronelle atándose la bata de seda beige. —Niña, ¿estás bien?

—¿Que si estoy bien? ¡Y yo pensando que te daba un infarto!

Sonrió maliciosa. —Casi.

—¡Mierda! Cuando decías lo de una cana al aire no me imaginaba esto.

—¿Y qué te imaginabas?

—¡Ahora sí que necesito ir al psiquiatra!

—Serás exagerada. Hala, vete a la cama y olvídale todo.

—¡Cómo si fuera tan fácil! Borrar, borrar.

Ronelle soltó una risita. —Que duermas bien.

Asombrada vio que se iba como si nada. Kirk ahora sí que la mataba. Regresó a la cama y se sentó en ella mirando el móvil. —Ojos que no ven, corazón que no siente. Esto no se lo cuento. Total, no se va a enterar.

Sin pegar ojo entre lo que había visto, lo que Kirk le había dicho y el jet lag, tuvo que soportar a aquellos dos empalagosos durante el resto del día. Menos mal que disfrutaba de todo lo que tenía a su alrededor y las visitas guiadas eran de lo más interesantes. Durante la cena, viendo la complicidad que compartían, deseó que Kirk estuviera allí para disfrutar de aquel viaje juntos. Estaba deseando verle y todavía no había empezado el viaje. Iban a ser tres meses muy largos.

Esa noche estaba saliendo de la ducha cuando le sonó el móvil. Corrió hasta la mesilla y sonrió emocionada al ver que era él.

—Hola...

—Hola, preciosa. ¿Cómo va todo? ¿Ese gigoló ya ha dejado a mi abuela?

Gimió sentándose en la cama. —Creo que esto va a durar un tiempo.

—Mierda. ¿Tan bien se llevan?

—Mucho. Se llevan muy bien.

—¡No me digas que ya se han besado! —Reprimió la risa y él dijo mosqueado —¿Qué me ocultas? No será una broma que me has gastado.

—No. ¿Por qué no le preguntas a tu abuela?

—¿Estás loca? ¡Cómo voy a hablar con ella de su novio, o rollo o lo que sea!

—¿Amante? —Escuchó que algo se caía estrellándose e hizo una mueca preguntando —¿No te habrás desmayado?

—¡Nena, no tiene ninguna gracia!

—Cariño, ¿por qué no te coges un vuelo y me das una sorpresa? Nos quedaremos en Londres una semana todavía.

—¡Tú lo que quieres es sexo!

—Pues mira, ya que lo dices... ¡Porque hasta los de ochenta lo hacen más que nosotros!

—Preciosa ahora no puedo. La semana que viene tengo que presentar un proyecto para el ayuntamiento.

Suspiró pasándose la mano por el cabello. —No importa, pero...

—No lo estás pasando bien.

—Sí, esto es precioso. Hay mil cosas que ver, pero hacerlo sola... No me hagas caso. Pensarás que soy idiota. Encima que vengo a Europa trabajando, tienes que escuchar mis tonterías.

—A mí también me gustaría estar ahí. ¡Y ese... gigoló no debería pegarse a mi abuela como una lapa! —dijo furioso haciéndola sonreír—. Hablaré con ella.

—¡No! Son sus vacaciones y lo está pasando bien. No es justo que le digas nada.

—Cielo, le va a dar algo.

—Pues al menos será feliz.

Él gruñó al otro lado de la línea. —No debe haber mejor manera de morir.

—¿Sabes? Mañana vamos al palacio de la Reina. ¿Tú ya has estado allí?

—Sí, un par de veces.

—Pues cuéntame lo que voy a ver.

Se pasaron hablando un rato y Ninette sintió que se conocían de toda la vida. Al escuchar un ruido al otro lado de la puerta, reprimiendo la risa ella

le susurró —Ya ha llegado.

—Llama a los bomberos. ¡Qué desalojen el hotel!

Se echó a reír a carcajadas y se tumbó en la cama mirando el techo.

—Me encantaría ver tu cara si estuvieras aquí.

—Si estuviera ahí ni te habrías enterado de cuando llegaban, te lo aseguro. Pero si nos enteráramos, sería más rápido que tú en llamar a los bomberos, eso no lo dudes.

Ninette sonrió. —Hoy te he enviado algo.

—¿De veras?

—Es una tontería. Pero es para que veas que me acuerdo de ti.

—Una postal.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó indignada.

Él se echó a reír. —Se ha chivado la abuela.

—Mira cómo se chiva de lo que le interesa.

Escuchó un grito al otro lado y Kirk preguntó —¿Qué ha sido eso?

Se puso como un tomate. —Es que son algo intensos.

—¡La madre que le parió! ¡Detenle que me la mata!

—Yo no entro ahí ni por todo el oro del mundo. Bastante tengo con oírlos —dijo en voz baja para que ellos no la oyeran.

—Ya sé lo que vamos a hacer.

—¿De veras?

—Di que tienes apendicitis y subiros al primer avión de vuelta. El seguro de viaje lo paga todo. Tengo un amigo que hace que te opera para el parte.

—¡Sí, como que si tuviera apendicitis me iba a subir a un avión! ¡Kirk no digas tonterías!

—¡Mira, no me cuentes más que me pongo de los nervios!

—Muy bien. No te cuento más. ¿Qué llevas puesto?

Al escucharle reír sonrió. —Que descanses, nena.

—No trabajes mucho.

Capítulo 11

Mes y medio después

Mirando como cargaban las maletas y todas las cosas que Ronelle se había comprado en cada una de sus escalas, estaba intentando recuperarse del viaje a Madrid, en el que había vomitado dos veces mientras todo el grupo se reía de ella. Con el estómago del revés, se pasó la mano por su vientre deseando que ese viaje acabara cuanto antes. Ya no lo soportaba más. Estaba claro que lo de viajar no era lo suyo. Y sobre todo durante tanto tiempo. Estaba harta de dormir en hoteles, de estar sola casi todo el día y de querer ver a Kirk de una maldita vez.

Cuando todo estuvo listo, se volvió poniéndose la correa del bolso en el hombro siguiendo a las maletas y cuando la policía de aduanas la detuvo no se lo podía creer. Aunque no le extrañaba con todo el equipaje que llevaban. La hicieron abrir cuatro maletas y la dejaron en paz porque vieron que no llevaba nada después de hacerse entender sobre que todas no eran suyas sino de la mujer a la que acompañaba. Al ver las bragas de Ronelle la dejaron pasar.

Tuvo que empujar uno de los carritos porque no sabía dónde estaba el mozo que lo llevaba y cuando salió al exterior vio a su grupo. Se acercó a toda prisa y Ronelle sonrió. —¿Te han detenido?

—Me hubiera ayudado mucho que te hubieras quedado conmigo para dar explicaciones de todo el equipaje que llevamos.

—¿Estás gruñona? No me extraña con todo lo que has vomitado. En cuanto lleguemos al hotel puedes descansar. Nos acaban de decir que esta tarde la tenemos libre.

—Gracias a Dios.

—Puedes ir al Spa —dijo Spencer haciendo que Ronelle asintiera.

Ese tipo cada vez le caía peor. Y no solo porque acaparara a Ronelle, sino porque a veces la miraba de una manera que la ponía de los nervios y

porque se hacía el tonto cada vez que había que pagar algo. Empezaba a pensar que Kirk tenía toda la razón. Forzó una sonrisa. —Sí, puede que lo haga.

Se subió al autobús y se dejó caer en su asiento. Sacó el móvil y gimió al ver un mensaje de Bobby preguntándole si ya había llegado y cuánto tiempo se iba a quedar en Madrid. Lo que menos deseaba en ese momento era quedar con él y más después de empezar con Kirk. Pero se sintió obligada a contestarle que se quedaría una semana y que estaba hospedada en el Ritz. Era de madrugada en Nueva York, así que metió el móvil en el bolso de nuevo. Entonces vio que la cremallera interior del bolso estaba abierta y apretó los labios al ver que le faltaban trescientos euros que había sacado del cajero en Berlín antes de coger el vuelo. Levantó la vista y Spencer que la estaba observando, apartó la mirada rápidamente antes de decirle algo a Ronelle que ella no llegó a oír. Había dejado el bolso en el asiento del avión cuando salió corriendo para vomitar las dos veces y Ronelle no se lo había cogido porque nunca pagaba nada. Dejaba que ella se encargara de eso como de las propinas. Mierda.

Menos mal que tenía en el monedero cincuenta euros todavía. Pero al ritmo que Ronelle gastaba el dinero, tenía que ir a sacar más. Todo ese gasto desmedido también era algo que no soportaba. ¿Para qué quería seis vestidos de cóctel cuando tenía las maletas llenas de ropa que todavía no se había puesto? Era algo que no comprendía. Miró de reojo a Ronelle. Estaba tan feliz que le daba pena explotar su burbuja. Entendía lo que le ocurría a Kirk con su abuela, pero ya empezaba a salirse de madre todo aquello.

Cuando llegaron al hotel les indicó a los mozos cuáles eran sus maletas y cuando se dio la vuelta, bufó al ver que Ronelle ya no estaba. Subió a la suite que les habían dado y allí estaba hablando con Spencer en el salón. Hablaban en susurros y parecían muy serios, cuando alguien carraspeó tras ella y gritó de la sorpresa al ver a Kirk. Él se echó a reír cuando se le tiró al cuello y empezó a besarle toda la cara hasta llegar a sus labios, pero él perdió la sonrisa y la cogió por la cintura apartándola lentamente mientras su rostro se iba endureciendo a medida que miraba a Spencer.

—Espera nena, que tengo que hablar con la abuela.

—Cariño...

Pero no le hizo ni caso entrando en la habitación y alargando la mano.
—Kirk Thatcher.

—Spencer Rigberg.

Ronelle sonrió al ver como se apretaban la mano. —Hijo, qué sorpresa. Menuda alegría que estés aquí. ¿Te quedarás mucho?

La besó en la mejilla mientras Ninette se cruzaba de brazos mosqueada. —Un par de días nada más. Lo que me deja el trabajo.

—Los aprovecharemos.

—Bueno, yo os dejo solos —dijo Spencer—. Me ha alegrado conocerte. Tu abuela me ha hablado mucho de ti.

—Seguro que tendremos oportunidad de hablar y de conocernos mejor —dijo mostrando que el tipo no le gustaba un pelo.

—Sí, seguro que sí.

Le guiñó uno ojo antes de salir de la habitación. Kirk miró a su abuela cruzándose de brazos. —Un amigo —dijo la abuela con chulería.

—¿No me digas?

Ninette harta porque aquello era lo que le faltaba dijo con ironía —Yo también os dejo solos para que habléis todo lo que queráis. —Entró en la primera habitación que pilló y dio un portazo.

Furiosa tiró el bolso sobre la cama y se quitó el jersey rosa que llevaba. Él entró en la habitación e hizo una mueca. —Perdona preciosa, pero...

—¡Mes y medio! —gritó tirándole el jersey a la cara—. ¡Y cuando llegas ni me das un beso! —Fue hasta el baño y cerró la puerta con llave.

Decidió darle una lección y se duchó tranquilamente intentando calmarse. Se estaba secando con la toalla, cuando se dijo a sí misma que para dos días que iba a estar allí no iban a discutir. Rodeó su cuerpo con la toalla y salió para verle sentado en la cama inclinado hacia delante con los codos apoyados en las rodillas mientras miraba un móvil. ¡Pues no parecía muy arrepentido!

—¿Kirk?

—¿Qué es esto, Ninette? —Volvió el móvil y ella se acercó frunciendo el ceño dándose cuenta de que era el suyo.

—¿Me estás espiando?

—¡Espiendo! ¡Te ha llegado un mensaje y la pantalla se iluminó mostrando que era de ese Bobby! ¡Y quiere quedar contigo el sábado! ¡Ya tiene el billete!

—¿Ah, sí? —Intentó mirar la pantalla, pero él tiró el teléfono sobre la cama.

—Joder, esto sí que no me lo esperaba.

—¿Lo dices como si te hubiera puesto los cuernos!

—¿Y no ibas a hacerlo?

—¿Qué cuernos ni cuernos cuando ni siquiera eres mi novio! —le gritó a la cara.

—¿Que no somos...? —Juró por lo bajo cogiéndola por la cintura para sentarla en sus rodillas antes de bajar su toalla acariciando su pecho. Ninette se estremeció con fuerza mirando sus ojos y él se acercó lentamente. —¿No somos novios, nena? —susurró antes de besar su labio inferior. Pasó la lengua por su labio de tal manera que Ninette pensó que se moría de necesidad. Kirk llevó su otra mano a la nuca tirando de su cabello hacia atrás —. Dime, nena. ¿Somos o no somos novios? Si no lo somos, ¿puedo acostarme con otras?

—¡No!

Él sonrió antes de reclamar sus labios de manera tan exigente que Ninette gimió en su boca pegándose a su torso. Kirk se volvió tumbándola sobre la cama y apartó la toalla tirándola al suelo mientras sus labios bajaban por su cuello, subiendo de nuevo hasta el lóbulo de su oreja y mordisqueándose suavemente sin dejar de acariciar sus pechos de una manera que la volvía loca. Lamió y besó su cuello descendiendo hasta el monte de su pecho y su lengua rodeó su pezón antes de metérselo en la boca torturándolo. Ninette totalmente ida de placer, enterró sus dedos en su cabello tirando de él hacia arriba para reclamar sus labios y Kirk acarició su muslo. Toda su piel se erizó de deseo y cada caricia la sentía como una tortura, más aún cuando él sin apartar los labios se separó de ella desabrochándose los pantalones a toda prisa. Ninette separó su boca cuando sintió que la acariciaba con su sexo y gimió arqueando su cuello hacia atrás cuando entró en ella lentamente. Kirk empujó con fuerza llenándola por completo y gritó de placer cerrando los ojos. —Eres perfecta. —Muerta de necesidad abrazó su cuello y él empezó a mover las caderas con contundencia antes de cogerla por la cintura, colocándola sobre su cuerpo y amasando sus pechos. Ella llevó sus manos hacia allí. Mirándose a los ojos entrelazaron sus dedos y Ninette se levantó ligeramente dejándose caer. Kirk juró por lo bajo cerrando los ojos como si el placer fuera insoportable, lo que provocó que ella aumentara su

deseo repitiendo el movimiento una y otra vez, hasta que Kirk levantó las caderas hacia arriba con fuerza provocando que todo estallara a su alrededor. Agotada cayó sobre él y Kirk la abrazó susurrando en su oído lo maravillosa que era. Ninette sonreía como una tonta porque jamás en la vida se podía imaginar que el sexo con él sería así.

—Cásate conmigo, preciosa.

Asombrada levantó la cara. —¿Qué has dicho?

Apartó su cabello con suavidad sonriendo. —¿Quieres casarte conmigo?

Se sentó sobre él apoyándose en su pecho. —Kirk, ¿estás loco?

—Estaría loco si no me casara contigo. —Se sentó cogiéndola por la cintura y la besó en los labios. —Esta es la consecuencia, ¿recuerdas? —Ella asintió aún impactada. —La primera de muchas. —Acarició su espalda hasta llegar a su nuca estremeciéndola.

—¿Me quieres?

—¿Crees que si no te quisiera te pediría matrimonio?

—Pero dijiste...

—Eso está olvidado. Sino no te pediría matrimonio, cielo. ¿Eres capaz de olvidarlo tú? ¿De olvidar el daño que te he hecho?

Abrazó su cuello sonriendo y mirándole enamorada. —Lo he olvidado.

—¿Y me quieres? —preguntó inseguro.

—Sí —respondió emocionada mientras sus ojos verdes se llenaban de lágrimas.

—Entonces nos casaremos cuanto antes.

Le miró sorprendida. —¿Cuanto antes?

—Tengo un amigo aquí en la embajada. Seguro que nos lo arregla.

—Pero Kirk... No tengo familia, pero mis amigos...

Él sonrió besando suavemente sus labios. —Lo celebraremos en Nueva York. Una gran fiesta.

—Casi no nos conocemos.

La miró sorprendido. —Hemos hablado durante horas, cielo. Me conoces muy bien. ¿De qué tienes miedo?

—No lo sé. Todo es tan rápido...

—¿No te hace feliz? —preguntó inseguro—. ¿No quieres estar

conmigo?

—Claro que sí. Lo deseo más que nada.

—Pues es lo que te ofrezco. Di que sí.

Sonrió emocionada sin poder evitarlo. —Sí, seré tu esposa.

Kirk la tumbó sobre la cama y ella jadeó cuando sintió como crecía de nuevo en su interior. —Vamos a celebrarlo —dijo él mirándola intensamente como si la deseara más que a nada en la vida y en ese momento se sintió amada de verdad.

Un par de horas después llamaron a la puerta. Ninette le agarró por el cuello reteniéndole. —Como te muevas, te mato. Yo he tenido que aguantar sus orgasmos mes y medio.

Kirk disimuló la risa besándola en los labios. —Igual es importante.

Se levantó y miró a su alrededor cogiendo la toalla del suelo para ponérsela por las caderas antes de ir a abrir. Ninette se cubrió con las sábanas apoyándose en el codo sin poder creerse aún la noche que habían pasado. Se lo comió con los ojos mientras abría la puerta. Chasqueó la lengua al ver a Ronelle, pero se sentó en la cama al darse cuenta de que estaba llorando. —¿Qué pasa?

Kirk encendió la luz y se volvió muy tenso. —Cielo, vístete. Spencer ha muerto.

Se quedó de piedra y miró a Ronelle que se echó a llorar con fuerza. Se levantó yendo hacia su armario y cogió unos vaqueros poniéndoselos a toda prisa mientras que Kirk intentaba consolar a su abuela. Cuando se vistió con un jersey rojo, calzándose unas zapatillas de deporte, se acercó a ella y Kirk dijo muy serio —Dale un calmante y esperadme en su habitación. Voy a vestirme.

—No sé lo que ha pasado —dijo Ronelle mientras sujetándola por la cintura la llevaba a la habitación de enfrente—. Estábamos hablando tan normal y se desplomó ante mis ojos.

—¿Estás segura de que no se ha desmayado?

—No tenía pulso. Llamé al médico del hotel y ha dicho que estaba muerto.

La sentó sobre la cama y Ninette miró las maletas sin abrir. —¿No te

has tomado las pastillas de la noche?

Ronelle se encogió de hombros y Ninette rápidamente se acercó al maletín donde guardaban las medicinas, sacando un par de calmantes y su medicación. —Tómame esto.

—¿Quién llamará a su familia? —preguntó con voz temblorosa.

—No te preocupes por eso. Se encargarán los de la agencia. —Le acercó las pastillas y un vaso de agua. La observó mientras se las tomaba, asegurándose de que lo hacía y le quitó el vaso de entre las manos. —Ahora vas a descansar, que nosotros nos ocupamos de todo.

Empezó a quitarle la chaqueta y Ronelle se dejó hacer mientras susurraba —Ha muerto solo.

—Tú estabas con él. Y no sufrió. —Le acarició el cabello antes de abrazarla. —Sé que es un golpe duro porque le querías, pero...

—¿Qué iba a quererle, niña? Era un sinvergüenza que solo me divertía.

Asombrada la miró a los ojos. —¿Perdón?

—Me hacía la tonta, pero como mi marido no ha habido otro. Spencer se esforzaba, pero no le llegaba ni a la suela de los zapatos. —Levantó la barbilla. —Pero eso no significa que no le apreciara.

—No, claro que no. —Reprimió una sonrisa apartando la mirada. —Así que sabías que era un sinvergüenza.

—¿Crees que no sé que me sisaba el dinero? Pero quería divertirme por si estiraba la pata y quien ha estirado la pata ha sido él. —Entrecerró los ojos. —Igual eso de la Viagra no es muy sano. Y en estos días se tomó mucha. Sino no cumplía.

—No le des más vueltas —dijo intentando que se le olvidara—. Ya era mayor.

—Sí, pero es una pena porque aún estaba de buen ver. ¡Y me ha fastidiado las vacaciones! Mira que morirse. Ya podía haber esperado un par de meses.

—Un desconsiderado, sí señor.

—Niña, hablo en serio.

—Ya lo veo. Ahora a dormir. —Intentó retener la risa, pero no pudo y Ronelle la miró asombrada. —¿De qué te ríes?

—Es que es irónico. Nosotros preocupados por si te pasaba algo y

quien la ha espichado ha sido Spencer. Y Kirk histérico por si te daba por casarte con él. —Se echó a reír a carcajadas y Ronelle no pudo evitar sonreír.

Kirk entró en la habitación y las miró asombrado. —¿De qué os reís?

—Oh, de nada. —Ronelle alargó el brazo y su nieto se acercó de inmediato cogiéndosela. —Tu novia, que tiene un sentido del humor muy extraño.

—Pues tu novio me robaba la pasta, guapa —dijo ella antes de echarse a reír de nuevo porque todo aquello era surrealista.

Kirk la miró asombrado. —¿Te robaba?

—Bueno, en realidad te robaba a ti. Al fin y al cabo, era tu dinero. ¡Y ella lo sabía!

Ronelle se sonrojó. —Está claro que no vuelvo a echar una cana al aire. No compensa. En la cama tampoco era para tanto. Como tu abuelo... —Suspiró como si estuviera recordando.

—Mejor te acuestas —dijo Kirk preocupado.

—¿Sabes que no me acosté con tu abuelo hasta la noche de bodas? Pobrecito. Y yo qué estúpida. Tantos años perdidos —dijo sumida en sus pensamientos—. Y yo estropeando vuestro reencuentro cuando la niña llegó a casa. Si no me hubiera metido, os habríais acostado primero y no os hubierais enfadado tanto. Se llevó un disgusto enorme esa noche.

Kirk y Ninette se miraron preocupados y su nieto dijo rápidamente — No tienes que preocuparte por eso. Lo hemos arreglado.

—Sí, Ronelle. Casi mejor así. Ya lo hemos aclarado todo.

—Me alegro. Prometo no meterme de nuevo y dejaros a vuestro aire.

—Pues nos vamos a casar —dijo Kirk sonriendo.

La abuela le miró a los ojos radiante de felicidad. —¿De verdad? ¡Una boda! —Juntó las manos emocionada. —¡Una boda por todo lo alto! Ya verás cuando se lo diga a mis amigas. Decían que no te vería casado.

Kirk carraspeó. —Abuela, nos casaremos en la embajada antes de regresar.

Ronelle le miró horrorizada. —¿De eso nada! ¡Quiero una boda por todo lo alto!

—¿Y lo de no meterse? —preguntó irónica.

—¡Después de la boda no me meto más! —Sonrió ilusionada. —Oh, tengo que llamar al Plaza para reservar la fecha. Todo con lirios blancos y

rosas de rosa pálido. —Ninette miró a Kirk diciéndole con la mirada que le dijera algo, pero él negó imperceptiblemente. —Y lámparas de cristal con candelabros en las mesas.... ¡Y la niña de encaje! Como Grace Kelly. ¡Quedará igualita!

—Abuela... —Kirk carraspeó. —Acuéstate.

—Y tú de smoking. Te queda muy bien el smoking. Hay que poner un anuncio en el Times.

Miró asombrada a Kirk. ¿Anuncio en el Times?

—¡Y la lista de invitados! Tenemos que empezar cuanto antes por si se nos olvida alguien. Y...

—¡Abuela, a la cama! —dijo Kirk cogiéndola en brazos para rodear la cama y tumbarla mientras Ninette apartaba las sábanas. La arropó advirtiéndola con la mirada—. Deja de pensar en la boda y duerme un poco.

—Con todo lo que hay que hacer...

Kirk apagó la luz y cogió a Ninette de la mano que todavía estaba en shock con la boda que quería organizar la abuela. —Mejor te dejamos solos que sino no duermes.

En cuanto salieron de la habitación ella siseó —¡Detén esto! ¡Yo quería una boda, pero no esa boda!

—Nos casaremos cuanto antes, ¿de acuerdo? Déjame a mí.

Entrecerró los ojos. —¿Seguro?

—Seguro.

Ella sonrió y se pegó a él. —Yo solo quiero que mi boda sea de verdad. Que mirándonos a los ojos, digamos lo que sentimos sin toda esa parafernalia. Quiero una boda de verdad, donde nuestros amigos de verdad se alegren por nosotros. ¿Lo entiendes?

Kirk sonrió. —Pues eso tendrás cuando lleguemos a Nueva York, pero de momento nos casamos en la embajada.

—¿Y por qué no quieres esperar un par de meses? No lo entiendo.

Él acarició su trasero pegándola a él. —Porque quiero que seas mi esposa cuanto antes.

Eso la mosqueó y se apartó para mirarle a los ojos. —No quieres una boda porque te avergüenzas de mí, ¿verdad?

—Joder, Ninette. ¡No digas eso! ¡Tú tampoco quieres esa boda!

—¡No, es que entre la boda de Grace Kelly y la de la embajada,

quiero la mía! ¡No entiendo por qué tanta prisa!

—¡Porque quiero que le quede claro a ese Bobby que ya tienes marido! —le gritó a la cara asombrándola. Kirk carraspeó—. ¿Te ha quedado claro a ti? —Ninette asintió intentando retener la risa mordiéndose el labio inferior. —¡Entonces nos casamos mañana! —Ella asintió de nuevo viéndole ir hacia la puerta. —¡Perfecto!

—Kirk... —Él se volvió a regañadientes. —Te quiero.

La miró a los ojos antes de cerrar la puerta de nuevo y regresó hasta ella cogiéndola por la cintura. —Así que me quieres.

—Me he enamorado de ti. —Acarició su cuello mostrándole con los ojos cuanto le quería. A Kirk se le cortó el aliento. —¿Y tú me quieres?

—Nunca he querido algo más en la vida.

Sonrió radiante. —¿Me harás feliz?

—Te juro que lo intentaré con todas mis fuerzas, preciosa.

—Y yo también lo intentaré.

La besó suavemente en los labios. —No hace falta que lo intentes, ya lo haces solo con estar a mi lado.

Capítulo 12

Kirk no perdió el tiempo porque al día siguiente quedó con su amigo en la embajada de los Estados Unidos en Madrid para su matrimonio. Vestida con el vestido beige de estilo años veinte de Ronelle y después de que la atendiera la peluquera del hotel en un servicio especial debido a la hora, estaba lista a las diez de la mañana con unas hondas al agua que eran perfectas para su vestido. Kirk entró en la habitación con un traje azul oscuro con una corbata roja y se detuvo en seco al verla. —Estás tan hermosa que quitas el aliento.

—¿No es demasiado?

Ronelle entró tras él con un vestido de seda fucsia y sonrió. —Ese vestido es perfecto para vuestra boda, cielo.

Kirk se acercó y la cogió de las manos girándola. Ninette se echó a reír. —¿Nos sacaremos una foto? Quiero que nos la pasen a blanco y negro como la de Ronelle y tu abuelo.

—Tendremos fotógrafo. E incluso banquete. —La besó suavemente en los labios y ella sonriendo le pasó el pulgar por el labio. —¿Lista para ser la señora Thatcher?

—Lista.

Miraron a la abuela que se cruzó de brazos. —No creáis que se me ha olvidado que esto se repetirá en Nueva York.

—Sabemos que no te has olvidado. Es imposible porque nos lo recuerdas cada diez minutos más o menos. —Kirk la miró. —¿Crees que tendrás frío?

—Si hace un tiempo estupendo.

Emocionada salió de la habitación y soltó una risita al ver a una doncella en el hall que le ofreció un ramo de novia de rosas blancas. Miró a Kirk a los ojos. —Te has acordado.

—Toda novia debe tener su ramo.

Mientras todos los que estaban en el hall les observaban, salieron al

exterior donde un coche negro les estaba esperando. No tardaron mucho en llegar y Ninette disimuló su decepción al ver el frío edificio de cemento y cristal en el que se iba a casar. Fueron hasta una especie de garita al lado de un coche de policía y Kirk dijo su nombre y a quien iban a visitar. Avergonzada porque había una larga cola en la puerta, miró hacia atrás sin escucharle y un montón de estudiantes les observaban sin ningún disimulo. Mostraron sus pasaportes y les dejaron pasar hasta unos arcos donde les registraron, dándoles un identificador que tenían que colgarse al cuello. No debía haber nada menos romántico antes de decir sí quiero. Hasta revisaron el ramo de rosas. Kirk forzó una sonrisa cogiendo su mano y subieron unos escalones mientras cuatro militares les observaban. Uno de ellos les indicó por donde tenían que ir y Ronelle dijo entre dientes —Vaya que si la repetimos en Nueva York.

—Abuela...

Ronelle se mordió la lengua y entraron en un ascensor. Ninette apretó la mano de Kirk forzando una sonrisa. —¿Al fotógrafo le dejarían pasar la cámara? Porque te han quitado el móvil.

—Seguro que sí. Es de la embajada.

—Ah. —Sonrió radiante. —Pues dile que haga muchas. No quiero perderme nada de este momento.

—¿Seguro? —Fulminaron a Ronelle con la mirada, que gruñó de nuevo mordiéndose la lengua.

Al salir del ascensor, allí estaba un hombre de unos cincuenta años que les esperaba con una sonrisa en la cara. —Señor Thatcher es un placer volver a verle.

—¿Pero no erais amigos?

—Conocidos —dijo Kirk dándole la mano con una sonrisa—. Llámame Kirk, por favor.

El hombre miró a la novia algo sorprendido. —Y usted debe ser la novia. Preciosa.

—Gracias. Me llamo Ninette.

—Robert Gilford. Pasad por aquí. Ya está todo preparado.

—¿Serás tú el padrino, Robert? —preguntó ella por hablar de algo.

—Es una boda civil. Se necesitan dos testigos y seré uno de ellos.

—Pero será cura —dijo la abuela muy seria.

—Abuela es un matrimonio civil.

—Un funcionario facultado para estos actos —les informó Robert.

Ninette simuló una sonrisa para tranquilizar a Kirk que estaba algo tenso. —Vamos, cariño. Estoy deseando ser tu esposa.

Cuando entraron en un frío despacho casi se le cae el alma a los pies, pero lo disimuló colocándose al lado de su futuro marido. Un hombre con una cámara, que no era profesional, les sacó unas fotos y antes de darse cuenta y de haber dicho sí, ya estaban firmando unos papeles después de un beso rápido que a ella no le supo a nada. Confundida se enderezó con el bolígrafo en la mano. —¿Ya está?

—Ya son marido y mujer. Exactamente igual que si lo hubieran hecho en los Estados Unidos.

Kirk le tendió la mano al funcionario que ni les había dicho el nombre. —Gracias por su ayuda

—Felicidades.

Robert le dio unos papeles a Kirk con los pasaportes y antes de darse cuenta ya estaban en el ascensor de nuevo. ¡Había tardado más tiempo en pintarse los labios que en la boda! Sonrió a Kirk algo incómoda y él suspiró cogiéndola por la cintura. —Ya eres mi esposa. ¿Cómo te sientes?

—¡Si ni siquiera tiene anillos! —dijo la abuela asombrada—. ¡Esto no ha sido una boda!

—Joder, nena... No pensé que sería así. —La pegó a él. —Te prometo que lo repetiremos.

Sonrió encantada. —Perfecto. Y mientras tanto puedo presumir de marido.

La besó en los labios lentamente y Ronelle sonrió. —Eso sí que ha sido un beso de boda.

—Vale más tarde que nunca —dijo ella mientras Kirk la besaba en la sien.

La comida fue maravillosa porque Kirk reservó en el hotel un salón pequeño y muy romántico y lo que les sirvieron se notaba que era especial donde no faltó detalle. Incluso les sacaron una tartita de bodas de dos pisos que tenían dos novios en la parte de arriba. Emocionada los cogió de

recuerdo, fascinada porque eran de porcelana. —Mira, son como nosotros. — Se echaron a reír porque era verdad. Ella rubia y él moreno.

—No hemos hablado sobre lo que vais a hacer ahora —dijo Kirk haciendo una seña para que les sirvieran champán—. ¿Vais a continuar el viaje?

Ellas se miraron. —Debes decidirlo tú. Eres una recién casada.

—No, debes decidirlo tú que éste es tu viaje.

Ronelle hizo una mueca. —¿Tú qué opinas, hijo?

—Bueno, teniendo en cuenta lo que ha ocurrido, creo que deberíais seguir el viaje para quitar el mal sabor de boca que te ha dejado lo que ha pasado con Spencer.

—Ya no será tan divertido.

—Vaya, gracias —dijo Ninette antes de beber de su copa disimulando estar molesta porque Kirk no la animaba a volver a casa con él.

—Ya entiendes lo que quiero decir. Además, querrás regresar a casa con tu marido.

—Habíamos quedado en una cosa y le propuse matrimonio a Ninette sabiendo que tardaría aún en regresar a casa.

—¿Seguro que no os importa?

—Claro que no. Tenemos muchos años para disfrutar de nuestro matrimonio.

Ninette no se lo podía creer. Parecía que quería que se quedara. ¡Y ella le había dicho mil veces por teléfono que quería regresar a casa! Claro, que aquello ya estaba pagado y no era plan de renunciar a la mitad del viaje. Disimuló lo que sentía asintiendo. —Kirk tiene razón. Terminaremos el viaje y lo pasaremos bien. Pero nada de juntarte a otro octogenario, que me cabreo.

Ronelle se echó a reír a carcajadas. —Qué bien has elegido, Kirk. No podías tener una esposa que me gustara más.

Kirk cogió su mano y asintió. —Es que los Thatcher tenemos muy buen gusto.

—Zalamero —Le dio un beso en los labios.

Al final la abuela decidió unirse a la excursión de la tarde al Escorial para dejar a los recién casados solos. Después de hacer el amor estaban acariciándose cuando él dijo —Preciosa, estás bien, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—Pues al final no visitaste al terapeuta sobre lo que te ocurrió y me preguntaba si aún tienes pesadillas.

Levantó la cabeza para mirarle. —Estoy bien. Fue un mal trago, pero lo he superado.

—¿Del todo? La abuela dijo que te daba miedo salir de casa de noche.

Se sentó confundida. —Kirk, ¿a qué viene eso?

—Es que no quiero que ese episodio te marque para siempre. Me gustaría que fueras feliz y si tienes miedo a algo, debemos solucionarlo. Me han hablado de un especialista que hay aquí que puede verte si lo necesitas.

—No necesito nada. Estoy bien. Y soy muy feliz. —Él asintió, pero por como la miraba no se había tragado una palabra. —¡Y quiero olvidarlo!

—Está bien. Lo que tú digas.

—¿Te parece que tengo pesadillas?

—No te he dejado dormir mucho.

Sonrió maliciosa. —Es que dormir es una pérdida de tiempo. —Se tumbó sobre él. —No quiero que te vayas mañana.

—Tengo mucho trabajo. —Apartó una de sus ondas de su mejilla. — Pero enseguida estarás en casa y empezaremos nuestra vida juntos.

Sonrió mirando sus ojos azules. —Lo estoy deseando.

—Tendrás mucho que estudiar cuando vuelvas. ¿Me harás caso?

—Tanto que dirás que soy una pesada. No hemos hablado de mil cosas.

—¿Como de qué?

—De mi trabajo...

—Tu trabajo es cuidar de mi abuela. Y lo haces muy bien.

—Tampoco hemos hablado de tener hijos.

—¿Hijos? —La miró asombrado. —¡Acabas de empezar la carrera, Ninette!

—¿Pero quieres tenerlos?

—Bueno, sí. Supongo que en un futuro...

—Como no te pones preservativo... —La miró como si le hubieran salido cuernos y ella temiéndose lo peor se sentó mirándole bien. —¿Kirk?

—¡Nena, pensaba que tomabas la píldora! ¡No me dijiste nada!

—¿Me has visto tomar alguna pastilla desde que has llegado? ¿Por

qué me cargas a mí con toda la responsabilidad?

—¡No me dijiste nada!

Dejó caer los hombros decepcionada. —Así que no quieres niños. Entendido. Pues vete a comprar condones, guapo. Porque si no...

—¿Y no se te ocurrió preguntármelo primero?

—¡Pues sí, pero entre el muerto y la boda se me fue de la mente!

—¡Se te fue de la mente! ¡Pues como tengamos un hijo no se te va a ir de la mente jamás! Jamás, ¿entiendes? ¡Será un recuerdo para toda la vida!

Ninette disimuló una sonrisa al ver que estaba de los nervios. —No va a pasar nada.

—Tú querías esto, ¿verdad? ¡Lo has hecho a propósito!

Esa acusación la dejó de piedra. —Kirk, ¿pero qué dices?

—¿Buscabas esto? ¿Por eso no me dijiste nada?

Dolida le miró como si no le conociera. —No confías en mí —susurró aún recuperándose del golpe.

Kirk palideció. —Nena, no digas eso.

—¿Por qué te has casado conmigo?

Él se sentó cogiéndola por la cintura, pero Ninette se apartó saltando de la cama. —¡No me toques y contesta a la puta pregunta! —gritó furiosa—. ¿Por qué te has casado conmigo?

—Porque quiero estar contigo.

—Dios mío —dijo llevándose la mano al pecho intentando controlar su corazón que se estaba retorciendo de dolor—. Tú no me quieres.

—¿A qué viene esto? ¿Porque no quiero tener hijos, ahora resulta que no te quiero?

—¡No! ¡No me quieres porque eso es lo que se dice cuando te preguntan por qué te has casado conmigo! ¡Y ahora me doy cuenta de que en realidad no me lo has dicho nunca! —Sus ojos se llenaron de lágrimas. — ¿Por qué te has casado conmigo?

Kirk se levantó y la cogió por los brazos. —Nena, tranquilízate. Te quiero.

—¿De verdad?

—Me he puesto nervioso, pero se me ha pasado. Ya me conoces, nena. Me gusta tenerlo todo controlado. Y confío en ti. Confío muchísimo en ti. De otra manera no me hubiera casado contigo. Te lo juro.

—Tienes razón. ¿Por qué ibas a querer casarte conmigo si no me quisieras?

Él asintió aliviado. —¿Ves? Nena, no hay otra razón. Estoy loco por ti y por eso me he casado contigo. —La besó suavemente en los labios. —¿Ya? ¿Ha pasado la crisis?

—En cuanto me hagas el amor y me hagas olvidarme de todo.

La cogió en brazos. —Eso está hecho.

—No tenemos condones.

—Te juro que en este momento me daría igual que tuviéramos trillizos con tal de que me perdones.

Sonrió al ver lo nervioso que estaba. —Así que te daría igual.

Se tumbó entre sus piernas y a ella se le cortó el aliento al sentir su sexo rozándola. —Si ocurre, intenta hacer lo que puedas para que sea niña, ¿quieres? Los hombres lo complicamos todo.

—Creo que eso es cosa tuya. Pero tranquilo, en cuanto regrese a Nueva York iré a pedir la píldora.

Él sonrió. —Señora Thatcher eres perfecta.

Capítulo 13

Al día siguiente se puso la bata mientras él tiraba de la maleta hacia el hall. Kirk se la dio al botones y se volvió hacia ella que sonrió con tristeza abrazándole por la cintura.

—Te voy a echar de menos.

Él acarició su espalda y la besó en la sien. —Te llamaré en cuanto llegue.

—Sí, hazlo.

Ronelle entró en el salón atándose la bata y abrió los brazos haciendo que Kirk se acercara a ella y la abrazara. —Cuídate mucho, abuela. —La besó en la mejilla y Ninette sonrió. —Tienes que ayudar a mi mujer a organizar la boda.

—Lo haré. Queda Ronelle para rato. Eso dice mi cardiólogo.

Kirk sonrió acercándose a Ninette y la cogió por las mejillas para darle un suave beso en los labios. —Te quiero. No lo olvides, ¿vale?

Sus preciosos ojos verdes se llenaron de lágrimas. —Yo también te quiero.

Él la besó de nuevo y fue hasta la puerta mientras ellas le seguían. —Que tengas buen viaje —dijeron las dos a la vez mientras iba hacia el ascensor.

—Os llamaré.

Le observaron ir hacia el ascensor y él les guiñó el ojo mientras se cerraban las puertas. Ronelle suspiró. —Bueno, ¿qué habéis decidido respecto al bebé?

La miró sorprendida. —¡Serás cotilla!

—¡Quiero tener biznietos! ¡Y verlos!

Entraron y Ninette cerró la puerta. —Si ocurre, ocurre, pero en cuanto llegue a Nueva York habrá píldora porque quiere esperar.

—¿Y tú?

—Yo ni lo había pensado hasta que ayer se me ocurrió abrir la boca,

la verdad.

—Querías tener muchos hijos.

—Eso se acabó. ¿Cómo le voy a decir que quiero tener siete, cuando con la mera posibilidad de tener uno se pone de los nervios? Ya lo negociaremos más adelante.

—Bueno, de momento existe una posibilidad. O diez después de estos dos días. —Entrecerró los ojos. —Y es joven y fuerte. Puede que haya suerte.

Puso los ojos en blanco yendo hacia la habitación. —Voy a ducharme.

—Eso, que hoy toca el museo del Prado y el Thyssen. Va a ser un día estupendo.

Mirando el Partenón suspiró porque ese sería su último día en Atenas. Al día siguiente regresaban a casa.

—¿Ya quieres volver?

Se giró hacia una de sus compañeras de viaje. Emma era una mujer muy agradable que acababa de cumplir las bodas de oro con su esposo y lo celebraban de esa manera invitados por sus hijos. Sonrió con pena. —Lo estoy deseando.

Emma se echó a reír asintiendo mirando el Partenón. —Sí, yo también quiero volver. No se lo digas a mi marido, pero estoy deseando ver a mis nietos. Y tú estarás deseando ver a tu recién estrenado esposo. —La miró sorprendida y Emma se echó a reír. —Oh, es cierto que no nos habéis dicho nada...

—No quería que alguien se sintiera ofendido por no haberos invitado. Queríamos que fuera algo íntimo.

—Oh, lo entendemos. Al fin y al cabo, es algo para compartir con los más allegados. —Suspiró del alivio. —Pero Henry lee las noticias por internet. Le gusta estar al día, ya sabes. Tranquila, no se lo hemos contado a nadie.

—¿Las noticias? —preguntó sin entender nada—. Pensaba que te lo había dicho Ronelle.

—¡No! Salíais en el Times. Yo misma vi la noticia cuando Henry me avisó. La foto era preciosa. Tú estabas preciosa.

Sin salir de su asombro asintió con una sonrisa. —Gracias. ¿Recuerda

lo que ponía la noticia?

—Oh, anunciaba vuestra boda y todo lo relacionado con cómo os conocisteis y esas cosas. Es increíble que hayáis superado algo así y que os enamorarais. Eso me hizo pensar que de algo malo siempre sale algo bueno. Como la muerte de Spencer, porque ese don Juan hubiera desplumado a Ronelle tarde o temprano. —Le guiñó un ojo y se volvió para gritar — ¡Henry! Baja de esa piedra que te vas a caer.

—¡Si lleva aquí siglos, mujer!

—¡Qué bajas te digo! ¡No quiero llevarte a casa en una caja de pino!
—gritó desgañitada.

Se acercó a Ronelle que hablaba con un grupo y forzando una sonrisa la cogió por el brazo. —¿Puedo hablar contigo un momento?

En cuanto se alejaron susurró —¿Tú sabías que nuestra boda ha salido en el Times?

—¿De qué estás hablando?

—Emma vio la noticia de nuestra boda en el Times. ¡Con foto y todo!

Ronelle entrecerró los ojos. —Pues entonces ha tenido que anunciarla Kirk. Las fotos las tenía él.

Dio un paso atrás sin entender. —¿Por qué haría algo así?

—No lo sé. Pero puedes preguntárselo mañana.

—No entiendo nada. ¿En el Times? ¿Y por qué no me han llamado mis amigos para contármelo?

—No lo sé, cielo. Supongo que pensarían que lo sabías. —Se echó a reír. —Estabas allí.

—No tiene gracia.

En cuanto llegó al hotel ni se molestó en hacer las maletas. Buscó la sala de internet y puso sus nombres en el buscador. La noticia más reciente era la noticia en el Times y en cuanto la leyó se quedó lívida. Sin poder creérselo apoyó la espalda en el respaldo de la silla viendo la foto de ellos el día de su boda. Ella miraba a la cámara mientras que él la miraba sujetándola por la cintura como un novio enamorado. Sus labios temblaron mientras sus ojos se llenaban de lágrimas leyendo el último párrafo del reportaje.

“Kirk Thatcher fue acusado del secuestro y agresión a su ahora mujer. Fue exculpado de todos los cargos, demostrándose que él no había tenido nada que ver. Pero si había alguna duda de su inocencia, ahora ha

quedado despejada con este matrimonio, acallando a todos aquellos que pudieran creer que él había participado de alguna manera. Felicidades a los novios.”

Una lágrima cayó por su mejilla y en ese momento le sonó el móvil. Lo sacó del bolsillo trasero del pantalón y apretó los labios al ver la foto de Kirk que le había sacado en la cama mientras estaba dormido. Otra lágrima rodó por su mejilla cayendo sobre su imagen. Descolgó el teléfono y se lo puso al oído tomando aire. Forzando una sonrisa contestó —Hola, cielo.

—¿Qué tal? ¿Ya has preparado las maletas? Lisbeth está deseando veros. Os va a preparar un banquete para cuando volváis.

—Estoy en ello. —La imagen de la boda en la pantalla hizo que su estómago diera un vuelco de dolor. —¿Cómo han quedado las fotos, cielo? ¿Las has revelado?

—Claro que sí. Y como tú querías nuestra foto está al lado de la de la abuela en la chimenea. —Se echó a reír. —¿No te lo había dicho?

—No.

—Estás preciosa. La miro a menudo.

En ese momento la recorrió una rabia que casi estrella el teléfono contra la pared. Agitada salió de la sala de los ordenadores. —¿Y la del Times, la miras mucho? ¿Quién escribió el artículo? ¿Otro de tus amigos?

—¡Joder! Ninette, no es lo que crees.

—Solo dime una cosa. Lo preparaste tú, ¿verdad? Tú les diste la foto y el reportaje para limpiar tu imagen.

—Nena...

—¡Contesta la pregunta! —gritó histérica haciendo que todo el hall la mirara.

—Sí. Yo les di las fotos.

Ninette sintió que el mundo se derrumbaba a sus pies y sin darse cuenta ni que lloraba se detuvo en seco dejando caer el teléfono al suelo. Ahora lo entendía todo. Empezó a mostrar interés en ella después de que la atacaran porque antes no era digna de estar a su lado. Antes era una camarera que no estaba a la altura mientras que después era la única opción para limpiar su imagen. Y Ronelle le había ayudado. Primero yendo al hospital y después ofreciéndole trabajo. Si hasta había insistido de nuevo después de que se hubiera enterado de que no estaría con ella ni muerto. Pero claro, ese no era el plan y tenían que convencerla para que volviera. Y ella había caído

como una idiota porque se había enamorado de él desde que le había visto en aquella estúpida entrevista. ¡Si le había pedido matrimonio después de acostarse con ella por primera vez! Y casi le había rogado que le dijera que la quería. Por eso no quería hijos. Porque pensaba despacharla en cuanto pasara la tormenta. Y por eso había insistido en la boda mientras estaban de vacaciones. Para que ella no se enterara del reportaje en el Times. Así cuando llegara, seguiría tan ciega como al principio y pensaría que todo iba bien.

Dándole vueltas a todo lo que había ocurrido ni se dio cuenta de que salía del hotel caminando sin rumbo. Se sentó en un banco y se pasó las manos por la cara ignorando a los que la miraban. Escuchó que alguien reía y miró hacia atrás, sorprendiéndose al ver a un grupo de jóvenes que la observaban con una sonrisa maliciosa en la cara. Asustada se levantó dándose cuenta de que era de noche y el pánico la invadió. Angustiada no tenía dinero ni el móvil ni sabía dónde estaba, así que empezó a acelerar el paso intentando encontrar el hotel. Dobló una esquina y gritó al chocarse con un hombre. Caminando hacia atrás intentando apartarse, se chocó con otra persona y al volverse gritó de nuevo al ver a uno de los chicos del parque que iba a decirle algo. Ninette echó a correr asustada cuando vio un coche de la policía. Levantó los brazos corriendo por la carretera cuando escuchó un pitido. Sintió que la cogían y gritó histérica viéndose rodeada de gente. Intentó escapar, pero un hombre le gritó a la cara sujetándola por los brazos y todo empezó a darle vueltas. Las caras se mezclaban a su alrededor gritándole, antes de caer redonda sobre la acera.

Volvió en sí sobresaltada y vio a un policía arrodillado a su lado, aún rodeada de gente que hablaba a gritos. Una chica morena que parecía una hippy de los sesenta se abrió paso a empujones acercándose y dijo —¿Habla inglés? Tiene pinta de inglesa.

—Soy americana.

La mujer dijo algo y todos a su alrededor asintieron. El policía habló con ella y la mujer le dijo —Ahora viene la ambulancia.

—No, estoy bien. —Se sentó mientras el policía decía algo y la mujer le respondió en su idioma cogiéndola del brazo. —Gracias.

—¿Seguro que estás bien?

La miró aún confundida. —No sé lo que ha pasado. Me he

desmayado.

—Al parecer estabas muy alterada y corriste como una loca. Casi te atropellan y te desmayaste. Igual no es mala idea que vayas al hospital.

Avergonzada negó con la cabeza. —Tengo que volver a mi hotel.

—¿Quieres que te acompañe? —Le dijo algo al policía que asintió, aunque no estaba muy convencido. —Vamos que éste igual te lleva al trullo por estar indocumentada y montar un escándalo.

Asustada la siguió y cuando doblaron la esquina, la chica la miró de reojo. —¿Dónde te hospedas?

—En el King George.

La chica silbó. —De lujo. —La miró de arriba abajo. —Tienes pasta si puedes permitirte alojarte allí. —Sus ojos se llenaron de lágrimas y la chica suspiró deteniéndose. —Soy Lama. ¿Y tú cómo te llamas?

—Ninette.

—Pues bienvenida a Atenas.

—No, si me voy mañana.

Lama entrecerró los ojos. —¿Sabes qué? Nos vamos de juerga.

—Tengo que volver.

—Creo que tú lo que necesitas es desahogarte y yo escucho muy bien. Además, así practico el inglés que luego se me olvida.

—Pero si lo hablas muy bien.

—Nos ha fastidiado. Si soy americana.

Sin poder evitarlo sonrió. —¿De veras?

—Mi madre es griega, pero mi padre era americano. —La cogió por la muñeca. —Vamos, que te voy a llevar a un sitio que vas a flipar. En cuanto te tomes dos Metaxás te quedas como nueva. Te lo digo yo.

La llevó a tres calles de allí y se sentaron en una especie de taberna con música griega que estaba muy animada. Le gritó algo al camarero y le sirvieron un líquido que parecía brandy con dos copitas de cristal.

Lama sirvió ella misma y levantó el vaso. —I-amas. —Como no se movía levantó más el brazo. —Estamos brindando.

—Ah. —Levantó su vasito y lo chocó con el suyo. —I-amas. —Lo bebió de golpe y Lama sonrió al ver su cara de sorpresa. —Está bueno. ¿Lo he dicho bien?

—Perfecto. Ahora cuéntame por qué tienes esa cara.

Ella miró su vaso. —Por nada.

—No me digas por nada cuando te acabo de recoger en la calle. Venga suéltalo, que no tenemos toda la noche para llorar.

La miró sorprendida. —¿Por qué te interesa?

—Uy, uy. A ti te han hecho mucho daño. —Sonrió con tristeza y le cogió la mano por encima de la mesa abriéndosela. Chasqueó la lengua mientras seguía una de las líneas de su mano. —Te has sentido muy sola, ¿verdad?

Apartó la mano sorprendida. —¿Lees las manos?

—Es que mi abuela era gitana. —La miró a los ojos. —Y tú tienes mucha felicidad por delante.

—¿Pero?

—Pero... —Cogió su mano. —Tienes que superar un obstáculo.

—¿Qué obstáculo?

—Mira guapa, leo las manos, pero esa línea no especifica. Obstáculo y vas que chutas.

Ninette no pudo evitar sonreír. —¿Y qué más dice?

Lama le leyó la palma y se estuvieron riendo un rato sobre sus predicciones. —Sí, tú ríete, pero cuando tengas tres pelirrojas, me llamas y me lo cuentas. Si me encuentras, porque nunca me quedo mucho en ningún sitio.

—Si vas a Nueva York tienes que visitarme.

—Eso está hecho. —La miró a los ojos. —¿Pero dónde te visito?

Eso le hizo perder la sonrisa. —Eso no lo sé.

Lama levantó la botella. —Pues vamos a por la segunda. Aún no me has contado nada.

Se pasaron horas hablando y antes de darse cuenta se lo había contado todo. Lama la miró a los ojos mordiéndose el labio inferior. —Ahí está tu obstáculo.

—Ni quise quedar con Bobby por no hacerle daño. —Se echó a reír sin ganas sirviéndose ella misma. —Hay que ser gilipollas. Encima el pobre ya estaba en Madrid cuando le llamé. Le di un disgusto.

Lama apretó los labios viendo que estaba a punto de echarse a llorar de nuevo. —¿Sabes? Mi madre que es mil veces más sabia que yo, me ha dicho siempre que cuando se quiere algo hay que luchar por ello. Con dos

cojones.

Ninette parpadeó mirando su puño ante su rostro. Carraspeó cogiéndole el puño y apartándolo de la cara. —Muy gráfica. Pero me ha traicionado. No quería casarse. Todo lo ha hecho para limpiar su imagen.

—Pero ahora tendrá que cargar contigo. —Sonrió maliciosa. —Al menos durante un tiempo. Ahí puedes torturarle todo lo que te dé la gana hasta que te dé el pasaporte.

Apoyó la espalda en el respaldo de la silla mirándola fijamente. —Es cierto.

—Y a la bruja manipuladora de la abuela. Que se jodan.

—¿Y tú qué harías? Se te ve una mujer con imaginación.

—Me pillaba un pedo en esa boda tan fina que quieren montar. Le ponía los cuernos ante sus narices y que se entere todo el mundo. Eso sí, pero antes le echo un polvo que lo deje tieso de la impresión para que después llorara por las esquinas por lo que ha perdido. Me volvería loca con la tarjeta de crédito antes del divorcio y para rematarle, le monto un pollo en su empresa, diciéndole que es un cerdo que abandona a sus hijos.

—¿Qué hijos? ¿Qué dices? —Lama levantó una de sus cejas negras. —No das ni una. No estoy embarazada. —Levantó la otra ceja. —¿Qué no! —Lama chasqueó la lengua antes de beber su vaso de golpe y confundida hizo cuentas. Abrió los ojos como platos y cogió la botella para beber un buen trago.

—Hala, es el último. Olvídate ya hasta dentro de un año.

—¿Y cómo me voy a coger un pedo en la boda? —gritó histérica.

—Pues haz otra cosa. ¿Tengo que dártelo todo hecho?

—¡Dios, esto era lo que me faltaba! ¡Casada con un hombre que no me quiere, sin trabajo y embarazada!

—Sí, no pinta muy bien. Pero claro, es el obstáculo. En cuanto lo superes...

—¡Esto no es un obstáculo, es el Vesubio!

—Mira, como yo lo veo, lo peor que te puede pasar es tener una pensión de por vida, terminar la carrera y ser psicóloga con un churumbel precioso. Eso sí, sin el amor de tu vida. Pero como diría mi abuela no se puede tener todo.

—¿Y tu madre? ¿Qué diría tu madre?

—Ya te lo he dicho. Hay que luchar por lo que se quiere. Tienes que ser como Rocky, a ti la vida te da golpes, pero te levantas y te levantas hasta que ganas. Y el premio es ese tipo a quien quieres tanto.

—¿Y tú qué dices?

—Que tortures a ese cerdo hasta que se retuerza suplicándote perdón.

—Pues menudas tres opciones. O lo dejo o me arrastro o le torturo.

—¿Y por qué te decantas?

Entrecerró los ojos queriendo sangre. —Por la tortura.

—Bien dicho.

Capítulo 15

Ronelle la miró de reojo mientras salían de la recogida de equipajes. Ella se hizo la loca y cuando vieron a Kirk, se acercó a él caminando sobre sus tacones mostrando su vestido de gasa verde agua. Él forzó una sonrisa. — Estás preciosa, nena. — Intentó besarla, pero ella apartó la cara para que lo hiciera en la mejilla. Kirk apretó los labios dirigiéndose a su abuela. — ¿Qué tal el viaje?

— Tu mujer no ha dejado de vomitar. Como siempre. Creo que no va a volver a montarse en un avión en la vida.

— ¿Nos vamos? Estoy agotada. Al contrario que otras, yo no he pegado ojo — dijo molesta por sentir algo por aquel aprovechado.

— Sí, claro. El coche está fuera. — Intentó cogerla por la cintura, pero ella se apartó haciendo que Kirk apretara los puños siguiéndola.

— Está cabreadísima — susurró su abuela.

— Eso ya lo veo.

— ¿Qué has hecho?

— Hablamos luego.

Ronelle le cogió del brazo. — Lo hiciste tú, ¿verdad? Lo del periódico. Pues quiero que sepas que ayer estuve de los nervios porque se largó del hotel. No contestaba al teléfono. Llegó dos horas antes de subirse al avión y borracha. — Kirk se tensó con fuerza. — Y se notaba que había estado llorando. Estaba a punto de llamar a la policía y cuando le pedí explicaciones, me habló con desprecio diciéndome que no hacía falta que fingiera más que lo importaba. Estoy convencida de que cree que yo lo sabía todo.

Kirk miró hacia su mujer que salía en ese momento del aeropuerto. — Hablaré con ella. Lo entenderá.

— Le has roto el corazón. ¡Otra vez, Kirk! Todo el mundo tiene un límite.

— Lo arreglaré. Vamos, que debe estar agotada. Seguro que en cuanto descansa será más receptiva.

Le miró incrédula y él se tensó. —Por favor, ¿quieres ir hacia el coche de una vez?

Ronelle bufó dejando que la cogiera del brazo y la llevó hasta la salida. Ninette ya estaba subida al coche, demostrándole que le importaba un pito si metían todo el equipaje en el otro coche o no. Ronelle se sentó a su lado con ayuda del chófer mientras Kirk se encargaba del equipaje.

—¿Te sientes mejor?

Ninette giró la cabeza para mirarla fríamente. —Claro que sí. Solo tengo que liquidar un tema y todo volverá a la normalidad.

Preocupada la cogió por el brazo. —No hagas algo de lo que puedas arrepentirte. Le quieres.

Apartó el brazo de golpe. —Métete en tus asuntos por una maldita vez.

Ronelle se mordió el labio inferior viendo como su nieto se sentaba tras el volante. —Abuela, delante estarías más cómoda.

—Aquí estoy bien.

—Me siento un chófer —dijo intentando relajar el ambiente. Al ver que ninguna contestaba, arrancó el coche mirándolas por el espejo retrovisor. Nadie abrió la boca en todo el camino y para Ninette fue un alivio llegar a la casa.

Se bajó del coche sin esperar a nadie y subió los escalones llamando a la puerta. Lisbeth le abrió con una sonrisa en la cara. —Bienvenida, señora Thatcher.

—No me llames así —dijo fríamente pasando ante ella y subiendo las escaleras. Entró en su habitación y cerró las puertas con llave. Necesitaba descansar un poco para estar en igualdad de condiciones. Eso si podía, porque ver a Kirk la había alterado demasiado. Quería gritarle que le había hecho daño. Quería decirle que era un mentiroso y un traidor. Quería decirle mil cosas, pero no se sentía capaz en ese momento. Reprimiendo las lágrimas se metió desnuda en la cama y se cubrió con las mantas queriendo olvidarlo todo. Se pasó las manos por las mejillas y escuchó como Ronelle entraba en la habitación hablando con Lisbeth.

Alguien llamó a su puerta y se le cortó el aliento. —Ninette, ¿no quieres comer algo? Seguro que te sentará bien —dijo Lisbeth.

—¡Solo quiero descansar! ¿Podéis dejarme en paz?

—Sí, claro —dijo Lisbeth preocupada.

Se sintió mal por hablarle así a Lisbeth que no tenía ninguna culpa, pero tenía los nervios a flor de piel y ya no podía más. Se volvió dando la espalda a la puerta y cerró los ojos con fuerza recordando las palabras de Lama cuando se despidieron en la entrada del hotel.

—No le digas nada del bebé de momento. A ver cómo reacciona. —
Sonrió con pena. —Y no te rindas. Saca ese carácter que mostraste para defender tu vida.

—Lo intentaré. —Se dieron un abrazo. —Gracias. No sabes cómo necesitaba una amiga en este momento.

Lama rio por lo bajo. —Sí que lo sabía. Que tengas buen viaje.

—Si vas a Nueva York, ya sabes lo que tienes que hacer. Jimmy me dará tu recado.

—Tengo la dirección. No te preocupes. Nos volveremos a ver. Te deseo suerte. —Se volvió para irse, pero de pronto se giró mirándola a los ojos. —Serás feliz. Lo sé. Solo tienes que seguir tu corazón.

Apretó la almohada entre sus dedos sin saber lo que quería su corazón, porque desde que había visto esas palabras en el periódico éste había dejado de latir.

Le acariciaron la mejilla y se despertó sobresaltada para ver a Kirk vestido únicamente con el pantalón del pijama, sentado a su lado tranquilamente, apoyado en el cabecero de la cama. Hizo una mueca al ver que la había asustado. —Buenos días. Has dormido catorce horas.

—¿Cómo has entrado? —preguntó furiosa apartando las sábanas.

—Forzando tu puerta del baño. Ni te has enterado de lo cansada que estabas. —Apretó los labios al ver que se cubría con las sábanas para que no viera su desnudez y tiraba de ellas saliendo de la cama. —Nena...

—Quiero el divorcio.

Kirk palideció. —Sé que estás enfadada, pero vamos a hablar de esto tranquilamente.

—¿Pusiste el anuncio en el periódico para limpiar tu imagen? —Le miró a los ojos. —¿Lo hiciste?

—Sí.

Esa palabra era lo único que necesitaba para acabar con esa farsa. —

Pues entonces no tenemos nada más que hablar.

—¡No lo entiendes, Ninette! ¡Toda esa historia casi hunde mi negocio! ¡Varios proyectos en los que había invertido mucho dinero, estaban paralizados porque mis inversores temían apoyarme! ¡Necesitaba ese reportaje!

—¡Lo hiciste a mis espaldas! —gritó desgarrada—. ¡Te casaste conmigo por la maldita empresa cuando antes no lo hubieras hecho ni loco!

—Eso no es cierto. Me hubiera casado contigo igualmente.

—¡Eres un mentiroso de mierda! ¡Lo oí yo misma! ¡Y tu abuela te ha apoyado desde el principio!

Kirk se levantó. —¡Mi abuela no sabía nada! ¡Vio una atracción entre nosotros y me apoyó para conseguir lo que quería! ¡No es justo que la trates así!

Le miró incrédula. —Putos manipuladores. ¡No querías nada conmigo desde el principio y cuando te salpicó la mierda, decidiste que yo era la mejor solución para tus problemas! ¡Por eso insististe en casarnos durante las vacaciones! —Kirk perdió todo el color de la cara. —¡Bobby te importaba muy poco, porque sabías que yo estaba loca por ti! Lo único que querías era que no me enterara de nada. ¡Por eso había un fotógrafo en la boda! —gritó perdiendo los nervios sin darse cuenta de que lloraba—. ¡Cuando tu supuesto amigo en la embajada te llamaba por el apellido, debí darme cuenta de que me habías mentido! ¡No fue una boda espontánea! Lo tenías preparado desde hacía semanas, ¿no es cierto?

—Nena, no entiendes —dijo dando un paso hacia ella.

—¡Ni se te ocurra tocarme!

—¿Sabes por qué fui a la cafetería aquel día? —Kirk se acercó y la cogió por los brazos atrayéndola a él. —¿Sabes por qué lo hice? —le gritó a la cara—. ¡Porque deseaba verte otra vez! ¡Por eso llevaba tu curriculum en la cartera y no lo tiré con los demás, Ninette! ¡Y fui a verte al hospital porque me moría de preocupación y allí me detuvieron pensando que quería atacarte de nuevo! Si no me importaras, si me hubieras dado igual, no me habría acercado a ese hospital ni muerto porque entonces sí que me salpicaría el asunto. ¡Si me hubiera alejado, nadie hubiera podido acusarme de nada!

Ninette ya no se creía nada y dijo fríamente —Suéltame.

—¡Me gustaste desde el principio y sí! No quería nada contigo porque no te conocía y me fie de las apariencias. Pero te juro nena que no podía

olvidarme de ti y por eso necesitaba verte. Como tuve que ir a verte a tu casa después de que salieras del hospital. —Le rogó con la mirada. —Joder, Ninette... Sé que he cometido muchos errores, pero te juro que mi interés por ti ha sido sincero desde el principio. Te quiero.

Se apartó mirándole incrédula sin creerse una palabra. —No tienes vergüenza.

—¡Di lo que quieras, pero vas a seguir casada conmigo! —le gritó a la cara—. ¡Cómo si tengo que pleitear contigo en un contencioso que durará años!

Sonrió maliciosa. —Tranquilo, seguro que llegaremos a un acuerdo que te satisfaga.

—¡No va a haber acuerdo! ¡No te vas a divorciar!

—Eso ya lo veremos. A ver cómo llevas que me acueste con otros y quedar en ridículo ante todo Nueva York.

Kirk palideció dando un paso atrás. —Preciosa, ¿qué dices?

Vio su dolor en sus ojos azules y Ninette estuvo a punto de desdecirse, pero algo en su interior se lo impidió. —Ya he empezado. Ayer mismo. Estaba dolida. Los griegos son sementales de primera, ¿no lo sabías? —Levantó la barbilla orgullosa. —¿Ahora quieres el divorcio?

Él apretó los puños muy tenso. —Di lo que quieras. ¡Cuando me dijiste que sí, era con todas las consecuencias! ¡Eres mi mujer!

—¡No, ya no! ¡Perdiste a tu mujer al organizar esa boda de mierda y publicarla en el periódico! ¡Pienso hacer con mi vida lo que me dé la gana! Ahora si me disculpas, tengo que ir a la universidad.

—Ni hablar. ¡No saldrás de esta casa hasta que tengas claro que eres mi mujer y recuperes la cordura!

—¡Qué te den!

Entró en el baño y dejó caer la sábana sabiendo que la miraba. Se metió en la ducha y abrió el agua sin importarle que estuviera fría. Así se espabilaba. Kirk frunció el ceño. —Nena, ¿has tenido la regla?

Aclarándose el pelo le miró. —No creas que vas a atarme con un embarazo. ¡Deberías ser coherente con lo que quieres por una vez en la vida!

—Pero estoy respetando tus deseos, nena. —Se bajó los pantalones mirándola fríamente y Ninette se tensó al ver que estaba excitado. —Voy a darte lo que querías.

—¡Ni se te ocurra! Te juro que si lo quieres arreglar no vas por buen camino.

Se metió en la ducha y Ninette intentó salir, pero él la cogió por la cintura pegándola a la pared y besándola en el cuello. Le agarró por el cabello tirando de él con saña, pero Kirk levantó la cara atrapando sus labios mientras sus manos bajaban hasta su trasero. Cerró los ojos intentando evadirse de lo que sentía, pero era imposible porque sus caricias la estaban volviendo loca. Kirk se apartó sorprendido al escucharla gimotear y al ver sus ojos llenos de lágrimas, juró por lo bajo soltándola. Ninette le empujó por el pecho y salió de la ducha corriendo desesperada por huir de allí. Se puso el vestido del día anterior casi sin secarse y cogió su bolso saliendo de la habitación con los zapatos en la mano. Salió de la casa corriendo y pidió un taxi. Pero no podía presentarse en ese estado ante Jimmy y los demás. No quería preocuparles más de lo que ya lo había hecho. Tampoco quería ir a su casa porque Rita la interrogaría, así que no tenía a donde ir.

Estuvo deambulando por la ciudad todo el día. Pero al llegar la noche no sabía qué hacer. La mirada de dolor de Kirk cuando le había dicho que era infiel y cuando la soltó en la ducha asustado, le decía que le importaban sus sentimientos y los remordimientos la estaban volviendo loca. Durante esas horas se preguntó mil veces si estaba haciendo lo correcto. ¿Y si era cierto que se sentía atraído por ella y que necesitaba verla aquel día en la cafetería? ¿Y si estaba tirando su matrimonio a la basura porque él había querido proteger su empresa?

Caminando por los alrededores de Central Park, miró distraída un quiosco y vio la portada de una revista. El divorcio más caro del mundo. Se detuvo en seco para ver que un millonario se había divorciado de su tercera esposa y había tenido que pagarle mil millones de dólares porque su acuerdo de separación de bienes tenía un defecto de forma.

Ninette palideció mirando la foto de su boda. Ella no había firmado nada. Ningún acuerdo de separación de bienes. Si Kirk lo había planeado todo, debería haber pensado en eso, ¿no? Si quería proteger la empresa... Pero no lo había hecho. Como si estuviera seguro de que su matrimonio iba a funcionar. Mirando la foto sonrió sin poder evitarlo antes de correr hacia su casa.

Subió los tres escalones y pulsó el timbre. Cuando le abrió la puerta Irwin le miró sorprendida. —¿Qué haces aquí?

—Tu marido ha llamado a todo el mundo buscándote. —Puso los ojos en blanco haciéndose a un lado.

Cuando entró en el hall vio que el salón estaba lleno de gente y que Kirk estaba sentado en el sofá con los codos apoyados en las rodillas, pasándose las manos por su cabello negro como si estuviera desesperado. Se le retorció el corazón viendo su dolor y sus amigos salieron del salón en silencio. Mirándole solo a él, caminó hasta ponerse a su lado y se arrodilló en el suelo. Sorprendido la miró apartando las manos y suspiró de alivio porque estaba bien. Se miraron a los ojos y una lágrima cayó por su mejilla viendo lo que deseaba tocarla, pero no se atrevía.

—Nena, no llores por favor.

—¿Me quieres?

—Te quiero más que a nada. Sé que he hecho cosas mal, pero te juro que intentaré compensarte, cielo. No me dejes.

—¿Me perdonas?

La miró sorprendido. —¿Por qué?

—Por hacerte daño a propósito y mentirte.

—Yo también te he ocultado cosas.

—Pero no me has mentido, ¿no es cierto? Sí que me querías.

Él apretó los labios emocionado. —Sí, nena. Te quiero. Me enamoré de ti cuando me sonreíste en la entrevista y ya no te pude sacar de mi pensamiento.

Una lágrima rodó por su mejilla y le abrazó por el cuello. —Lo siento. Me volví loca al ver la foto y...

—Yo también lo siento. Tenía que haberte dicho los problemas que estaba teniendo. Lo hubieras entendido. —Se apartó para mirarle la cara. —¿Estás bien?

—Me quieres. Es lo único que necesito para estar bien.

—Y yo solo necesito estar a tu lado, preciosa. No vuelvas a hacerme esto. Pensaba que no te iba a ver nunca más.

—No he estado con otro.

Él sonrió. —Dolió un poco, pero después de pensarlo sabía que no lo habías hecho, porque si de algo no he dudado nunca es de que me quieres con locura.

—¿De verdad? —preguntó sorprendida.

—De verdad. Tú no te casarías conmigo si no me amaras.

—Eso es cierto.

Kirk besó suavemente sus labios y suspiró pegando su frente a la suya, cerrando los ojos disfrutando de su contacto. —No me dejes, nena. No me dejes nunca.

—Estoy aquí.

La abrazó con fuerza sentándola sobre sus rodillas y Ninette decidió que lo del bebé se lo diría más adelante. Ya habían tenido demasiados sobresaltos en poco tiempo. Él se apartó y besó tiernamente sus labios. —Preciosa, no quiero ser poco romántico y esas cosas...

—Hazme el amor. Te he echado de menos.

Él gruñó capturando su boca y se entrelazaron devorándose el uno al otro. Kirk la cogió en brazos levantándose y la miró a los ojos mientras subía las escaleras. —¿Me deseas? —preguntó plena de felicidad.

—Enseguida te lo demuestro.

Ninette rio cuando la metió en la habitación de él cerrando con el pie y la llevó hasta la cama tumbándola suavemente antes de ordenarle —Quítate el vestido.

—Mmm. ¿Te pones mandón? Me gusta.

—Te gusta todo de mí —dijo sacándose la camisa por la cabeza sin desabrocharla. Llevó las manos a su cinturón, pero se detuvo en seco al ver como Ninette daba un golpe seco con el pie, tirando su zapato al otro lado de la habitación, antes de hacer lo mismo con el otro. Levantó las caderas subiéndose la falda y mostrando que no llevaba ropa interior. —Eso sí que no me lo esperaba, preciosa —dijo con la voz ronca mirando su sexo. Ninette se quitó el vestido del todo—. Me gusta que no lleves ropa interior.

—Lo sé. —Tiró el vestido a un lado y alargó la mano cogiendo su cinturón para tirar de él acercándole. Acarició su sexo endurecido por encima del pantalón y a Kirk se le cortó el aliento cuando abrió el cinturón lentamente mirándole a los ojos. Bajó sus pantalones y la ropa interior mostrando su erección. Sonrió al ver como se tensaba y sacó la lengua lentamente pasándola por la punta. Su marido se estremeció con fuerza y se agachó cogiéndola por la nuca para devorar su boca, tumbándose sobre ella. Ninette gritó en su boca cuando entró en su cuerpo de un solo empujón y clavó las uñas en sus hombros cerrando los ojos de placer. Kirk cogió sus manos y se las colocó sobre la cabeza. —Mírame, preciosa... Quiero ver

cómo te corres. —Mareada de placer abrió los ojos y él se movió con fuerza en su interior. Cada empujón era más fuerte que el anterior y su vientre se tensó con fuerza aprisionándole para que no la abandonara, provocando que su éxtasis fuera mucho más intenso. Ninette sintió que había rozado el cielo.

—Te amo más que a nada. Nunca lo dudes, mi amor —susurró contra su cuello antes de besar el lóbulo de su oreja.

—¿Por encima de todo?

—Por encima de todo.

—¿Aunque quiera un montón de hijos?

Él se apartó mirándola con sorpresa. —¿Cuántos?

—Empecemos con uno y después ya veremos. Tampoco quiero asustarte.

Sonrió. —¿Tres?

—¿Siete?

Kirk dejó caer la mandíbula. —¿Siete? ¡Tendríamos que mudarnos! ¡Tres!

Pensó rápidamente en lo que le había dicho Lama —Cuatro embarazos y a ver que sale.

—¿Tienes gemelos en tu familia?

—No, ¿y en la tuya?

—No.—Sonrió satisfecho. —Muy bien, cuatro embarazos. Pero empezamos un poco más adelante. Ahora te quiero solo para mí.

—Cariño, no te has puesto nada.

—Va, no va a pasar nada. Ya verás. Hay gente que está un año intentándolo.

Bueno, tampoco había que forzar demasiado la situación. Ya se enteraría más adelante. Sonrió radiante. —Te quiero.

—Preciosa, desde que estás en mi vida me siento vivo. Solo tú me haces feliz.

—Y lo haré siempre.

Epílogo

En la consulta del ginecólogo, forzó una sonrisa cogiendo con fuerza la mano de Kirk, que no perdía detalle del doctor que movía el ecógrafo sobre su pequeño vientre. Ella ya lo sabía porque Lama le había leído la mano hacía una semana y se había echado a reír diciendo que serían pelirrojas.

Kirk le echó un vistazo nervioso y sonrió. —Todo va a ir bien.

—Claro que sí, cielo.

—Y vaya si va bien —dijo el doctor satisfecho. —Trillizas.

Kirk se echó a reír. —Muy gracioso. —Miró a su mujer. —Cielo, si quieres gastarme una broma... —Ninette negó con la cabeza. —Sí, claro. No pareces sorprendida. —Se dirigió al doctor. —Venga, dígame la verdad. Es un niño, ¿a que sí?

El doctor Xanthos hizo una mueca. —Sé que impresiona un poco, pero no. No es un niño. Son tres niñas.

Kirk miró la pantalla con los ojos como platos y seguramente estaba haciendo cuentas porque aún quedaban tres embarazos.

—¿Cariño? ¿Estás bien?

Gruñó mirando a su mujer. —Lama te había avisado, ¿no?

Sonrió radiante. —¡Ha acertado! ¡Tiene un don, esa chica...! Sí, señor. Se va a forrar en su nueva consulta.

Kirk cogió al doctor de la bata. —Oiga, ¿puede mirar otra vez?

El doctor se echó a reír. —Que son tres. Sé contar, ¿sabe?

—Es que serían seis mujeres en casa y estoy en clara desventaja.

—Y lo que te queda —dijo Ninette por lo bajo. La fulminó con la mirada y ella sonrió—. Querías una niña. ¿De qué te quejas tanto?

—¡De que son tres!

—Bueno, pues cuantas más mejor.

Miró al doctor asombrado que carraspeó dándole la caja de clínex. —Puedes vestirte.

Kirk le arrebató la caja y sacó medio envase para empezar a limpiarle el vientre del gel. Ella le miró con amor. —Cielo, no es para tanto. Te prometí que siempre estaría a tu lado. Serán maravillosas.

—Mientras salgan como tú...

Se sentó en la camilla y le acarició la mejilla. —¿Quieres que sean como yo?

—Sí, porque eres perfecta.

Ninette sonrió y le besó suavemente en los labios. —Cariño me habías comentado que tu madre era pelirroja, ¿no? —Él gimió abrazándola y ella sonrió porque ya lo había superado. —¿Aún te hago feliz?

—Mientras estés a mi lado...

—Sabes que no puedo apartarme de ti, porque me faltaría el alma.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos “Planes de boda” o “Inseguro amor”. Próximamente publicará “Tienes que entenderlo” y “No quiero amarte”.

Si quieres conocer todas sus obras publicadas en formato Kindle, solo tienes que escribir su nombre en el buscador de Amazon o ir a la página de autor de la plataforma. Tienes más de noventa novelas para elegir entre distintas temáticas dentro de la categoría romántica.

También puedes seguir sus novedades a través de Facebook.